

AÑO 13.

NUM. 145.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ENERO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EN VANO

NOVELA



PRIMERA PARTE

RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE

I

—¡Ya estoy en Kieff!

Así exclamó José Schwarz cuando, despertado á las puertas de la ciudad para las formalidades de costumbre, se vió de improviso entre casas y calles. Y su corazón palpitó de alegría: Schwarz era joven, sentía que la vida se desbordaba por sus venas, y aspirando con embriaguez el aire fresco y vivificante, no se saciaba de repetir con regocijada sonrisa:

—¡Ya estoy en Kieff!

La *budka* (1) del hebreo avanzaba poco á poco, tropezando en los baches del camino. El viajero, deseoso de salir cuanto antes del carricoche, ordenó al hebreo que se dirigiese á una posada próxima y bajó del vehículo dispuesto á seguirlo á pie.

Una gran muchedumbre circulaba en todas direcciones, como sucede siempre en las grandes ciudades; lucían las tiendas al través de los escaparates; carruajes de toda especie rodaban á lo largo de las calles, corriendo y cediéndose el paso; comerciantes, soldados, oficiales, vagabundos, frailes, desfilaban apresuradamente ante el recién llegado. Era día de mer-

(1) Especie de carricoche de dos ruedas con toldo de lona.

cado, y Kieff ofrecía el aspecto particular y propio de los lugares de contratación. Todo tenía su objeto; no se decía ninguna palabra ociosa; no se realizaba ningún acto en balde; el comerciante se encaminaba en derechura á su negocio; el empleado concentraba su atención en los deberes de su cargo; el timador en el éxito de sus timos; cada cual tenía ante sus ojos un fin perfectamente determinado; cada cual marchaba hacia adelante con el pensamiento puesto en el mañana, con una aspiración preconcebida... Y arriba, sobre toda aquella inmensa baraunda de negocios y preocupaciones, de trabajos y desvelos, difundíase un ambiente tibio y penetrante, mientras el sol posaba los resplandores de sus rayos lo mismo sobre los soberbios balcones de los palacios, que sobre las más humildes ventanas.

—¡Esto es un verdadero torbellino!— se decía Schwarz, el cual no había estado jamás en Kieff ni en ninguna otra gran ciudad. — ¡Esta es la verdadera vida!

Y reflexionaba en el enorme contraste que existía entre lo reducido de la existencia hasta entonces llevada en la mezquina ciudad de provincia, y el amplio campo de acción que la gran ciudad le presentaba. Sacóle bruscamente de sus meditaciones una voz que le era bien conocida:

—¡Tú por aquí, José!

Schwarz miró en rededor para ver quién le había llamado por su nombre; después abrió los brazos mientras exclamaba:

—¡Gustavo, tú!

Bajo de estatura, flaco, Gustavo podría tener unos veintitrés años; pero sus largos cabellos castaños, que casi le llegaban hasta los hombros, y los bigotes rojos recortados á la altura del labio superior, hacían que representase más edad de la que realmente tuviera.

—¿Cómo te va?—dijo Gustavo.—¿Tú también en Kieff? ¿Á qué has venido? Á la Universidad, ¿no es cierto?

—Precisamente.

—¡Muy bien! — exclamó Gustavo respirando con fuerza.—

La vida es siempre triste sin el aliciente de la ciencia. ¿Y á qué Facultad piensas dedicarte?

—No lo sé todavía. Necesito orientarme. Cuando lo haga me decidiré por una determinada.

—¡Medítalo bien! Yo estoy aquí hace un año, he tenido tiempo de orientarme, y estoy descontento por haberme precipitado demasiado. ¿Pero qué he de hacer ya? Es hartó tarde para retroceder, y comprendo que me faltan las fuerzas para seguir adelante... Más fácil es cometer una torpeza que remediarla... Pero, en fin, dejemos esto. Mañana te llevaré conmigo á la Universidad, y por lo pronto, como sin duda no tendrás casa todavía, haz que lleven á la mía tu equipaje. Vivo á poca distancia de aquí... Por ahora viviremos juntos; después, cuando te hayas hastiado de mí podrás buscar otro compañero.

Schwarz aceptó gustoso la proposición de su amigo, y pocos momentos después hallábanse los dos en un cuarto de estudiante.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos hemos visto—decía Gustavo, mientras acomodaba el modesto baúl de su amigo;—hace ya un año que terminamos nuestros estudios del gimnasio. ¡Y un año es mucho! ¿Qué es lo que has hecho en todo este tiempo?

—He permanecido al lado de mi padre, el cual no quería en manera alguna darme permiso para estudiar en la Universidad.

—¿Y qué es lo que á él podía importarle?

—Sabes era un buen hombre, pero de naturaleza ruda... un herrero.

—¿Y cómo te lo ha permitido ahora?

—Se ha muerto.

—¡Ah!—dijo Gustavo tosiendo. ¡Maldita tos! Me atormenta hace ya cerca de seis meses... Te asombrarás al verme soplar como un fuelle... También tú aprenderás á resoplar cuando te toque estar inclinado sobre los libros como yo... ¡Piensa en lo que representa un día tras otro, sin un momento de des-

canso... y correr, cuando la necesidad te acosa, de un lado para otro como un perro! ¿Tienes dinero?

—Ciertamente. He convertido en dinero toda la herencia de mi padre... cerca de dos mil rublos.

—Veinte billetes de ciento; no está mal. Yo soy un pobre desgraciado. ¡Maldito asma! ¡En verdad que hace falta trabajar!... De día las lecciones, de noche el estudio; apenas si me queda por las tardes un momento de respiro... y jamás se duerme lo bastante. ¿Y qué hacer?... ¡esa es nuestra suerte! Preciso es conocer vida semejante para comprender lo que significa la Universidad. Hoy mismo te llevo á nuestro círculo, ó por mejor decir, á nuestro cenáculo... necesitas empezar á conocer á tus futuros compañeros.

Mientras hablaba, tosía y jadeaba, Gustavo ponía un poco de orden en la estancia. Visto así, con la espalda encorvada, desencajado el rostro y los cabellos largos y encrespados, se le hubiera tomado por un joven libertino gastado por una vida dedicada por completo á los placeres, más bien que por un exceso de trabajo. Pero los muchos libros y numerosos apuntes amontonados en la mesa y la misma mezquindad de aquel cuarto de estudiante, demostraban de manera harto visible que Gustavo pertenecía á esa clase de aves nocturnas, cuya juventud languidece sobre los libros, y que mueren pensando en el bálsamo de un acento consolador.

Sin embargo, Schwarz se encontraba bastante bien en aquella modesta habitación. Respiraba á gusto, comprendía que se encontraba en un mundo completamente nuevo, completamente aparte de los otros.

—¿Qué ideas—pensaba él—germinarán en estos cerebros que viven tan en alto, en el piso superior?

—Hoy mismo entablarás relaciones con muchos de tus futuros compañeros—seguía diciendo Gustavo.

Entretanto, había sacado de debajo de la cama un *samovar* (tetera rusa) con una sola pata, y que se mantenía en equilibrio con ayuda de algún soporte improvisado; después,

mientras ponía carbones en el depósito del *samovar*, añadió:

—Y conste que no debe repugnarte nuestro círculo... Estoy haciendo una taza de té... Ni tampoco han de extrañarte demasiado ciertos cerebros alocados... Más adelante, cuando hayas conocido toda la ciudad y te hayas orientado, comprenderás que no faltan entre nosotros los cerebros huecos; pero en compensación, tenemos también aquí ingenios poderosos. Y tú mismo has de verlo con tus ojos. Nuestra vida es algo artificial, algo tonta, si se quiere, y, sin embargo, se vive muy deprisa. No faltan inteligencias que se apartan de lo vulgar; pero tenemos otras insulsas, insípidas, verdaderas cabezas huecas, ó, por mejor decir, rellenas solamente de ridiculeces, de idiotismo. Hay cerebros en los que luce un vivísimo resplandor de ideas; otros en los que reinan las más densas tinieblas, como á esta hora en la ciudad.

Siguió en la estancia un momento de silencio, interrumpido solamente en intervalos regulares por la respiración de Gustavo, que soplabá en la tetera. Era ya noche cerrada; en las paredes, en la mesa, en todo el cuarto, se condensaban las sombras cada vez más negras, y el círculo de luz rojiza que se dibujaba en la mesilla en torno de la tetera se ensanchaba unas veces y se reducía otras, al compás de los soplidos de Gustavo. Después el agua comenzó á burbujear, á silbar, á saltar.

Gustavo encendió una vela.

—Aquí tienes té—dijo.—Voy á salir un momento. Tengo aún que dar una lección. Espérame, y mientras tanto puedes descabezar un sueñecillo en mi cama... Cuando tu dinero se haya evaporado, será cosa de que también pienses tú en procurarte algunas lecciones. Es un fastidio; ¿pero qué otra cosa se ha de hacer? También la vida del estudiante tiene su reverso como las medallas, y ¡qué reverso! Pero es inútil que la conozcas antes de tiempo. Nuestra vida se desliza en un ambiente completamente distinto del resto de la sociedad. Aquí no estamos bien mirados, ni mucho menos; no somos recibidos en las reuniones mundanas; nos peleamos con todos, y á menudo

también, por desgracia, entre nosotros mismos... Es una vida difícil. Si sucede que caes enfermo y no tienes al lado algún colega que te asista, puedes estar seguro de que nadie te tenderá la mano... ¡nadie! ¡Tal es nuestra vida!... ¡Bah! Las gentes se incomodan porque llamamos á todas las cosas por su verdadero nombre.

—Todo lo ves negro—observó Schwarz.

—Tú mismo lo verás si es negro ó blanco—replicó Gustavo con un dejo de amargura en el acento.—De seguro que no has de reposar en un lecho de rosas... La juventud tiene sus exigencias, sus derechos; pues bien, prueba á hacerlos valer... se reirán en tu cara, dirán que eres medio imbécil, te llamarán un exaltado... Y que le llamen á uno con el nombre que quieran; pero cuando se siente el dolor en el alma, cuando se experimenta cierto fuego interno... Pero es inútil hablar; lo verás tú mismo. Ponte, pues, un poco de té y échate á dormir; dentro de una hora estoy de vuelta. Y ahora dame aquella gorra y hasta luego.

Schwarz oyó en la escalera el ruido de los pasos de Gustavo y su respiración fatigosa; después se quedó completamente solo. Las palabras de su amigo habíanle causado una impresión profunda. Era un Gustavo muy diferente del que había conocido, de aquel cuyo recuerdo conservaba: notábase en su acento una nota de amargura y de disgusto; asomábase en sus palabras medio irónicas y medio tristes la expresión de un alma tétrica. Habíale conocido sano de cuerpo y de espíritu; ahora, en cambio, respiraba con trabajo, y en sus movimientos y en sus frases se reflejaba un calor extraño, febril, como de quien tiene las fuerzas agotadas.

—¿Es posible que la vida le haya cambiado hasta tal punto?—pensaba Schwarz.—Aquí se nos presenta la lucha, hay que avanzar contra la corriente, superar los obstáculos, vencer, y á él, pobrecillo, le han faltado las fuerzas... Ciertamente que el mundo tiene sus asperezas ¡qué diablo! no se trata de un juego de niños... Gustavo es demasiado misántropo, se ha

abatido con exceso. Y sin embargo, no se entrega á la pereza y sigue hacia adelante. Tal vez esa misantropía será una máscara que haga el camino menos difícil y más seguro... ¿Y si, en efecto, es preciso corromperse para llegar á la meta?... Pero ¡cómo corre mi imaginación!—exclamó por fin con un arranque de energía. Y en esta exclamación palpataba más la firmeza de una conciencia que un momentáneo transporte juvenil.

Una hora después se oyeron en la escalera los pasos y la respiración fatigosa de Gustavo, y casi al mismo tiempo entró aquél, ó por mejor decir, se deslizó en la estancia.

—Vamos, pronto—gritó—ven conmigo. Ya estás en el atrio del torbellino, que se llama la vida estudiantil. Pero hoy no verás más que el lado tranquilo. Andando, pues; no perdamos el tiempo.

Mientras hablaba, Gustavo daba vueltas á la gorra entre sus manos, y echaba miradas en torno de la estancia. Después se acercó á una mesita, abrió un cajón, sacó un peine, y se puso á arreglarse los largos cabellos castaños que comenzaban ya á perder su primitivo color obscuro. Terminada la operación, los dos salieron á la calle.

En aquel tiempo había en Kieff verdaderos cenáculos en donde se reunían los estudiantes de la Universidad, los cuales no frecuentaban entonces los círculos de la ciudad; en esos círculos no recibían sino de mala gana á los estudiantes, quienes, abandonados á sí mismos, debían crearse por sí solos una posición para el porvenir: así que, á causa, por una parte, de esa cierta rudeza, de esa ligereza de palabra, de todas esas cualidades, en fin, que los impulsan á no doblegarse á las fórmulas de las conveniencias sociales, y á causa, por otra parte, del carácter especial de la provincia de Kieff, la cual no ofrece los elementos de la vida de familia sino durante el invierno ó en tiempos de los *contraktí* (1), los estudiantes de la Univer-

(1) Así se llaman las ferias que se celebran todos los años en Kieff, á las cuales acuden los comerciantes de todos los distritos de Polonia: en ellas se realizan los contratos, y de aquí el nombre de las dichas ferias.

sidad venían á formar como una clase aparte de las otras, que vivía de día sobre los libros, y de noche en los diversos cenáculos, donde se reunía y se agitaba. Y sin embargo, por una serie de razones, el hecho era una fuente de bienes más que de males. Los jóvenes entraban en la sociedad algo rústicos todavía, pero en cambio tenían mayor viveza, mayor rapidez en la acción, y no parecían un montón de pedantes enojosos.

Nuestros dos amigos se dirigían con paso ligero al Círculo, del que podía verse la ventana brillantemente iluminada; y á la luz de luna se destacaba la figura erguida y varonil de José, al lado de la encorvada espalda y gruesa cabeza de Gustavo. Este, que precedía algunos pasos al primero, cambiaba de cuando en cuando algunas palabras con su amigo, pero por lo general murmuraba frases entre dientes. Al llegar al cenáculo, se paró bajo la ventana, apoyó las manos en el alféizar, y suspendiéndose, dirigió una mirada escrutadora por toda la sala; en seguida se dejó caer al suelo, limpióse el polvo que se había adherido á sus rodillas y exclamó:

—¡No está!

—¿Quién?

—O ha estado ya, ó es que no viene.

—¿Pero de quién hablas?

—¿Qué hora es?

—Son más de las diez. ¿Pero á quién buscas con tanto empeño?

—A una viuda.

—¿Y quién es esa viuda?

—Me temo que esté enferma.

—¿Es una conocida tuya?

—Naturalmente. ¿Cómo había de interesarme por ella si no la conociese?

—Es claro,—replicó Schwarz.—Entremos, pues.

—Y, haciendo girar el picaporte de la puerta, se encontraron en la sala.

Les rodeó una atmósfera caldeada, llena de humo, y aparecieron como velados por la niebla varios rostros, nuevos casi todos para Schwarz. Entre la nube de humo, que oscurecía la luz de la lámpara, resonaban los acordes de un piano, de notas claras y vibrantes, pero débiles como los sonos de un eco lejano; y al piano acompañaba, de cuando en cuando, el rasguear de una guitarra, que tocaba un joven alto, delgado, con los cabellos cortos y el rostro surcado por una cicatriz: sus dedos largos, movíanse indolentemente entre las cuerdas, y sus ojos grandes y azules fijábanse en el vacío, transportado en alas del pensamiento. En cambio, el que tocaba el piano tenía más bien el aspecto de una jovencilla. De estatura elevada, pero de complexión débil, el colorido de su piel era de una exquisita delicadeza, sus cabellos estaban cuidadosamente peinados hacia atrás, sus labios rojos tenían una gracia infantil, y se vislumbraba en su mirada una expresión de tristeza; sin duda llevaba tocando mucho tiempo, pues las chapetas de sus mejillas acusaban el cansancio. Otros jóvenes, erguidos como robles y amantes sin duda de la música, de espaldas á la luz, formaban círculo en torno de los ejecutantes, y con las cabezas inclinadas escuchaban suspirando ó con expresión alegre, según que la música pareciese llorar ó entonar un himno de alegría. Había otros sentados en los bancos y en las sillas, y entre ellos algunas jóvenes, semejantes á las libélulas que en verano giran de un lado á otro.

Se fumaba en todas partes; y aquí y allí resonaba el chocar de los vasos con las botellas. En una reducida habitación, al lado de la sala, se jugaba á las cartas encarnizadamente, y al través de una puerta entreabierta se veía á uno de los jugadores que encendía un cigarro en la llama de una vela colocada á su lado en una mesita; la llama, que unas veces bajaba y otras subía, arrojaba de cuando en cuando un vivo resplandor sobre la mesa de juego. Sentada ante su mostrador, el ama de la casa contemplaba la escena con aire de absoluta indiferencia, sin abandonar la pluma, con la que registraba mi-

nuciosamente en un cuaderno el gasto diario; á su lado dormitaba la sirviente sentada en una silla, que se mantenía en pie por un milagro de equilibrio; y un gato, acurrucado en un extremo del mostrador, abría y cerraba los ojos pausadamente, con filosófica expresión de calma y de dignidad.

—¡Oh, Schwarz!—exclamaron varias voces al aparecer el forastero.—¿Cómo estás? ¿También tú aquí?...

—Muy bien; y vosotros ¿cómo estais?

—¿Has venido para establecerte entre nosotros?

—Sin duda alguna.

—Señores: os presento á un nuevo miembro que desea formar parte de nuestro respetabilísimo Círculo,—dijo Gustavo en tono de broma. Y, dirigiéndose después á Schwarz, añadió:

—Y tú fijate bien en que la obligación moral de venir á este sitio todas las noches constituye un privilegio especial: el privilegio de no dormir nunca lo bastante.

—¿Miembro de nuestra sociedad, eh? ¡Perfectamente! Esto requiere un discurso en el acto..... ¡Eh, Augustinovitch! A ti te toca, empieza.

En la puerta del cuarto de juego apareció un joven, cuyo aspecto era de lo más feo que se pueda imaginar, cargado de hombros y con la cabeza pelada. Echó la gorra sobre una mesa, se subió en una silla, é inmediatamente empezó á hablar.

—Señores míos, guardad silencio; de lo contrario, os hablaré como un catedrático, y me consta, mis queridos oyentes, que la ciencia os inspira horror. Y además, ¡vive Dios! acomodaos por una vez á la vida parlamentaria, y en consecuencia..... Pero, ¿qué diablos tenéis? Oigo rumores..... ¡Silencio, digo, silencio, ó hablo como un catedrático!

La amenaza hizo que se obtuviera un momento de silencio; y el orador, mirando en rededor con aire de triunfo, continuó su declamación:

—¡Señores! Si nos congregamos en este lugar, no es ya solamente para buscar en la calma el olvido de los momentos

dolorosos. (*¡Muy bien!*). Yo, por ejemplo, vengo aquí todos los días, y jamás se me ha ocurrido negarlo..... También espero que no ha de contradecirme ninguno de los que están presentes. (*Aprobación general; el orador está radiante*). Si yo pudiera prever que todos mis esfuerzos, para conseguir con nuestras reuniones un fin determinado, están destinados á no obtener fruto ante la superficialidad universal (*¡Eso, eso!*), sin que la corriente de un común acuerdo venga en mi ayuda; si yo pudiera prever que todos los esfuerzos aunados de singulares energías han de reducirse á la nada en su proceso de integración; si la evidente tendencia á la fusión, en un todo orgánico de las ideas informes que se agitan en cerebros aislados, verdadero objeto de estas nuestras reuniones, no debiera pasar jamás del campo de la fantasía al terreno de la realidad; yo mismo, ¡oh, señores!, yo mismo, desde luego, y conmigo otros, de los que respondo, estaría dispuesto á combatir los principios que informan el actual sistema de nuestra existencia (*Aplausos generales*) para emprender otro camino (*¡Eso, bien!*) que, si no todos, los elegidos por lo menos estamos dispuestos á seguir.

—Pero, ¿qué es lo que significa todo esto?—preguntó Schwarz.

Gustavo se encogió de hombros, y respondió:

—Un discurso.

—¿Con qué objeto?

—¿Y quién se preocupa del objeto?

—¿Y quién es ese que habla?

—Augustinovitch, un cerebro de mucha enjundia; pero en este momento está borracho, y sus ideas se embrollan de una manera lastimosa. Sin embargo, comprende bastante bien lo que desea, y, en verdad que no todo lo que piensa es descabellado.

—Pero, ¿qué es lo que desea?

—Desearía que no fuesen infructuosas todas nuestras reuniones, que nuestra Asociación se propusiera un fin bien de-

terminado. Pero los demás no le comprenden y se ríen de sus opiniones, del mismo modo que se ríen de su discurso. Y sin embargo, el exceso de libertad y la indolencia, que actualmente predominan demasiado en nuestra Asociación, conducirán necesariamente á que se disuelva.

—¿Qué fin se propone Augustinovitch?

—El estudio y la ciencia.

—Es muy laudable.

—¿No te decía yo que es razonable?... Semejante proposición, si fuese de otro, sería tal vez escuchada y discutida; pero viniendo de él...

—¿Y por qué no, viniendo de él?

—Porque á todo cuanto toca lo reviste de una nota de ridículo, le imprime un sello de vulgaridad... ¡Ten cuidado, José! Tú no tienes nada de común con él; pero ¡es tan fácil resbalar en este lugar por una ú otra razón!

Gustavo fijó unos momentos su mirada vaga en Augustinovitch; después se encogió de hombros y continuó hablando.

—Tal como le ves es un organismo *sui generis*. Una extraña mescolanza de cualidades buenas y malas, una inteligencia pronta y viva, con un carácter de los más comunes; un ansia de sublimes ideales al lado de acciones trivialísimas; en suma, una contradicción eterna y absoluta. Hay una carencia completa de equilibrio entre el yo que piensa y el yo que obra, y de esta suerte agota en vano todas sus fuerzas.

Mientras tanto se habían acercado algunos estudiantes que conocían á Schwarz, hasta que, por último, á los brindis, la conversación se hizo general, de lo que se aprovechó Schwarz para adquirir algunos informes acerca de la vida universitaria.

—¿De modo que vivís todos juntos?

—No por cierto, sería imposible—manifestó un lituano.— Hay aquí individuos de ideas radicalmente opuestas, y por consiguiente hay tantas Asociaciones como géneros de ideas.

—¡Horror!

—No, eso no es un mal. Cuando se lleva una vida en común, la verdadera unión es imposible, y el querer á toda costa realizarla no conduciría á nada bueno.

—Y sin embargo, la Universidad alemana...

—Sí, ciertamente, en la Universidad alemana existen asociaciones ó corporaciones, las cuales tienen un fin propio. La vida del pensamiento y del sentimiento debería entre nosotros proceder de acuerdo con la vida práctica, porque una contradicción en la primera denota necesariamente una contradicción en la segunda.

—¿Así es que jamás os reunís?

—No tanto. Nos reunimos cuando se trata de los intereses de la Universidad y en otras especiales circunstancias. Y por lo demás, opino que los contrastes que se establecen entre unos y otros demuestran que sabemos vivir; constituyen una prueba convincente de que todos vivimos la verdadera vida del pensamiento y del sentimiento. En esto consiste nuestra misión; lo que nos separa nos une.

—¿Bajo qué bandera militais, pues?

—Bajo la bandera de la necesidad y del trabajo. Carecemos de nombre propio. Los *amigos de los campesinos* nos han puesto el apodo de «jóvenes panaderos».

—¿Cómo?

—Sí, jóvenes panaderos. Harto te enseñará la vida el significado de esa palabra. Cada uno de nosotros procura alojarse cerca de alguna panadería, entablar relaciones con el panadero y captarse sus simpatías. De esta manera tiene uno asegurada la subsistencia. La mayor parte de nosotros no come jamás nada caliente; pero teniendo pan á crédito, se puede saciar el apetito.

—¡Magnífico!

—Ya lo creo que es magnífico. Y después, además de nuestra Asociación, la cual, sea dicho con verdad, carece de vínculos estrechos, tenemos también la Asociación de los «Amigos de los campesinos». Fue fundada y perfeccionada por Anto-

nievitch, y durante algún tiempo estuvieron á su frente Rilsky y Stanskowski. Pero en la actualidad los amigos de los campesinos se han cerrado á la banda y han perdido toda idea referente á su institución; se pasan el día bebiendo aguardiente y hablando el dialecto de la Rusia menor: eso es todo lo que hacen.

—¿Y cuáles son las otras Asociaciones?

—Asociaciones propiamente dichas, no existen más que las citadas. Las otras debieran llamarse mejor embriones de asociación, grupos. Unos están ligados por la comunidad de un conocimiento científico, otros por la igualdad de la posición social: aquí encontrarás aristócratas, demócratas, conservadores, liberales, y, si los consideras bajo otro aspecto, libertinos, mujeriegos, hasta imbéciles; pero, por lo general, hallarás trabajadores inofensivos.

—¿Y quién pasa por ser el más inteligente?

—¿Quieres decir entre los estudiantes?

—Desde luego.

—Son varios los pareceres. Pretenden algunos que Augustinovitch tiene mucho talento y mucha cultura... Así será; pero, á mi modo de ver, el suyo es un talento poco profundo. En cambio, el que se distingue en las ciencias es Gustavo.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sin embargo, también se habla de él en otros sentidos. Hay entre nosotros quien no le puede sufrir. Pero tú, que vas á vivir con él, tendrás ocasión de conocer su carácter y juzgarle mejor. Se habla de su actitud respecto de la viuda... un arrebató, nada más que un arrebató... Preciso es, no obstante, convenir en que el tratarle constituye un problema nada fácil...

—Gustavo me ha indicado algo. Pero, ¿quién es esa viuda?

—Es una desgraciada joven, cuya suerte es digna de compasión. Aquí la conocemos todos. Amó en otro tiempo á un estudiante de leyes, Potkansky, y seguramente debió amarle con toda su alma. Yo no he conservado recuerdo alguno de las

circunstancias que concurrieron en aquel amor: me acuerdo, sin embargo, de Potkansky, y recuerdo también que, estudioso, rico é inteligente era el ídolo de sus compañeros. De qué modo conoció á la joven, cosa es que no sabré decirlo, y además se ha contado de diferentes maneras; en lo que no hay asomo de duda es en que los dos estaban locamente enamorados. Tenía ella diez y ocho años cuando Potkansky adoptó la resolución de hacerla su mujer. Sería imposible enumerar todos los obstáculos que la familia del muchacho puso en juego para impedir el matrimonio; pero Potkansky, resuelto, enérgico, se mantuvo inquebrantable; y tanto hizo, que al fin logró casarse. Gozaron un año de inmensa felicidad. Al cabo de ese tiempo, él enfermó del tifus y murió; poco después murió también el niño, fruto de sus amores, y la viuda quedó sola y despojada de todo por la familia de Potkansky, hasta el punto de que hubiera caído en la miseria más espantosa sin el socorro de Gustavo.

—¿Qué hizo?

—Hizo verdaderos milagros. A pesar de sus escasos recursos, intervino en favor de la viuda y llevó á los Potkansky á los tribunales. Sólo Dios sabe cómo hubiera acabado el asunto, porque se trata de una familia muy poderosa de los *magnates* (1). Y sin embargo, logró arreglar las cosas de manera que los Potkansky se comprometieron formalmente á pasar á la viuda una pensión vitalicia, aunque mezquina.

—Gustavo se portó como un perfecto caballero.

—Ya lo ves; como un caballero en toda la extensión de la palabra... ¡Cuánta energía! Tanto mayor si se piensa que Gustavo se hallaba en el primer año de Universidad, en una ciudad nueva, solo, desconocido, sin apoyo y sin medios... ¡Bah! Esto es lo que sucede siempre, amigo mío. A los problemas de esa clase el rico *puede*, pero el pobre *debe* darles una solución.

(1) Nombre con el cual se conoce á la rica aristocracia polaca.

—¡Pero quizá Gustavo tendría alguna obligación hacia la viuda!

—¿Obligación? Fue amigo de Potkansky, y esto, convendrás en ello, no es motivo suficiente para constituir una obligación. La verdadera causa es que Gustavo amaba á la joven, aun antes de que fuese la mujer de Potkansky, pero nunca lo había demostrado. Ahora, en cambio, no hace misterio de su amor.

—¿Y ella?

—Esa es otra cuestión. Desde la desgracia que ha sufrido experimenta como un embotamiento de la inteligencia; parece que sus facultades mentales se han cubierto de tinieblas; no advierte, no comprende lo que le rodea; su demencia es tranquila... Pero ya la verás, porque viene todas las noches.

—¿Y qué viene á hacer?

—¡Pero si te digo que está loca!... No se ha persuadido de que Potkansky ha muerto; antes bien, lo va buscando por todas partes, y como la primera vez que le vió fue en nuestro Círculo, continúa viniendo la desgraciada... La verdad es que si resucitara y no acudiese inmediatamente á buscarla, aquí es donde ella volvería á encontrarle. Puede también que alguno de nosotros le recuerde á Potkansky de una manera especial... ¡Ibamos á diario tantos jóvenes á su casa!

—¿Y cómo no se opone Gustavo á que venga aquí?

—¿Cómo?... Potkansky no lo hubiera tolerado, pero Gustavo no le niega nada.

—¿Y cómo le trata ella?

—De la misma manera que se trataría á una silla, á un plato, qué se yo, á un ovillo de algodón. No parece acordarse de él; siempre la misma frialdad, la misma calma indiferente, la misma apatía; ni siquiera trata de eludirle. El sufre, se le conoce, pero esto es cosa suya... ¡Ah! aquí la tenemos, aquella mujer que entra por la derecha...

La entrada de la viuda produjo un momento de silencio en el tumulto de la sala. La aparición de aquella figura femenina,

que se presentaba envuelta en un velo de misterio, producía siempre cierta impresión. Delgada, esbelta, de elevada estatura, tenía un rostro ovalado, espléndida cabellera de color rubio claro y ojos oscuros hermosísimos; los hombros y el pecho, poco llenos pero redondeados, conservaban toda la morbidez de las formas virginales; y en su frente cándida y alabastrina, ligeramente deprimida, se vislumbraba una expresión de tristeza y melancolía. Pero el principal encanto de aquel rostro eran los ojos, dos ojos maravillosos, brillantes como bruñido acero, á los que prestaban profunda sombra las largas pestañas; despedían una luz igual y tranquila, pero no más que una luz desprovista de calor, sin expresión, sin la profundidad del pensamiento. Hubiera podido decirse con razón que miraban sin ver, que reflejaban las imágenes de los objetos sobre los que se posaban sin precisar los contornos. Había en aquellos ojos tan hermosos una indecible frialdad, puesta más de relieve por la inmovilidad casi constante de los párpados y la movilidad de las pupilas como de quien va buscando, y excruta, y explora, pero sólo mecánicamente. Todo el resto de la fisonomía de aquella mujer estaba en armonía con los ojos: los labios eran más bien los de una estatua, y la piel, de una palidez uniforme y mate, tenía un tinte ligeramente moreno. Era una mujer de la que no se podía decir si era encantadora ó atractiva, pero bella, con una belleza perfecta; y, lo que era más extraño aún, á pesar de que su rostro se pareciese al de una muerta, desprendíase de todo su sér un encanto inexplicable que atraía á los jóvenes y le imprimía una gracia particular.

Pero si en la apariencia era estatua en el verdadero sentido de la palabra, en el verdadero sentido de la palabra era mujer también. Atraía y rechazaba al mismo tiempo, y Gustavo era una prueba de lo dicho. El contraste entre semejante hecho y el frío mortal de su inteligencia, era indicio de que el sentimiento que la joven despertaba no procedía de ella misma, sino de algo que le era extraño en absoluto. Asemajábase á una flor dormida; y el dolor era la causa de su sueño.

Y, en efecto, las desventuras sufridas habían sido para ella como otros tantos martillazos en el cráneo. En su camino, tras instantes harto breves de felicidad, habíanse abierto dos tumbas. Joven inocente, supo amar con todas las fuerzas de su alma: el objeto de su amor había cesado de existir; mujer y madre, adoró á su hijo, y también había muerto. Todo lo que le daba un derecho, todo lo que constituía el objeto de su existencia había desaparecido; y ella misma no vivía ya, sino que vegetaba como un árbol tronchado, desarraigado.

Despojada violentamente del pasado y del porvenir, conservó en los primeros momentos como una débil percepción de la cruel injusticia que con ella se cometiera; en la angustia de esos primeros momentos lanzó una pregunta inmensa, sin fin, como un abismo, y sin saber á quién se dirigía. ¿Pero por qué, por qué todos estos males...? Pero nadie respondió á su dolor; ni el cielo azul, ni la tierra, ni los prados, ni los bosques; la injusticia permaneció siendo injusticia... El sol resplandecía como antes en la altura; como antes cantaban los pájaros..... Y su corazón se llenó de amargura, se reconcentró en sí mismo, se hizo de hielo. Ninguna respuesta acudió á su pregunta; pero en cambio acudió el consuelo de una ilusión, la locura. La joven dejó de creer en la muerte de su esposo; éste debía haber salido con el niño lloroso entre los brazos, por un momento no más, y volvería muy pronto.

De esta suerte, la joven, en la imposibilidad de pensar otra cosa, buscaba á su amor con el movimiento triste y mecánico de sus pupilas; le buscaba principalmente en el Círculo, en donde por primera vez le encontrara y en donde esperaba volverle á hallar. La desgracia no había logrado arrancarle la vida; en cambio, la joven había encontrado una mano enérgica que la sostenía y trataba de arrancarla á las ilusiones, un corazón ardiente que anhelaba reanimarla. Necesitábase un esfuerzo intenso, pero se dirigía á salvarle la vida. El amor de Gustavo, que la rodeaba de los más tiernos cuidados, como si se tratara de una flor expuesta á quebrarse, la retenía en la

tierra. La voz de Gustavo decía: «¡Quédate!» y ella se quedaba; pero pasiva, inconsciente, como permanece un ser inanimado.

Al entrar en la sala del Círculo, la viuda se detuvo junto á la puerta. En la atmósfera pesada y llena de humo, vibraban aún las últimas notas de una canción alegre; y en medio de aquel cuadro de vulgaridad, aparecía la joven como delicada flor acuática entre ondas cenagosas. Reinó el silencio. Todos aquellos jóvenes estimaban á la viuda, y en presencia de ésta hasta Augustinovitch era soportable: unos conservaban todavía el recuerdo de Potkansky; otros, se inclinaban respetuosos ante tanta desdicha; algunos, por último, experimentaban una especie de veneración hacia su belleza. La reunión tomó, por consiguiente, un tono más moderado.

Gustavo se aproximó á la viuda, la acercó una silla, y se retiró después á un extremo de la habitación, cerca de Schwarz, el cual miraba á la joven muy asombrado, con los ojos muy abiertos. Gustavo le dijo á media voz:

—¡Es ella!

—Lo sé.

—No te acerques demasiado. La infeliz no pierde nunca la esperanza de encontrar á su difunto marido, y toda nueva fisonomía le ocasiona un nuevo desengaño.

—¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Hace dos años. Asistí á su boda como testigo.

—Al pronunciar estas palabras, Gustavo sonrió con amargura.

—Desde la muerte de Potkansky la veo todos los días.

—Vassilkewitch me ha referido la ayuda que la prestaste.

—Sí y no. Naturalmente era preciso que alguien se cuidase de ella, y fui yo quien lo hice. Pero, ¿qué podemos nosotros?... Por mucho que uno haga, por buenas intenciones que se tengan, la necesidad jamás deja de ser necesidad, y á veces se apodera de uno la desesperación.

—¿Y su familia?

—¿Qué familia?

—La familia de él, de Potkansky.

—Ha tratado de calumniarla por todos los medios posibles,—exclamó Gustavo con ira.

—¿Pero son ricos, al menos?

—Con lo que no han hecho otra cosa, sino que sea más penosa la desgracia de la viuda. Pero todavía no está dicha la última palabra, y han de arrepentirse amargamente de la crueldad con que han tratado á esa pobre inocente. Créelo, Schwarz; si alguna pequeñuela de esa raza maldita implorase hambrienta de mí un pedazo de pan, antes se lo arrojaría á un perro.

—¿Caemos en el sentimentalismo?

—Eres injusto conmigo, Schwarz. Soy un pobre diablo, y no lo disimulan mis palabras. Poco antes de morir en el hospital Potkansky tuvo un momento de lucidez: «Gustavo, me dijo, te confío á mi mujer, cuida de ella». Yo le respondí: «La tomo bajo mi protección». Y añadió: «¿Cuidarás de ella? ¿No dejarás que padezca hambre?» «Te lo prometo por lo más sagrado,» exclamé.

«Si alguna vez cometen con ella alguna injusticia, ¡no la dejes sin castigo!» volvió á decir después de algunos instantes. «La vengaré tan de veras como amo á Dios y á la vida»; respondí. Entonces él espiró dulcemente como cirio que se extingue. Ya lo sabes todo.

—Todo no, hermano mío.

—Vassilkevitch te ha dicho algo más. Está bien; te lo confirmo. Estoy solo en el mundo, no tengo á nadie, ni padre, ni madre, ni hermanos. El único lazo que aún me liga con la tierra, es ella.

Y señaló á la viuda con la mirada.

Schwarz, poco experto todavía en los asuntos del corazón, tuvo entonces la intuición de lo que significa una pasión que arraiga en un pecho joven, incendiando el alma. Pálido, macilento, encorvado, tal como era, Gustavo mostrábase en aquel

momento exuberante de vida y de energía; hasta parecía más alto, más fornido, y su rostro se había coloreado rápidamente, mientras sacudía su revuelta cabellera, como león que sacude su melena.

—Señores,—exclamó de pronto Vassilkevitch,—ya es tarde y á todos nos espera el sueño al salir de aquí. Así, pues, entonemos una canción final, y luego buenas noches.

El jovenzuelo imberbe de rostro de niña, que estaba sentado al piano, arrancó de las teclas algunos acordes bien conocidos, y en seguida entonaron varias voces el *Gaudeamus*, á las que hicieron coro todas las demás. Tratábase de una canción muy grata á la juventud estudiantil.

Schwarz se colocó al lado del piano, y en tal posición presentaba á la viuda, que permanecía en la sombra, el perfil de su rostro, sobre el que trazaba una línea luminosa la lámpara colocada en la pared. Al poco rato, la mirada de la joven se fijó en aquel rostro iluminado, que respondía á las ideas que se despertaban en su mente; de pronto, temblorosa, pálida como el mármol, con el brillo de la fiebre en los ojos, se puso en pie, extendió los brazos hacia el joven, y exclamó con expresión confusa de alegría y de esperanza lograda:

—¡Oh, Casimiro mío, mi Casimiro, por fin te encuentro!

Reinó un silencio glacial. Todas las miradas se dirigieron hacia Schwarz; y aquellos que habían conocido á Potkansky se estremecieron. Era él, el mismo, la misma persona alta y robusta, el verdadero retrato de Potkansky, tanto en la sombra como en la luz.

—¡Y yo que no me había fijado en ello!—murmuraba Gustavo, mientras se retiraba á su casa, ya cerca del alba.—Por ahora ha pasado, pero tuvo fiebre..... Se le parece, en efecto..... al diablo también esta tos que me atormenta más de lo acostumbrado.



II

Antes de tomar una resolución acerca de los estudios que pretendía seguir, Schwarz reflexionó mucho.

—Me he dado la palabra de honor de no malgastar mi vida—había dicho á Vassilkevitch;—es natural, por lo tanto, que piense en ello antes de decidirme.

La Universidad ejercía sobre su espíritu una gran atracción, lo mismo que sobre el espíritu de los otros jóvenes que acudían á Kieff, procedentes de diversos países, como banda de grullas. Era un continuo ir y venir de jóvenes, ávidos de ciencia, como de miel las abejas, que acudían á buscar un sostén para sus cerebros vacilantes; un formar grupos, un separarse, un alejarse para constituir grupos nuevos, una peregrinación á los puros manantiales de la ciencia, de la inteligencia, de la vida; enseñaban ó aprendían, guardaban su saber como un tesoro ó lo consumían en balde, avanzaban en su camino ó permanecían quietos, sucumbían ó triunfaban; unos se ahogaban al nadar en aquel Océano, otros salían á flote victoriosos. Reinaba, en fin, un movimiento, un estrépito, un torbellino exuberante de vida. La Universidad era como una casa materna que á todos les pertenecía, en las que se fecundaban las inteligencias como en un crisol, en donde la juventud y la razón, cociendo juntas, fermentaban. Todos los años florecía la Universidad, daba sus frutos, y nuevos ingertos venían á robustecerla. En ella los hombres renacían á nueva vida; y era hermoso el espectáculo de toda aquella juventud que se lanzaba en medio de las olas del mundo.

Por este mar bogaba la nave de la vida de Schwarz. ¿Qué rumbo había de imprimirle.....? Las diversas Facultades eran para él otros tantos puertos que le atraían; ¿hacia cuál sería más conveniente enfiar la proa.....? Reflexionó mucho, y al fin se decidió: eligió la Medicina.

—Querer y volar—se dijo á sí mismo al tomar aquella resolución;—debo ser rico.

Lo que más le había hecho dudar era el amor sin límites que, como todas las inteligencias lúcidas, experimentaba por los misterios de la ciencia. Cierto era que le atraían la jurisprudencia y la literatura; pero las ciencias naturales se le presentaban como un triunfo de la humanidad sobre las cosas. Este era un concepto personal que había adquirido desde la segunda enseñanza. Tuvo un profesor joven que explicaba Química, muy entusiasta, el cual, poniéndose una mano en el corazón, decía á sus alumnos cuando salían de clase:

—Creedme, amigos míos; nada hay que valga lo que las ciencias naturales; todo lo demás es música.

En cambio el director, después de las oraciones, aseguraba que solamente la teología puede conducir á los hombres á la verdadera felicidad; pero Schwarz, al que calificaba el director de «hereje vulgar», comentaba el discurso con ademanes cómicos, capaces de hacer reír á todos los presentes y de atraerse sobre su cabeza, no sin razón tal vez, una tempestad.

Así, pues, Schwarz se decidió por la Medicina, á lo que contribuyó también Vassilkevitch, el cual, aunque joven y estudiante aún, tenía, con ó sin motivo, una gran influencia sobre la juventud. He aquí cómo intervino en aquella decisión:

Una vez, en una reunión privada, después de haberse hablado de mil cosas, un estudiante de filología demostró, de manera más artificial que convencida, que todo aquel que se entrega á la ciencia en absoluto, sin cuidarse de la vida y felicidad propias, se une con aquélla, se convierte en órgano y reflejo de la misma. Pero había en sus conclusiones más ampulosidad y ardor ficticio que verdad.

—Se cuenta—dijo—que un pescador islandés contempló con tanta atención la aurora boreal que no pudo resistir la violencia de la corriente. Las olas le arrastraban á la profundidad del mar, y él, con los ojos vueltos á la luz fascinadora, é iluminado el rostro por los purpúreos rayos, seguía mirando

hasta que el espíritu del abismo le confundió y aprisionó en una onda vítrea. Mas no obstante, en los ojos del pescador quedó impresa la aurora boreal. Así es la ciencia; si inclinas tu frente ante ella, podrán arrastrarte al abismo las olas de la vida, pero en tus ojos quedarán siempre impresos los resplandores de la ciencia dicha.

Sucede á menudo que se oyen máximas á las que no se puede asentir, mas para cuya oposición se requiere cierta dosis de valor y de audacia. Esta es la razón por la que ninguno se atrevió á rebatir el citado discurso. Pero Vassilkevitch, bufando y poniéndose en pie, cobró ánimos y empezó á hablar:

—Todo eso no es más que charla y palabrería. Yo creo que la ciencia es la que existe para los hombres y no los hombres para la ciencia. Ese pescador era un imbécil; si hubiese remado bien hubiera podido contemplar la aurora boreal y llevar á su casa los peces para sus hijos... Siempre se aprende algo nuevo en la vida... El pueblo sufre hambre y frío, ¿y tú querías separarte del mundo, y ser una carga en vez de una ayuda? ¡Oh Tetvin, Tetvin!—así se llamaba el estudiante que acababa de hablar.—¡Piensa más bien en el sentido que en la armonía de tus palabras! Queréis empastar juntos un razonamiento y una estupidez. Hoy te imaginas que puedes renunciar á la felicidad por algunas páginas antiguas y amarillentas... ¡Locura, amigo mío, nada más que locura! ¡Cuando llegue tu día y los dolores del corazón lleguen á oprimirte el pecho, entonces volverás tus ojos sinceramente á la felicidad y al amor! En mi país, en la Samogia (1), vive en una pobre cabaña una pareja de cabellos grises, padre y madre, cándidos ambos como dos palomas, los cuales hablan de mí con tanto entusiasmo, como de un príncipe de largas guedejas de oro. ¿Qué merecería yo si me apartase, ensimismándome en los libros, y les abandonara y les dejase solos en su vejez?... He venido á Kieff, es cierto, pero por medio de la ciencia cuido

(1) Antigua provincia de Lituania, entre el Báltico y Curlandia.

de mí y de ellos. Y no soy yo solo; cualquiera que cultive este campo tiene derecho á ganarse el pan. ¡Honor á la ciencia! Pero el que á ella se dedique no debe apartarse de la realidad de la vida ni estarse con los brazos cruzados. ¡Sabio, sabio!... ¡Hermosa palabra! Pero mientras tanto, no es capaz de abotonarse, no cuida de la educación de los hijos, desatiende á la mujer. ¿Por qué, pues, no se ha de compaginar la ciencia con la realidad de la vida? ¿No sería preferible infundir la ciencia de la vida y gozar después por medio de la misma vida?

Tales fueron las palabras de Vassilkevitch. No hemos transcrito su discurso para deducir si tenía ó no razón, sino solamente para manifestar que Schwarz, el cual tendía por naturaleza hacia lo práctico de las cosas, reflexionó acerca de él y se decidió por la Medicina.

Dígase lo que se quiera para demostrar lo contrario, lo cierto es que el hombre tiene desde que nace determinadas inclinaciones. Schwarz se inclinaba, por su modo de ser, á la realidad de las cosas; prefería la substancia á las ideas, y no era, en manera alguna, amigo de la dialéctica. No embellecía el aspecto de lo que se presentaba ante sus ojos, sino que lo consideraba tal como se le aparecía.

El curso de los pensamientos puede seguir dos caminos en el cerebro humano: en algunos hombres las ideas se apartan del centro, en otros convergen hacia él. Los primeros se dirigen al objeto explorado que esté más cerca, le dan vida, y con los tenues hilos de la experiencia le unen al principio que le informa; estos son los ingenios creadores: los segundos se apoderan con la mente del objeto tal como se presenta, lo absorben, lo confrontan con los otros mediante un trabajo interno, y unen, dividen y clasifican; estos son los hombres de ciencia. Los primeros crean, los segundos escrutan, investigan. Entre uno y otro procedimiento hay una gran diferencia; tan grande como la que existe entre la avaricia y la prodigalidad, entre la inspiración y la expiración: no sería empresa fácil establecer

cuál es el mejor de los dos caminos. Unos tienen la facultad de crear, otros la de transformar, ó, por mejor decir, la de reformar; y también en estos últimos existe una fuerza activa, del mismo modo que se encuentra una fuerza activa en el estómago. El equilibrio perfecto entre las dos corrientes dichas constituye el genio.

Schwarz poseía en grado sumo la segunda facultad; sabía concentrarse. Y esta condición, mientras le preservaba en la vida de incurrir en muchos tropiezos, equilibraba en cierto modo sus fuerzas y sus deseos. Jamás acometía empresa cuya ejecución le pareciese imposible; se consultaba antes á sí mismo con tanta escrupulosidad, que hubiera podido ser considerada como una obstinación en el estudio. Su razón, que deseaba mirarlo todo serenamente, con imparcialidad y con cordura, quería también verlo con cordura y con profundidad; y para verlo así todo, era indispensable un profundo conocimiento. Rechazaba las adivinaciones; quería conocer, motivo por el cual jamás se detenía á mitad de camino en sus estudios. Del mismo modo que la araña se lanza sobre una mosca, arrojábase él completamente sobre el objeto que constituía el asunto de su investigación, lo envolvía en una red formada por pensamientos y raciocinios, lo absorbía, por decirlo así, y se compenetraba con él. En esto tenía su mente la más perfecta elasticidad. Schwarz deseaba con ardimiento, lo que constituye una cualidad propia de los temperamentos juveniles. Además, era independiente hasta tocar en los límites de la presunción. A menudo tenía un modo personal de ver, que para él tenía tanta fuerza como si tuviese detrás el sufragio de la multitud; sin embargo, preciso es confesar que en tales casos tomaba á su cargo el buscar las razones que militaran en favor de su opinión, y, si no las hallaba, rectificaba su parecer é inclinaba la cabeza; y en esto manifestaba una energía de pensamiento y de acción nada comunes.

Las cualidades de que venimos hablando, constituían la fuerza de Schwarz, las armas con las que entraba en los com-

bates de la vida; armas de las cuales unas nacieron con él y otras eran adquiridas. Debemos también añadir que era poseedor de dos mil rublos.

Así, calculándolo todo, Schwarz se había decidido por la Medicina. Pero su desilusión fue tan grande, como grande había sido el ardor con que se dedicó á esa ciencia. El quería darse cuenta de todo; allí era preciso estudiar de memoria..... estudio que no se acomoda á todas las capacidades, y que, en todo caso, depende más de una memoria tenaz y de una firme voluntad, que de la inteligencia. Se necesitaba tener siempre en la punta de los dedos una porción de cosas, imprimirlas en la cabeza, y atascarla, como se atasca un almacén de trigo. Más que un estudio, era un oficio. La mente no podía sacar provecho de todo aquel aprovisionamiento, porque no se lo apropiaba; no lo digería, le faltaba el jugo alimenticio. Quizá la estructura física del organismo humano tenga también su filosofía, análoga á la filosofía de las otras ciencias en cuanto concierne á la intensidad y proporción de los resultados; pero á Schwarz, que había comenzado con el estudio del organismo, no le había sido dable averiguar si existía una filosofía de la ciencia dicha. Sin embargo, ese fue el camino que emprendió, desde que empezó su estudio. La parte de la Medicina que se pudiera llamar técnica, le parecía enojosa, ingrata, repugnante, erizada de dificultades ocultas, de misterios inesperados, á veces obscura, á menudo madura apenas, vacilante por lo general, difícil siempre. Se hubiera dicho que la Naturaleza había declarado la guerra en ese terreno á la inteligencia humana. Pero Schwarz salvaba todas las dificultades, y continuaba impávido.

Había, no obstante, en esta parte de la Medicina, otro lado triste á los ojos del joven estudiante: la influencia moral deletérea que aquélla ejercía, porque mostraba el término de la vida, mas no revelaba si continuaba la existencia después de la muerte. Sin vacilaciones arrancaba violentamente á la muerte el velo que la cubría; y todo aquel trabajo interno y

subterráneo se mostraba en la impudicia de su desnudez. Todos los cadáveres parecían encerrar una única promesa dirigida á los seres vivos; parecía como si la muerte gritase en plena luz y burlonamente: «¡Hasta que nos veamos en las tinieblas!» Era como un reto lanzado á la humanidad; un reto que entrañaba una prueba desesperante de la impotencia humana, enfrente de una voluntad maligna, potente, odiosa, implacable. Y la necesidad de mirar cara á cara á esa voluntad, producía en el ánimo de los jóvenes una reacción, que se traducía en esta máxima: «Es inútil malgastar el tiempo; ¡gocemos de la vida hasta que nos sea dado, puesto que pronto ó tarde todo se lo lleva el diablo!»

En tales condiciones, la delicadeza de los sentimientos andaba casi perdida; la indiferencia se trocaba en brutalidad, el puntillo de honor en odio, el amor en pasión, la pasión en bestial instinto. Y el amor se mostraba como el sol al través de una lente opaca; sentíase su calor, pero sin advertir el brillo.

Schwarz luchaba contra tales pasiones, las rechazaba y no se separaba de su camino.

Al fin y al cabo se necesitaba tener fe en los principios fundamentales de la ciencia, y quien tiene fe en un camino no lo abandona para seguir otro. El camino que había elegido, y por el cual marchaba, parecía á Schwarz que era el mejor; aquí todo procedía basándose en la experiencia de los hechos desde los tiempos de Hipócrates, y la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto, eran los únicos criterios que servían de base á tan vasto edificio.

La fe de la juventud es completamente opuesta á la fe de la vejez. Había que poner en cuarentena todo aquello que la ciencia tratase de establecer por otros caminos que no fueran los del método experimental. Cada uno de los razonamientos propios argüía la existencia ó falsedad de los razonamientos ajenos. Y el hecho es que las hipótesis de quien vive fuera de un modo científico determinado, observadas al través de tales lentes, parecen siempre, aunque sean justas, una ligereza. Sólo

existen las cosas escrutadas profundamente. El encadenamiento de las causas y los efectos constituye la necesidad y el pensamiento. La historia no es más que una crónica más ó menos escandalosa; el derecho apoyado en la experiencia es el *modus vivendi* para la sociedad, la especulación de una enfermedad moral. Tales eran las ideas que se agitaban en la mente de Schwarz, ideas á las que no intentaba sustraerse, porque no le eran obstáculo para realizar su fin.

Así es como Schwarz atendía á sus estudios.

III



Había transcurrido un mes.

Era una espléndida puesta de sol de un día de otoño. Los últimos rayos del sol posábanse suavemente en las torres de Kieff y en las tumbas de las estepas próximas. En la reducida habitación en donde Gustavo y Schwarz vivían juntos, había luz aún, y los dos compañeros, sentados ante la mesa, trabajaban afanosamente, aprovechando aquellos últimos rayos del sol poniente.

Momentos antes había entrado Gustavo pálido y más jadeante que de ordinario, con expresión de amargura y de inquietud impresa en el rostro, como agobiado por un dolor secreto, al que traicionaba el brillo febril de los ojos. Callaban ambos. Sin embargo, este silencio pesaba evidentemente en Gustavo, puesto que á cada momento se volvía hacia Schwarz como para decir algo; mas parecía que le costara un trabajo enorme pronunciar la primera palabra, pues de nuevo inclinaba la cabeza sobre el libro. Por fin se retrató en su rostro una impaciencia irresistible; de pronto cogió su gorra, que estaba en la mesa, y levantándose de la silla dijo:

—¿Qué hora es?

—Las seis. — ¿Porqué no vas, pues, á casa de la Potkansky?... Vas todas las tardes, por consiguiente...

—Gustavo — contestó Schwarz — tú sólo me has hecho penetrar en la existencia de esa mujer... Pero dejemos esto; no toquemos un asunto penoso para los dos; nos conocemos ya bastante, y por esto te prometo que no volveré á casa de la Potkansky, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Te doy mi palabra de honor. Aquí está mi mano.

Permanecieron así algunos minutos, uno enfrente de otro; Schwarz con la mano extendida, Gustavo sin saber qué hacer, molesto por lo violento de su posición. Por fin se estrecharon las manos, pero ninguno de los dos profirió palabra, demostrando visible sentimiento: el uno buscaba en vano una expresión afectuosa de consuelo; el otro era incapaz de formular una frase de agradecimiento. Y se separaron en silencio.

Sucede á menudo que se apoderan de nuestro ánimo sentimientos extraños, que son totalmente opuestos á los que hubiéramos esperado como recompensa de una acción generosa.

Schwarz había prometido á su amigo no volver á casa de la Potkansky. Y sin embargo, la amase ó no, la promesa le costaba un sacrificio. En su monótona existencia de trabajo, aquella mujer era el único rayo de luz, el luminoso faro hacia el que convergían todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones; y aun cuando no dedicara á sus sueños y á ella sino los pocos instantes sustraídos al trabajo y destinados al reposo ó al esparcimiento del espíritu, renunciar á tales momentos era como privar de todo encanto al propio descanso, era como esterilizar en la propia vida el lugar en donde hubiera podido brotar y germinar un sentimiento puro y elevado. Y, no obstante, tras brevísimas vacilaciones, Schwarz había renunciado, había consumado el sacrificio. Pero en cuanto se quedó solo en el cuarto, pasó por su rostro como una sombra de tristeza, de disgusto, hasta de rabia. ¿Obedecía al rompimiento doloroso con el pasado, ó era quizá el arrepentimiento de su acción? No, Schwarz no se arrepentía. Cuando, como sello de su promesa, alargó la mano á Gustavo, éste había titubeado

algo antes de estrecharla. No aceptar el sacrificio ofrecido por un corazón enérgico, es como ponerle en tela de juicio; significa ser un ingrato á los ojos de aquel que ve rechazado así su sacrificio, echar la semilla de un odio oculto en el campo religiosamente cultivado del amor propio.

Pero, por otra parte, aceptar el sacrificio de un rival, equivale, para un carácter altivo y animoso, á consentir que otro le rebaje la propia personalidad; significa aceptar una limosna que no se ha pedido, y que el que la da la arroja con violencia; es casi como recibir una bofetada. La altivez prefiere ser acreedora que deudora. Por esto es por lo que al salir á la calle contraíase con amarga ironía la boca de Gustavo, mientras murmuraba con los dientes apretados:

—Me supera siempre. Esto es horrible..... ¡Al polvo; inclina la frente todos los días ante el señor Schawrz, y agrádecete diariamente sus mercedes.....! ¡Qué vida tan lisonjera!

Sumido en una meditación profunda y triste, se olvidaba hasta de sí mismo, y se sentía agobiado bajo el peso de un dolor infinito. Repercutía en su alma el eco de una tristeza indecible que vibraba aún, semejante á una cuerda rota, y el pensar en la felicidad, aunque no fuese más que por un momento, le costaba un penoso esfuerzo. En él parecían haberse dividido en dos partes el corazón y el cerebro; la una exhausta de fuerzas, anhelaba solamente la paz; la otra, sombría, pero confiada aún, le atraía al torbellino de la vida; la una ofrecía á sus ojos una luz, un fin; la otra lo sumía en lo más denso de las tinieblas, en la nada. Y lo que constituía el colmo de su desventura, lo que á menudo avivaba su dolor, era algo que, como espíritu maligno y burlón, le mostraba con una mano su propia persona pálida, encorvada, contrahecha, y con la otra la viuda Potkansky aureolada por nubes, iluminada por los resplandores de la aurora, en todo el esplendor de su belleza, y con su fría impassibilidad de mármol.

Aturdido, casi sordo por los rumores de la borrasca interna, Gustavo caminaba sin fijarse por dónde, cuando de pron-

to oyó á su espalda una canción alegre, entonada por una voz bien conocida:

*¡Hop, hop, hop, hop!
El casco está bien herrado.*

Se volvió y se encontró ante Vassilkevitch y Augustinovitch.

—Hola, Gustavo, ¿á dónde vas?—preguntó el primero.

—¿Que á donde voy? —replicó Gustavo consultando el reloj.—Para ir á casa de la viuda es demasiado pronto..... Iré un momento al Círculo.

—Omite la primera parte, puedes ir directamente á casa de la viuda.

—¿Cómo? ¿Por qué?.....

—¡Ay de mí, ay de mí, que desgracia!—exclamó Augustinovitch, y levantando los brazos al cielo, y sin cuidarse de los transeuntes, se puso á declamar:

«Cubre un fúnebre velo de eterno duelo
El yermo castillo donde nupciales fiestas
Lucieron un día. La yedra ciñe
Los antiguos muros; aulla furioso un perro
Junto al portalón.....»

—Nada hay que hacer ya en el Círculo —añadió Vassilkevitch.

—Acaba de decir lo que ha pasado.

—«El horror y el luto han venido aquí á morar»; seguía declamando Augustinovitch.

—¿Pero qué sucede?

—Una desgracia.

—Irreparable.

—Expílicate tú, Vassilkevitch, habla en cristiano.

—La suprema dirección de la Universidad ha cerrado nuestro Círculo. Alguien ha referido que conspirábamos.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Hace un par de horas.

—Es preciso ir al lugar é informarse.

—No te lo aconsejo; te expones á que te pongan á la sombra.

«Te atenazarán los blancos brazos.»

—Cállate, Augustinovitch. ¿Y cómo no habrán ido por la noche? Hubiéramos caído todos juntos en la red, como otros tantos peces.

—Lo que más les importaba no era pescarnos, sino cerrar nuestro Círculo. Cierto es que si alguno fuese ahora á ponerse al alcance de sus uñas, le atraparían sin tantos miramientos.

—¿Y á dónde vais ahora vosotros?

Como ante el desencadenamiento de la tempestad
La ignea cruz.....»

—Eres incorregible; te he rogado que te calles.

«Así Rodrigo valiente y animoso.....»

—Y así—dijo interrumpiendo Vassilkevitch—vamos á advertir á los demás; por consiguiente, te dejo, deseándote mil parabienes, si es que no quieres acompañarnos...

—No, no puedo.

—¿Y á dónde vas?

—A casa de la Potkansky.

—Adiós entonces.

—Hasta la vista.

Apenas se habían alejado los dos compañeros, Gustavo se frotó las manos é iluminó su rostro una sonrisa de satisfacción. Le había agradado la noticia de la clausura del Círculo. De esta suerte había desaparecido el peligro de que la viuda, al conocer la decisión de Schwarz, volviese á frecuentar las reuniones de los estudiantes para seguir viéndole. Y el temor de Gustavo no carecía por completo de fundamento. Recordaba que, de cuantos ruegos y palabras le había dirigido para inducirle á que dejase de ir al Círculo, solamente la había hecho desistir de aquella imprudencia la promesa de llevar á su casa á Schwarz. Y ahora, cerrado el Círculo, desaparecían todos los motivos de temor.

Pocos momentos después Gustavo llamaba á la campanilla de la casa de la viuda. Salió á abrirle una criada.

—¿Cómo está la señora?

—Bien; pero no cesa de andar de un lado á otro del cuarto y habla sola—respondió la sirviente.

La viuda vivía en un modesto cuarto piso, compuesto de dos habitaciones: una salita y una alcoba con vistas al jardín. Gustavo entró en la segunda, cuyas ventanas terminaban en arco, con cristales azules y de color de rosa alternativamente, en forma de rosetas con listones de abeto.

En un ángulo del cuarto, sobre un velador de palo rosa, cubierto con un tapete de cortos flecos, había dos retratos: uno, con el marco de madera incrustado de arabescos, representaba un joven de ancha frente, cabellos rubios y líneas de una delicadeza aristocrática, Potkansky, en una palabra; el otro, una señora joven con un niño en las rodillas, la viuda. Ante los retratos estaba colocada una corona de siemprevivas envuelta en un velo negro y un ramo de mirto desecado. En otro extremo, casi oculta entre la sombra de los dos lechos, una cuna vacía ahora, pero animada un tiempo por la sonrisa y dulce balbuceo infantiles. La colcha verde, sobre la que la luz al penetrar por los cristales de colores esparcía sus caricias, parecía á veces agitarse ligeramente; parecía que de un momento á otro iba á levantarse impulsada por una inocente manecita, y que iba á asomarse una cabecilla alegre mirando á la mamá. Reinaba en la atmósfera de la habitación una tristeza grave y melancólica. Las hojas de las acacias, que atisbaban al través de la ventana, dibujaban en el pavimento una sombra negra, en la que de cuando en cuando, al agitarse las ramas por el viento, se abría una espiral de luz débil y vacilante. Al lado de la puerta había una pila de agua bendita sostenida por un ángel en actitud de bendecir; y en aquel momento su cabeza estaba circundada por esplendor dorado, como nimbo de hermosura, de inocencia, de paz, de gloria.

Así como en la actualidad reinaba la tristeza en aquella

morada, reinó en otro tiempo la felicidad. ¡Cuántas caricias, cuántas alegres palabras se sucedían entonces cuando, cansado del trabajo, volvía Potkansky á casa por las noches, y enlazaba el talle de su amada, mientras separaba sus largos cabellos de oro para depositar un beso en aquella frente querida y pura! ¡Qué límpidos y serenos transcurrían aquellos instantes de alegría, en los cuales, mudos, abrazados, con las pupilas del uno fijas en las del otro, parecían la personificación del amor!... Después corrían á la cuna, en donde el pequeñuelo balbuceaba las primeras palabras, y agitando los piececitos, sonreía á la felicidad de sus padres...

En la actualidad, la cuna estaba vacía, y sin embargo, se hubiera dicho que el niño respiraba en ella todavía. Y en los primeros momentos, la viuda, cuando aún era reciente su desventura, á veces, al despertarse por la noche, tentaba cuidadosamente la cuna con su manos, persuadida de que Dios tendría al fin compasión de ella, y arrancando de la tumba al niño volvería á depositarlo en la cunita... Aquellas paredes habían visto la alegría y la felicidad de un amor tranquilo, después la desesperación y las lágrimas que corrían gruesas como perlas, luego la tristeza, el enfriamiento sombrío y obstinado que terminó en locura.

La otra habitación, el saloncillo, tenía el tono, la vulgaridad de cualquier otro; pero también aquí parecía que los ecos de la felicidad pasada vibraban aún en el aire. La salita estaba cuidada con gran esmero, pero nada había en ella que la distinguiese de lo común. Al lado se abría un cuartucho para la sirviente, una reducida alcoba con salida á la escalera, separada del resto de la habitación por un tabique de madera. Tal era la vivienda de la viuda; y no se comprendía fácilmente cómo después de la muerte de Potkansky pudiese pagar su mujer el alquiler del cuarto. Pero se cuidaba Gustavo, el cual proveía á todo; en seguida explicaremos cómo se las arreglaba.

Al entrar en aquella casa, Gustavo experimentaba siempre

una sacudida. En aquel lugar en donde todos los objetos estaban llenos de ella, en donde todo lo que no fuese ella vivía para ella sola, el joven sentía siempre una opresión al pecho, algo como si una mano de hierro le apretase el corazón. Pero aquella opresión le producía una verdadera voluptuosidad, le parecía una preparación para respirar con más libertad y más desahogo.

Ser oprimido por el sentimiento de la felicidad, significa ser casi feliz, con la diferencia de que á lo primero va unido el deseo apasionado, el cual no reconoce límites. Ese deseo se apodera completamente del hombre, se infiltra en su sangre, se manifiesta en el brillo de la mirada, en el temblor de la voz. El inmenso anhelo de la pasión no tiene fin, carece de aspiración bien definida; es pudoroso, y sin embargo, exigente. En tales casos, el hombre se reviste de una audacia superior á la que experimenta en la intimidad de su propia conciencia; se maravilla de sus propias palabras como si las oyesen proferir á otro; cierra los ojos y siente dentro de sí la imperiosa necesidad de reír ó sollozar convulsivamente. Ama, adora, idolatra á una mujer como si fuese un ángel, desea un ángel como si deseara una mujer. Esto sucedía á Gustavo en cuanto ponía el pie en aquella habitación; todos los deseos que el sentimiento y la sangre pueden suscitar, venían á girar en torno de su cerebro como una bandada de aves.

Elena estaba ante él.

Pálida, con su palidez peculiar, sus mejillas conservaban, sin embargo, un ligero carmín: tal vez un reflejo del crepúsculo de la tarde, y nada más. Su delicado perfil se dibujaba en el fondo de la ventana; estaba sentada ante un espejo de marco de plata, con un peine en la mano, y se arreglaba los cabellos, los cuales, sueltas las trenzas de radiante oro, aureolaban su frente pálida, y caían sobre sus hombros y su pecho como una cascada de ámbar fundido. Al ver á Gustavo, lo saludó con un movimiento de la mano y con una débil sonrisa á flor de los labios.

La viuda había sacudido al fin su entorpecimiento. La conmoción violenta é inesperada que experimentó á la vista de Schwarz había bastado para despertarla. Comenzó á recobrar la razón, no quedándole más que un punto incomprensible, como un resto de locura: se confundía de tal modo en su imaginación la imagen de Schwarz con la imagen de Potkansky, que no recordaba ya si el marido se llamó Schwarz ó Potkansky.

Pero no tardó en brillar un nuevo rayo de luz en medio de las tinieblas que rodeaban su inteligencia: rogó á Gustavo que la hiciese volver á ver á Schwarz, y aquel consintió en ello, aunque de mala gana. Presa de la febril ansiedad de un deseo apasionado, la viuda esperaba la noche para poder fijar en sus ojos al que llevaba en sí la imagen de la felicidad perdida: no era Schwarz al que buscaba, sino lo que recordaba, recuerdo que le era indispensable. De esta suerte, poco á poco, bajo una forma visible apenas, el pasado se transformaba en el presente, la prolongada ilusión en realidad. Pero Schwarz advirtió el nacimiento de aquel nuevo afecto y prometió á Gustavo abstenerse de frecuentar la casa de la viuda. A esto quería prepararla Gustavo.

Fácil es adivinar la impresión que había de producir semejante noticia en el ánimo de Elena. Pálida, con las manos en la cabeza, se volvió furiosamente hacia Gustavo, mientras su larga y maravillosa cabellera le caía rumorosa por la espalda.

—¿Y dónde he de poder verlo ahora?

Gustavo no respondió.

—Porque es preciso que lo vea aquí ó en otra parte; ¡se parece tanto á mi Casimiro! ¡Dios mío!... ¡Pero si no vivo más que de ese recuerdo, señor Gustavo!

Gustavo seguía callando. Aquel ciego egoísmo de mujer tenía para él algo de repugnante. En su alma se entablaba una nueva lucha: era ella la que le rogaba, y le rogaba que hiciese toda clase de esfuerzos para enterrar su propia felicidad... ¡Eso sí que no! ¡Sería demasiado imbécil!... Sin embargo, era

ella la que se lo rogaba, ella sola, y no otro alguno... Gustavo se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero no respondió una palabra. También él tenía cierto derecho á la vida; todas las fibras de su sér se rebelaban ante aquel ruego, con la energía de la desesperación; y mientras tanto Elena redoblaba sus súplicas.

—Gustavo, usted solo puede hacer de manera que le vea. Y yo quiero volverle á ver... ¿Qué le he hecho á usted para que me haga sufrir así?

Gustavo sintió que le corría por la frente un sudor frío; se pasó por ella una mano y respondió sombríamente:

—No quiero causar á usted ningún dolor, pero...

La pasión hacía que su voz temblase; tenía que hacer un intenso esfuerzo de voluntad para dominarse, para no arrojarse á los pies de aquella mujer y exclamar: ¡Pero si yo te amo! ¡No me maltrates así!

—Pero no quiere venir aquí — concluyó de decir Gustavo con voz apagada.

¡Cuánto hubiera dado Gustavo por evitar este momento!

Elena se cubrió el rostro con las manos, y se dejó caer en una silla. Deslizáronse unos instantes de silencio; fuera se oía el rumor de la multitud... dentro había un alma que luchaba consigo misma. Conducir á Schwarz á casa de aquella mujer era consentir en que se la arrebatase sin tardanza, era como abrir las puertas á la propia desgracia... Pero la lucha fue de corta duración. Gustavo cayó de rodillas ante la viuda, y, apoyando sus ardientes labios en las manos de aquella, murmuró con voz entrecortada:

—¡Vendrá.....! Se lo prometo..... Suceda lo que quiera, vendrá..... No puedo prometer á usted cuándo..... pero le traeré yo mismo.

Poco después salió Gustavo de la casa, murmurando entre dientes:

—Sí..... vendrá..... pero ya no seré yo quien lo traiga..... Vendrá, pero dentro de unos meses..... quizás dentro de

uno..... Siento que dentro de un mes habré logrado el descanso.

Un golpe de tos le cortó la palabra.

Erró durante largo rato por las calles. Cuando, por fin, volvió á su casa, en el reloj de la cercana torre daban las dos de la madrugada. Schwarz dormía, respirando con intervalos regulares..... La luz de la lámpara iluminaba su despejada frente y su desnudo pecho. Con febril mirada, Gustavo contempló largo rato el pecho aquél, y brilló en sus ojos un relámpago de odio.

Así permaneció cerca de una hora. Después se estremeció repentinamente, recobró el sentido de la realidad y sintió nacer en él un sentimiento completamente opuesto al que hasta entonces le dominara. Experimentó hambre, se acercó á una mesa llena de libros, sacó un pedazo de pan duro y moreno, y comenzó á comer ávidamente.

Llevaba ya casi dos días sin tomar alimento.

IV

Llegó el otoño. Hacía mucho frío en los cuartos de los estudiantes, los cuales, con la manta de la cama echada sobre los hombros y con la gorra en la cabeza, se calentaban estudiando en sus libros. En las pocas casas que estaban en condiciones de tener estufa, se reunían como en un colegio.

En cuanto al Círculo, estaba definitivamente cerrado. En los primeros momentos se habían reunido algunos para fundar otro; pero todas las tentativas habían resultado vanas ante la oposición de Gustavo por una parte, y de Schwarz por otra, el cual adquiría cada vez más influencia en el ánimo de sus compañeros. Schwarz, el cual era de opinión que el Círculo hacía que se perdiese mucho tiempo en hablar sin que originara ninguna utilidad, sostenía la necesidad de introducir alguna reforma en este asunto, lo cual consiguió al fin, á pesar

de algunos votos en contra. No cesaba de exponer su tesis en la Universidad, ó, mejor aún, en casa de Vassilkevitch, donde los estudiantes acudían con más gusto que á otras partes. Vassilkevitch vivía con Karvovski, ó para hablar con propiedad, éste vivía con aquél; pues aunque Karvovsky fuese rico —se trataba del joven pálido que tocaba el piano en el Círculo—y pagase la mayor parte de los gastos, el lituano era, sin embargo, como el alma y el eje de aquella comunidad de jóvenes en libertad.

La amistad entre los dos citados era verdaderamente extraordinaria y hasta digna de envidia. Uno, delicado, bello, afeminado, con la fantasía llena de nobilísimos sueños, dócil con todos y de todos querido, se deslizaba al través de la vida en medio de toda clase de facilidades, entre los placeres y la abundancia; el otro, un verdadero lituano, feo, con facciones abultadas, enorme cabezota, con los cabellos cortos y los ojos despidiendo centellas, enérgico, estudioso, dotado de una gran cultura, parecía á primera vista el tutor ó el hermano mayor de su compañero. Vassilkevitch tenía un corazón de oro, y, como suele decirse, lo llevaba en la mano. Una vez Karvovsky sufrió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; Vassilkevitch le cuidó noche y día, cariñosamente, con una abnegación sin igual, y cuando se curó lloró de alegría y le increpó gozosamente.

—¡Valiente farsante! ¿Qué ocurrencia te ha dado de ponerte enfermo? Inténtalo otra vez, si te atreves.

Los estudiantes les denominaban «los novios»; y un ciego viejo de Ucrania, que les pedía limosna, y al que á menudo socorrían generosamente, les llamaba «los buenos jóvenes».

Muchas eran las razones que les ligaban; pero una era la más poderosa de todas y de la que no hacían misterio con cuantos la indagasen. Durante el verano pasaban la mayor parte de las vacaciones en una posesión de Karvovsky, en la que moraba una hermana de éste, joven no muy agraciada, más bien feucha, pero de una indecible bondad de corazón:

un carácter igual y dulce, un verdadero ángel, de rostro moreno y delicado cuerpecillo. Vassilkevitch la amaba con un amor profundo, tenaz, confiado, y, lo que más importaba, era correspondido. Quizá los padres de ella no estaban completamente seguros de aquellos amores, ó tal vez los conocían y no intentaban oponerse á la inclinación de los dos jóvenes. Ella no era nada hermosa; él era un hombre leal, en el que se podía tener absoluta confianza; de esta suerte venían á equilibrarse las posibles desigualdades de la posición social. Además, los padres de la muchacha no querían privar al hijo de un amigo, el cual, en toda circunstancia, podría serle útil. Vassilkevitch tenía además otra buena cualidad: profesaba un amor sin límites á sus padres, á «sus viejos», como él los llamaba. Eran muy pobres—el padre era arenero—y el hijo los socorría. Vivían en Samogizia, pero fuera del país, más cerca de Livonia, en una humilde cabaña, situada en el fondo de los bosques, que murmuraban en rededor, y á donde iban á morir las olas del mar; al otro lado de los bosques y del mar, de nuevo el mar y los bosques: un verdadero rincón de la tierra perdido en el mundo. Según las leyendas del país, el lugar estaba habitado por el diablo, pero respetaba á los viejos.

En medio de aquella paz nació al mundo Vassilkevitch. Niño aún, pescaba á orillas del mar, ó tendía lazos para coger patos silvestres, ó andaba por las marismas en busca de nidos. Era de un temperamento sereno y fuerte. La naturaleza le había mecido, y sus maestros eran las aves, los árboles, las olas. Toda la vegetación, desde los helechos hasta las hayas, cuyas ramas se pierden entre las nubes del cielo, era un gran libro abierto ante sus ojos, cuya primera página comenzó á leer y á estudiar por sí mismo. El mundo de las aves le hablaba de derechos y deberes; veía cómo los castores agitaban con la cola las aguas del río próximas á la orilla; sabía que el zumbido de las abejas guía al descubrimiento de los panales ocultos en los huecos de los árboles; sabía coger el tejón y sus pequeños; y á veces había regresado á su casa con lobeznos

vivos y palpitantes. Después, cuando hubo ya crecido, el padre sacó de un viejo arcón un puñado de roñosas monedas de cobre y mandó su hijo á la escuela. Entonces comenzaron los tiempos difíciles. Era preciso estudiar y estudió.

Sería muy largo referir todos sus esfuerzos para llegar á la Universidad, en donde le hemos conocido. Los padres le devolvían centuplicado su cariño; formaban una pareja de palomas, blancas por la ancianidad, que pasaban los días arrullándose mutuamente. En su cabaña reinaba la paz y la felicidad. Aunque raros, encuéntranse aún en la vida puntos luminosos semejantes que nos hacen el efecto de oasis perdidos en medio del desierto. Los dos viejos se adoraban tiernamente; se guardaban mil atenciones, como si se encontraran en los primeros días del matrimonio, y continuaban llamándose con esos epítetos afectuosos de los primeros tiempos del amor. ¡Y qué alegría, qué gozo cuando Vassilkevitch iba á su casa á pasar las fiestas!... Con él iba algunas veces también Karvovsky; y los viejos le trataban con cortesía, le obsequiaban; pero únicamente su Jasiek, á quien llamaban sencillamente «el nuestro», era todo para ellos. A menudo los dos jóvenes, después de pasar todo el día en los bosques, regresaban cuando los viejos se habían ya retirado. Así, una vez escucharon al través del tabique de la alcoba un diálogo por el estilo:

—Es un joven muy guapo este Karvovsky—decía el viejo.

—Pero el nuestro es aún más guapo—respondió la mujer.

—Indudablemente, es más guapo.

Sabemos que «el nuestro» era feo, en el más amplio significado de la palabra, y, sin embargo, era admirado, al través del poema del amor paterno y materno, como el mozo más apuesto del mundo entero. Hasta tal punto es cierto, que no la realidad, sino nuestro sentimiento, es el que da á los objetos el aspecto exterior bajo el cual se nos aparecen.

Pero volvamos á Kieff y á nuestros conocidos. No es de extrañar, pues, que con amos de casa como Vassilkevitch y Karvovsky, los cuales, entre otras cosas, poseían una estufa, fue-

se considerada su vivienda como punto de refugio para calentarse de la mayor parte de los estudiantes. Reuníanse allí aquellos que pasaban por ser los más inteligentes. Así las largas noches de otoño se transformaban en veladas literarias, en las que daban á conocer su obra todos cuantos poseían cierta inventiva.

Sería difícil también hacer la enumeración de las atrevidas ideas expuestas por aquella fogosa juventud. Los amos de la casa, Schwarz, alguna que otra vez Gustavo, y principalmente Augustinovitch, que no faltaba nunca, figuraban á la cabeza de tales reuniones. Schwarz había querido probar también su potencia inventiva; pero le faltaba el arte de crear y de ordenar sus propios conceptos con arreglo á las brillantes leyes de la fantasía, la cual parece envolver todas las cosas en los rayos del iris para lanzarlas después al mundo caldeadas é iluminadas, en una tibia noche de verano, bajo la forma de un espléndido meteoro. Por el contrario, Schwarz poseía en alto grado otra facultad: sabía juzgar rectamente las obras de los demás, y en esta operación se mostraba ingenioso é inteligente. Cuando, después de haber leído alguna composición suya, hacía delante de todos el análisis y la crítica de la misma, causaba la hilaridad general é irresistible de los oyentes. Igual sistema adoptaba con los escritos de los demás, y cuando comenzaba á ponerlos en solfa, caían pulverizadas aquellas primeras producciones ofrecidas en el altar del arte. Imitaba con tanta perfección á las personas, los gestos de la cara, la inflexión de la voz, que, con gran satisfacción suya, hasta las cosas más tristes despertaban la risa y la algazara. Esta habilidad le conquistaba una gran popularidad; pero aquellos que se dedican á enviar suspiros á la luna, y cuyas cuerdas del corazón no vibran sino con sonos sentimentales, le miraban con respeto casi medroso, como en presencia de Satanás.

Con pintoresca fogosidad describía Vatsilkevitch sus bosques y su hermoso mar de Lituania. También Karvovsky cometía á veces el pecadillo de componer algunos versos líricos,

en los que el rocío, las lágrimas y los suspiros, discurrían como seres vivientes. Tratábase en ellos del amor de un pastor hacia un abedul silvestre, el cual, á la muerte del pastor, «languidecía de angustia y de tristeza», como refería el poeta. En aquellas veladas literarias alternaban las composiciones buenas y malas; no faltaban los argumentos festivos para excitar la risa, y á veces presentábanse también obras de verdadero mérito, fruto de grandes talentos, y hasta de mediocres, atormentados por un sentimiento de autocritica.

Pero quien aventajaba á todos era Augustinovitch. Algunas veces llegaba á la reunión borracho perdido—triste es decirlo, pero es la verdad—con los cuadernos llenos de grasa y de toda clase de porquerías, escritos de una manera ininteligible. Pero cuando empezaba á leer, quedaban relegados á segundo término todos esos detalles, y todos quedaban extáticos, pendientes de los labios del lector. Más de uno de los oyentes se atormentaba el cerebro para destilar la esencia de su talento, y sin embargo, el fruto de tanta fatiga, aunque tuviese cierto valor, no salía de lo vulgar. En cambio Augustinovitch, bajo cuya tosca envoltura se encerraba un alma, cogía la pluma en cuanto llegaba, y allí en aquella habitación, en medio del bullicio de cien voces que alborotaban, escribía sin detenerse, y las cuartillas húmedas aún por la tinta volaban bajo la mesa. Después las recogía, las ordenaba, sentábase con aire de negligencia, y leía, conquistándose la atención de todos y despertando la envidia en más de uno. Había en él una sorprendente vivacidad de imágenes que deslumbraba; en el torrente de sus ideas corrían las ideas esmaltadas, como serpientes incrustadas de piedras preciosas. Cuando hablaba del amor, parecía como si sintiera palpitar contra el suyo el corazón de su amada en el colmo del ardimiento; fluían entonces sus palabras con la velocidad del rayo, y el pensamiento, como deslumbrado por el fulgor del relámpago, sentíase dominado por el espanto; y cuando después con frases tiernas y apasionadas tocaba el registro de la melancolía, parecía que se res-

piraba en un ambiente saturado por el perfume de los mirtos y las rosas; los helechos se balanceaban bajo la suave claridad de la luna; y allí lejos, más allá de los bosques, la canción de la virgen vibraba entre gotas de rocío... Y en esto demostraba mucho ingenio; de sus labios salían hermosas frases y hermosas ideas, sin que fuesen la expresión sincera de su alma. Eran como flores delicadas que germinasen en un pantano; eran la revelación de una espiritualidad genial, en la que lo bueno corría parejas con lo malo.

—¡Oh Augustinovitch, Augustinovitch!—exclamaban entonces sus compañeros—si no estuvieses ya entre las garras del diablo, ¡cuántas cosas podrías crear con tu poder de imaginación, farsante!

—Por esto es por lo que trinco bien—respondía él.—Quiero ahogar dentro de mí al tal diablo. ¿No tenéis nada que darme de beber?

Raras veces intervenía Gustavo en dichas reuniones. Miraba con malos ojos á Kavovsky porque le querían todos. Se hacía más intratable á medida que su existencia se hacía más difícil, á medida que se amontonaban las nubes en el horizonte de su amor, cuanto más se colmaba su cáliz de amargura. Las naturalezas apasionadas é infelices ofrecen la particularidad de demostrar una instintiva repugnancia. Esta repugnancia, no concentrada aún sobre persona alguna determinada, germinaba en el corazón de Gustavo.

Experimentaba un indecible odio contra aquellos que poseían lo que á él le era negado; tal posesión se presentaba ante sus ojos como una ofensa, y los temperamentos como Gustavo saben devolver las injusticias que redundan en su daño, por lo menos en teoría. Así se apartaba de la sociedad de aquellos jóvenes, entre los cuales hubiera podido encontrar, no obstante, quien lo comprendiese; y á pesar de su odio universal sentía cariño por algunos, pero sin embargo prefería permanecer á solas en su dolor. Le humillaba demasiado la idea de que los demás pudiesen compadecerle; nada temía tanto como ser

objeto de compasión para los demás, especialmente entonces, cuando sus compañeros conocían la promesa de Schwarz, referente á no volver á ver á Elena. La tal promesa, revelada por el mismo Gustavo en un momento de sobreexcitación, había hecho que Schwarz ganase mucho en el concepto de sus compañeros, y Gustavo experimentaba á causa de ello un sentimiento de ira. En suma, entre él y Schwarz habíase interpuesto una negra nube que los separaba.

Elena, por su parte, continuaba suplicándole vehementemente, con insistencia cada vez mayor, que le llevase á Schwarz. Desarrollábase en la mente de la viuda y á la vista de Gustavo un proceso de ideas, que debía ser para aquél un nuevo motivo de tormento. Elena se aferraba cada vez más á aquella nueva imagen, y casi llegaba á identificarse con ella; excitado poderosamente por su prolongado intervalo de calma, su corazón anhelaba más cada vez á Schwarz, y esta vez á él mismo, á su persona. Como traida en las alas inexorables del destino, alboreaba una nueva era; para Elena, de dolor y de llanto, acompañando á la resurrección de la felicidad; para Gustavo, de desaparición de toda esperanza. — No he de poder conservar por mucho tiempo mi tranquilidad — pensaba Gustavo. — Pero suceda lo que quiera, no seré yo el que lo lleve al lado de ella por segunda vez.

Fácil es comprender lo que ocultaban tales reflexiones. Gustavo se hacía la ilusión de sofocar su dolor bajo el peso del trabajo, y así se iban agotando sus propias fuerzas. Solamente en el sueño disfrutaba de algunos breves instantes de felicidad. Una vez, en sueños, creyó estar de rodillas ante Elena, á la que besaba las manos, las estrechaba contra su corazón y juntaba por último sus labios con los de ella en el ímpetu de la pasión. Y también había sufrido aún en el espasmo de la felicidad... Vino después el despertar. El la veía todos los días, estaba á su lado... y ¡muy lejos, sin embargo, al mismo tiempo! Y con esta lucha Gustavo se demacraba cada vez más, su aspecto inspiraba compasión, y solamente los ojos, en los

que brillaba el ardor de la fiebre, acusaban la fuerza de una voluntad indómita. Era una fiebre que le consumía, pero que le sostenía al mismo tiempo.

—¡Ya veremos cómo acaba todo esto!—murmuraba de cuando en cuando para sí, con sus ardientes labios.

Esta tétrica tensión del espíritu atormentado tenía, sin embargo, su lado bueno, porque Gustavo no se alimentaba de ilusiones, y tomaba la vida como era en realidad, no como hubiera debido ser. A pesar del progresivo debilitamiento de su salud, trabajaba de firme, más que nunca; necesitábase un esfuerzo no exiguo de voluntad, para ponerse al trabajo cuando regresaba de casa de la viuda, y todos los días alcanzaba victoria semejante sobre sí mismo. Se había rodeado de los compañeros más inteligentes, con los cuales se ocupaba exclusivamente en los estudios, formando así contraste con la sociedad que se reunía en casa de Vassilkevitch. Dos de sus compañeros, especialmente, no le dejaban nunca, y con ellos trabajaba en un tratado acerca de la lengua lituana..... Sin vacilaciones, antes bien, dirigiendo á los otros, Gustavo afrontaba los obstáculos casi insuperables de semejante trabajo, al que consagraba las horas que le dejaban libres los sufrimientos de su alma.

En cuanto á la viuda, iba á verla todos los días.

V



La actitud de Gustavo respecto de Schwarz era cada vez más irritante, y sin embargo, los dos jóvenes continuaban viviendo juntos. Pero un día, al fin, Gustavo, al volver de casa de la viuda, vió que su compañero estaba haciendo el equipaje. Ninguno de los dos despegó los labios; después Schwarz, como hubiera concluído, exclamó:

—Adiós, Gustavo, quédate con Dios; me voy.

Sin proferir palabra, Gustavo le estrechó la mano, y con la frialdad del hielo se separaron.

Una vez en la calle, Schwarz se dirigió á casa de Vassilkevitch, el cual, al verle, exclamó:

—¿Qué quiere decir esto? Nos mudamos, á lo que parece.

—Harto sabes lo tirante de mis relaciones con Gustavo—respondió Schwarz;—juzga tú mismo si era posible que continuase viviendo con él.

—Pero no está bien dejarle solo en el estado en que se encuentra.

—Lo reconozco; pero te aseguro que mi presencia no producía otro efecto que irritarlo más aún. Tú sabes cuánto he hecho por él; después de lo cual, me parece que no debiera guardarme rencor..... y sin embargo.....

Vassilkevitch, por toda respuesta, le apretó la mano.

La nueva morada de Schwarz estaba situada en una casa de tres pisos, y se componía de dos hermosas habitaciones espaciosas y claras. Además del dinerillo que había traído consigo de la casa paterna, Schwarz había hallado pronto, en cuanto llegó á Kieff, el medio de ganarse algo, lo que le permitía ahorrar su modesto capital. Así se había decidido á establecerse á gusto. La nueva habitación no carecía de cierta elegancia; notábase al punto cierta holgura, y hasta algo superfluo. Cubría el lecho una buena colcha; el suelo estaba encerado; una estufa pequeña brillaba alegremente entre el crepúsculo otoñal, y esparcíase por la estancia un dulce calor, que producía una sensación de bienestar.

Además, toda la casa tenía decente aspecto, y la vecindad estaba formada por gentes acomodadas. En el primer piso vivía un general con su mujer y dos hijas, horrorosas como una noche de truenos; en el segundo, un ingeniero francés, que era el que había subarrendado á Schwarz las dos habitaciones; en el tercero, un conde venido á menos, riquísimo en sus buenos tiempos, pero en la actualidad reducido á la miseria. Habitaba tres ó cuatro cuartos en unión de su hija, que era

ya una señorita, y dos criadas, oriundas de Ucrania. Sin embargo, tales vecinos no tardaron en causar molestias á Schwarz. Los hijos del ingeniero no cesaban de atormentar al piano, tocaban bailables de una manera verdaderamente lamentable, y por añadidura berreaban. En casa del general se sucedían sin interrupción las fiestas, los bailes y las reuniones, con un estrépito infernal, que se prolongaba toda la noche, en medio de un continuo subir y bajar de criados presurosos por la escalera. Solamente el conde y su hija eran pacíficos. Y no hay que maravillarse de esto; lloraban sus miserias ante el recuerdo del esplendor pasado, al que volvían la vista con tristeza, como un día los judíos ante las ruinas de Jerusalem.

Schwarz apenas los conocía. Solamente algunas veces, al anochecer, cuando oía en la escalera un paso vacilante, pensaba que el anciano conde conducía á su hija á tomar un poco de aire; pero como no era amigo de las testas coronadas y de los blasones, no había experimentado ninguna curiosidad por ver á su vecino. Una vez, sin embargo, al volver á casa, entrevió algo que le despertó cierto interés: inclinado sobre la balaustrada de la escalera, entre el primero y segundo piso, entrevió un busto gracioso y una linda cabecita, de ojos azules y cabellos negros. Aquellos ojos, á los que servía de pantalla una mano colocada á la altura de la frente, escudriñaban con atención en la semi-obscuridad de la escalera.

Al ver al estudiante se retiró la joven, y Schwarz, que había apresurado el paso para verla de cerca, llegó á ver solamente dos piececitos con zapatos negros y medias blancas, que corrían azoradamente por la escalera.

—¡Ah! sin duda es la condesita,—se dijo él. Y la condesita pasó á ocupar un lugar en la mente de Schwarz. Sentado al amor del fuego alegre de la estufa, de manera casi inconsciente, Schwarz seguía viendo aquellos ojos azules con la mano á guisa de pantalla, aquella frente blanca ornada de negros rizos, aquellos piececitos calzados por elegantes zapatos.

Dos días después, á una hora avanzada de la noche, cuando se había ya recogido y apagado la luz, percibió una voz que entonaba una triste romanza italiana, y una voz joven, pastosa, vibrante, simpática, que repercutía dulcemente por la casa. Brotaban en medio de la calma y del silencio nocturnos juramentos y quejas llenos de ardor y de pasión, que producían un encanto delicioso; y las palabras se oían con claridad:

Lleno de celos y despiadado,
Dices que mi alma no siente amor;
Llorar me miras y no me crees,
¡Eres un bárbaro sin corazón!

—¡Ah! canta la condesita—murmuró Schwarz.

Pero á la mañana siguiente no acertaba á comprender por qué, mientras se lavaba, se llevaba las manos al corazón como para sujetarle, canturreando con patético acento:

¡Eres un bárbaro sin corazón!

Sin embargo, pronto dejó de pensar en la condesita, y la imagen de Elena vino á ocupar el puesto en el curso de sus ideas.

—Esa mujer—pensaba—ó me amaba ya, ó no hubiera tardado en llegar á amarme.—Y recordaba los momentos en los que se habían mirado.—Es una mujer especial. ¡Con qué pasión debe haber amado á Potkansky! ¿Y Gustavo?...—El recuerdo de Gustavo le hacía fruncir el ceño.—Vaya ó no vaya yo á casa de Elena, ese amor conducirá á la tumba á Gustavo... ¡Bah! Cada cual no debe responder más que de sí mismo. Me alegraría saber, sin embargo, lo que dice ella al ver que no doy señales de vida.

La recordaba á menudo en aquel instante que, pálida como una muerta, se lanzó hacia él con los brazos abiertos, exclamando: «¡Oh mi Casimiro, mi Casimiro, por fin te encuentro!» Así, pues, en su mano estaba buscarla, amarla, ser correspondido... Y el pensar en la posibilidad de aquel amor, le quitaba

el sueño. Sentía, como todos los jóvenes, la necesidad de amar, y el corazón le palpitaba violentamente, hasta romperse casi bajo la exuberancia de vida.

Schwarz no había conocido á ninguna mujer antes de Elena. Verdad es que ante sus ojos pasaban á menudo las medias blancas y los zapatos negros de la condesita; pero no era más que un sueño que no conducía á nada práctico. Recordaba en cambio cómo en una ocasión tuvo largo rato entre sus manos la mano de Elena, cómo experimentó un violento deseo de besar aquella mano, y cómo los ojos de Gustavo brillaron en aquel momento hasta el punto de presagiar una desgracia. Poco á poco habíase apoderado de él un sentimiento de celos. A veces, en lo profundo de su corazón, asomaba una sombra de arrepentimiento por la promesa hecha con harta precipitación. Entonces, á manera de confirmación, se repetía con trágica energía: «¡He dado mi palabra y no voy!»

Había otro hecho que encolerizaba á Schwarz, á saber, la calma y tranquilidad de su vida, cosa que tal vez parecerá una paradoja á los hombres sesudos y de edad proveya. Avanzaba en sus estudios sin ningún tropiezo; no hallaba obstáculos en su camino; sus juveniles fuerzas permanecían intactas y vigorosas, y todo esto constituía para él un motivo de fastidio. Las naturalezas jóvenes, semejantes á los soldados bisoños, experimentan la necesidad de la pelea, y esa exaltación batalladora, la cual parece inverosímil en la edad madura, y representa por el contrario en la juventud una condición indispensable de vida. Recordemos las palabras de Schwarz en casa de Gustavo, recién llegado á Kieff. Lo que deseaba es la lucha. Fuese en nombre de los estudios ó de cualquier otro ideal, anhelaba arrojar el guante de desafío al mundo entero. Las águilas jóvenes gustan de volar por espacios en los que se extiende arriba un dosel de nubes y se abra abajo un abismo. Hasta el hombre más vulgar, antes de contentarse con ser un caracol, ha tenido momentos en los que anhelaba ser un águila. Esta fase de la vida era la que atravesaba Schwarz; pero

no hallaba ningún motivo de contraste. En la Universidad todos, ó casi todos por lo menos, estaban de acuerdo con él. No faltaban ideas que hubieran podido ofrecer más amplia esfera á su actividad; pero para Schwarz pertenecian aún al campo de las ideas desconocidas. Precisamente fue en este período cuando llegó á turbar su calma un acontecimiento.

Augustinovitch se hizo reo de un hecho que fue juzgado como un baldón para la fama de los estudiantes, y, por lo tanto, se decretó la expulsión del culpable. No era, á decir verdad, la primera vez, y los estudiantes habían hecho siempre como que no lo sabían para no comprometer la asociación, poniéndola en evidencia ante la opinión pública. Pero ahora se había colmado la medida. No intentaremos señalar el delito al lector; ¿á qué conduce descender al fango?... Baste decir que una comisión de estudiantes, que entendía en los asuntos concernientes al honor de la comunidad, decidió excluir de su compañía al culpable. Contra tales disposiciones no existía recurso alguno, pues la suprema autoridad universitaria confirmaba siempre las sentencias de la comisión. El delito, puesto de manifiesto, causó en todos gran indignación, y ninguno quería asumir la defensa de Augustinovitch. Pero entonces intervino Schwarz, lanzándose en medio de la Universidad y decidido á salvarle.

En una reunión borrascosa, después de haber abogado calorosamente por la causa de Augustinovitch, Schwarz concluyó diciendo:

—¡Queréis echarlo! ¡Queréis apartarlo de todo contacto con nosotros!... Pero ¿creéis acaso que una vez expulsado de la Universidad no ha de poder deshonorarnos? ¿En dónde hallará medios de subsistencia?... Y además, ¿sabéis vosotros el motivo de su caída?... ¡No! ¡Interrogadle si había comido! ¡Haced... estamos entre nosotros y podemos decirlo... haced que levante uno de los pies, el derecho ó el izquierdo, es indiferente, y si hallais en buen estado una de las suelas de sus botas, entonces tendréis razón para arrojarlo de vuestro lado. En

cuanto á mí, sigo creyendo, y el diablo se lleve á quien se atreva á sostener lo contrario, que nuestro deber es salvarlo y no arruinarlo por completo. ¡Tendedle una mano caritativa, dadle pan, y yo mismo lo tomo bajo mi responsabilidad!

—¿Quién es el que está dispuesto á asumir la responsabilidad?—preguntó uno de los de la oposición.

—¡Yo!—exclamó Schwarz con voz de trueno y golpeando el suelo con los pies violentamente.

Siguió un momento de tumulto, de indescriptible algarabía: una discusión acalorada. Vassilkevitch apoyaba con toda su influencia la tesis de Schwarz, otros la combatían con energía. Por fin, Schwarz saltó sobre un banco, y volviéndose hacia Augustinovitch, le dijo:

—Te perdonamos. ¡Ven, pues, conmigo!

Al salir de la Universidad, Schwarz se frotaba las manos de satisfacción, mientras pensaba:

—Hubiera sido una verdadera lástima perder semejante inteligencia... Y por otra parte, habría que decir que tienen el diablo en el cuerpo si tramasen algo á espaldas mías.

—¿Por qué me has salvado?—le preguntó en aquel momento Augustinovitch.

Schwarz le dirigió una mirada severa.

—Desde hoy comenzarás á vivir conmigo—le respondió.

Mientras tanto, se desarrollaba un drama de otro género en la morada de la viuda de Potkansky. Como ya hemos tenido ocasión de observar, era una mujer extraña, incapaz de vivir cuando no la dominaba algún afecto. La primera vez la ayudó la fortuna; fue esposa y madre modelo. Ahora creía haber hallado su salvación en Schwarz... y, sin embargo, llevaba dos meses sin verle. Su alma se dirigía hacia Schwarz con tanta más vehemencia, cuanto más se oponía Gustavo á sus deseos. Y aquella lucha sorda entre dos voluntades debía acabar, al fin, en una lucha á cara descubierta.

—Si se niega usted á traérmelo—exclamó una tarde Elena deshecha en llanto,—yo, yo misma iré en su busca. ¡Oh, Gus-

tavo, se lo ruego de rodillas!..... Dice usted que mi Casimiro me confió al cuidado de usted..... Pues bien; se lo conjuro en nombre suyo..... ¡Dios mío, Dios mío!..... ¡No puede usted imaginarse lo que yo sufro..... no ha amado usted nunca!

—Yo.....—rugió Gustavo. Las palabras salían de sus labios con gran esfuerzo, mientras sus ojos acusaban un dolor intenso.—¿Yo..... no haber amado jamás?.... ¡Tal vez tenga usted razón!..... ¿Pero entonces no se ha fijado usted nunca en nada, no ha comprendido usted, no ha sospechado nada?... Yo mismo no sé si he amado á nadie, excepto á..... ¡Señor! ¿Será necesario que pronuncie el nombre?..... Excepto á ti, ¡á tí sola!

Y cayó á los pies de Elena.

Siguió un momento de silencio. Se les hubiera tomado por dos estatuas, ella con el rostro oculto entre las manos, él inmóvil á sus pies.

Pero de pronto Gustavo se estremeció, se puso en pie: había dominado la vehemencia de su pasión; parecía otro hombre. Quiso ser dueño de sí mismo, y comenzó á hablar con acento débil, apenas inteligible, entrecortado por la respiración fatigosa.

—Perdona, Elena, no hubiera debido dejarme arrastrar así..... ¡Pero sufro hace tanto tiempo!..... La primera vez..... ya han transcurrido tres años..... la primera vez que te ví fue en la iglesia..... El sacerdote había elevado el cáliz, y tú inclinabas la cabeza..... En aquel tiempo iba yo aún á la iglesia... Después te vi más á menudo..... perdóname, no sé cómo sucedía..... Luego supe que eras la prometida de él, y callé... También ahora callaba, no quería enojarte..... me bastaba vivir cerca de ti..... ¡Pero tú creíste que yo no... que yo no había amado!..... ¡Ya ves como no es cierto! ¡Pero es tan triste y tan difícil renunciar á la última esperanza!..... Perdóname..... Hoy vendrá á verte Schwarz..... es un joven honrado, bueno, y..... ¡sed felices! ¡Adiós!.....

E inclinándose un poco, besó un pliegue del vestido de

Elena, mirando al cielo febrilmente, como se besa un objeto sagrado.

Elena se quedó sola.

—¿Qué es lo que me ha prometido?—murmuró;—¿qué me ha dicho Gustavo?..... *El* volverá, no es un sueño, no..... volverá.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se continuará).

POETAS AMERICANOS

SONETOS

No es tu talle gentil quien me enamora
Ni ese donaire que al mirarte hechiza,
Ni tu candor que todo diviniza,
Ni tu boca que perlas atesora.

No es tu mirada ardiente y seductora
Lo que enciende mi pecho y me electriza,
Ni tu acento gracioso es quien atiza
El fuego de este amor que me devora.

No tu rostro, que puro resplandece
Agita el corazón breve momento,
Ni tu imagen grabada en mi alma deja:

Lo que en ti me entusiasma y enloquece,
Lo que excita el amor que por ti siento,
Es un lunar que tienes en la oreja.

*
* *

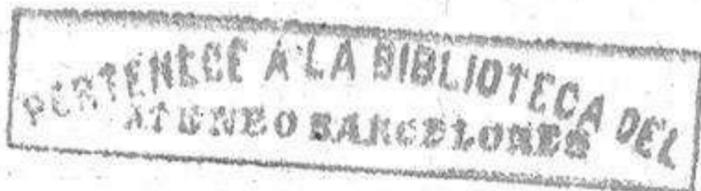
Es horrible martirio en la memoria
El mal pasado conservar presente,
Y llorar y llorar eternamente
De la esperanza la perdida gloria.

Del mal pasado recordar la historia
 Es vivir de la angustia en la pendiente,
 Donde el humano corazón no siente
 Ni el goce de la dicha transitoria.

Aquel que vive en lo pasado, mira
 Incontrastable el hondo desconsuelo
 Que aumenta los rigores de la suerte.

En vano en su dolor gime y suspira,
 Porque en el triste afán de su desvelo,
 Ve tan solo el estrago de la muerte.

*
 * *
 *



EN EL PASEO

(DIÁLOGO)

—¡Qué boato, qué lujo, qué elegancia,
 Qué gusto en el vestir, qué bello traje!
 —Es sólo un pobre diablo; su importancia
 La cifra en la hermosura del ropaje,
 Y se cree de valía excepcional.

—¿Qué tal, qué tal?

—

—¡Qué niña tan graciosa, qué contento,
 Qué virtudes revela, qué decoro!
 —Esa desprecia á un joven de talento
 Por un viejo que tiene sacos de oro,
 Y dice que ese viejo es su ideal.

—¿Qué tal, qué tal?

—

—¿Quién es aquel tan grave y estirado
Que al saludar arruga el entrecejo?

—Logró ser al Congreso diputado,
Y aunque es zonzo, no cabe en el pellejo
Y prepara un discurso colosal.

—¿Qué tal, qué tal?

—¿Qué mujer tan hermosa, qué rosado
El color de la cutis y qué bello!

—Pues todo lo que ves, todo es pintado,
Y algunos bobos hay que creen que aquello
Es en ella su tinte natural!

—¿Qué tal, qué tal?

—Y esa, ¿quién es, que ríe coquetona
Y habla al oído y donde quiera mira?

—Es una bellacuela solterona
Que descarga en los jóvenes su ira
En lenguaje de gente sin moral.

¿Qué tal, qué tal?

—¿Te fijaste en aquel que nos miraba
De rostro vivaracho y altanero?

—Ese era pobre y siempre petardeaba,
Y aunque en el lodo consiguió dinero,
Hoy lo tienen por hombre principal.

¿Qué tal, qué tal?

*
* *

LA BEATA

Una beata salía
De la Iglesia después de comulgar,
Y en las gradas del templo todavía
Se puso á murmurar.
—Ya principias de nuevo, amiga mía,
Observóle alguien que acertó á pasar.
¡Oh! ¡qué importa! la beata respondía,
Me vuelvo á confesar.

MANUEL A. HURTADO

Chileno.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL TEATRO.—PONSARD.—LA TRANSICIÓN DEL ROMANTICISMO AL
NATURALISMO.—SCRIBE, MUSSET, AUGIER

Aunque el romanticismo francés parece haberse sobrevivido á sí mismo en la persona de sus creadores, que alcanzaron casi todos longevidad suma, no puede considerarse que una doctrina ó un movimiento persista porque no se hayan muerto aún la media docena de hombres más ó menos ilustres que lo capitanearon. Victor Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Alejandro Dumas padre, Jorge Sand, ya antes de la senectud vieron extinguirse el incendio del volcán romántico, explosión juvenil del siglo. Alguno pudo también presenciar el advenimiento del naturalismo, después de la transición laboriosa que lo preparó y del realismo que lo anunciaba, asistiendo al espectáculo de la *reacción del buen sentido burgués y de la normalidad social, contra el lirismo y el individualismo.*

Reacción explicable donde quiera, y más en Francia, que es un país de razón práctica y de llana prosa, con accesos de entusiasmo transitorios, calmados sin tardanza por el ingenio y el criticismo, cualidades en que se funda el equilibrio del temperamento nacional. Si el drama de la Revolución despertó la calentura romántica en la generación de 1810 á 1830, en la siguiente, de 1840 á 1860, volvió á manifestarse la verdadera naturaleza del genio francés: medida, cordura, donaire,

sátira, observación. Hago afirmaciones generales; podrían discutirse alegando numerosas excepciones; mas en conjunto no es fácil desconocer su exactitud.

En la escuela romántica, el individuo es rey. Tiene derecho á todo, y tanto mayor es la belleza realizada cuanto más brío y desenfado ostente el *yo* al afirmarse y desenvolverse en oposición á lo que le rodea. Díganlo esos tipos gallardos é indómitos, esos autolegisladores, reñidos con la sociedad, fustigándola con la ironía y el desprecio;—el *Carlos Moor*, de Schiller; el *Antony*, de Dumas, y, menos caracterizados, pero representativos de igual tendencia, el *Hernani* de Hugo y nuestro *Tenorio*.—La poesía, con su facultad de presentir y adivinar, su mágico don de *vaticinio*, fue, dentro del romanticismo, precursora de principios que hoy forman cuerpo de doctrina y dan derecho de ciudadanía en la ciencia social, abriendo surco muy hondo, justamente porque son el romanticismo y sus prestigios, actuando sobre la masa transformados en utopía política. Tiene tanto de inconsciente las génesis de las ideas sociales, que el romanticismo, agasajado en el regazo del neocristianismo sentimental y flébil de 1820, es padre del alarmante movimiento anarquista; y los teóricos del anarquismo, los Stirner, los Bakunine, los Tolstoy, proceden, quiéranlo ó no, de los poetas subjetivos y personales, de los líricos como Byron y Musset, que creían aislarse, en su dolor y en su soberbia, de la multitud. Si se necesitasen pruebas para demostrar que la inspiración poética, cuando es real y sincera, reviste caracteres de profecía, las encontraríamos en esta filiación del anarquismo. Y es que un individuo, lo bastante superior para expresar vigorosa y eficazmente por el arte su esencia moral, siempre expresa á la vez algo genérico, la aspiración latente de millares de individuos que como él sienten y quieren, que no acertaban á decirlo, que en él se reconocen y á ejemplo suyo modelan la vida. Por eso los egregios individualistas de 1815 á 1830, los poetas líricos, los dramaturgos, los noveladores, no sólo interpretaron el porvenir

consultando sus palpitantes entrañas, sino que, en los últimos días del siglo, ven encauzar su concepción poética en vasto movimiento social.

En 1840, el romanticismo decae, la transición se marca, la vida se nivela, y el antiguo concepto del teatro vuelve á la superficie. Según este concepto, el teatro es enseñanza, es lección, es sátira, es escuela de las costumbres; es algo *útil*; y el espectador no va allí á temblar, á estremecerse, á electrizarse con los arranques fogosos de los incluseros Antony y Didier, ni con las proezas del bandido español de capa y chambergo, ni con las ambiciones egoísticas de Roberto d'Arlington, ni con la venganza del bufón del rey; es preciso que al apagarse las candilejas el concurso salga divertido, amonestado, edificado y corregido. La sociedad, que se reorganiza después de agitadas convulsiones, habla por la boca de embudo de la máscara cómica; quien nada enseña nada vale, y ni aun las filigranas psicológicas de Racine granjearían aplauso, porque ya en su *Rojana* y en su *Fedra* hay mucho de la altivez y furia de la pasión romántica, mucho individualismo. Vengan los moralistas y los prestidigitadores; venga el teatro de tesis, de intriga, que *demuestra*; ábrase la era de Scribe, Augier y Dumas hijo.

La posición estratégica para debelar al romanticismo tenía que ser el teatro, no sólo porque el teatro es y será, mientras haya literatura, la más social de las formas literarias (sin excluir la oratoria), sino porque en el teatro fue donde ya sabemos que realmente se estrelló el romanticismo, después de reñir encarnizadas batallas contra adversarios tan temibles como la tradición y el espíritu colectivo, en tanto que los otros géneros habían encontrado el campo relativamente libre de obstáculos y trabas. Para arrollar al romanticismo en el teatro no se necesitó un Napoleón: esta duradera victoria la ganaron caudillos que, excepto Dumas hijo, si rebasan de la mediocridad, no se aproximan á la luminosa esfera del genio.

Si quisiésemos estudiar el tipo del mediocre y las ventajas

que reporta la mediocridad armonizada con el sentido general social, ninguna figura tan característica como la de Scribe. Entre otros privilegios, la mediocridad goza del de convivencia pacífica con las doctrinas más opuestas. El fecundísimo y no despreciable, aunque mediocre, Scribe, sedujo al público durante la plenitud del romanticismo, y continuó seduciéndole después; y entre el estreno de *Hernani* y el estreno de *Las elegantes pobres*, por más de cuarenta años surte con inagotable actividad á los teatros parisienses, solo ó acompañado de los asiduos colaboradores á los cuales alguien quería ver sentados por lo menos en banquetas, rodeando el sillón de académico de Scribe. Scribe es anterior á la transición; no cabe duda que la prepara; lleva en la mano las recetas y las triquiñuelas que han de pedirle prestadas Augier, Dumas hijo y Sardou; y cuando fenece el romanticismo, Scribe está ya dentro de las *corrientes*, al compás y estilo de la nueva moda. A fabricantes así, las batallas estéticas les son indiferentes; pero su instinto de agradadores del público les lleva hacia la actualidad; no pugnan con la multitud, como pugna á veces el genio, desesperadamente y con rugidos de león: se dejan conducir, y en millares de brazos son llevados á las glorias de segundo orden, únicas que les están consentidas.

Mientras preponderó el teatro romántico, apenas salió Scribe de sus *vaudevilles*, de sus comedietas amenas y fáciles, de sus libretos encantadores: se discutía á Dumas padre y á Víctor Hugo; Scribe quedaba fuera de discusión. Identificado con los espectadores, ajeno á los delirios de la Musa, Scribe era un apóstol de la verdad, pero verdad transitoria y mezquina, particularismo de vuelo bajo, polvillo de realidades que sólo el gran poeta dramático asocia y funde en barra de oro. No pueden negársele á Scribe méritos, y su fecundidad asombra. Por muchos auxiliares que tuviese, su tarea es formidable, sus recursos múltiples y su agilidad de ingenio, una virtud natural de las más raras. Quizá pasen de mil sus obras teatrales de todo género: comedias, *vaudevilles*, libretos de ópera, libre-

tos de bailes de espectáculo y pantomimas cómicas y trágicas, dramas, melodramas, comedias de magia, algo que podría asimilarse á nuestros pasillos, apropósitos y despropósitos; modelos de cuanto se puede idear en género chico y grande.

El escamoteo, la destreza, resaltan en el teatro de Scribe, hasta en sus obras ya anticuadas hoy, como *Batalla de damas*, que todavía anda rodando por los escenarios de Madrid. Para los que consideran que la dramaturgia es oficio ó arte, pero no *el arte*, Scribe es un maestro. Sin estilo, sin lenguaje, sin observación profunda, sin análisis ajustado de caracteres, sin alta literatura ni sangrienta humanidad, Scribe dominó la escena y caminó de victoria en victoria. Poseía esa quisicosa que tanto irrita á Zola, el don dramático, la facultad de armar un maniquí y levantar un tinglado sobre la punta de un alfiler. Y le bastaba. El teatro es hibridación de elementos artísticos y de tretas profesionales, que, para el resultado inmediato, tal vez valgan más. Hasta tal punto se considera á Scribe maestro en estas tretas productivas, que un crítico, Pellissier, dice con agudeza que es muy mala señal en quien ha de cultivar la literatura dramática el decir pestes de Scribe: queriendo indicar que desdeñando á Scribe se desdeña la habilidad, y que la habilidad salva las obras teatrales, perdidas á veces por las exigencias de esfinge del arte puro.

Scribe entretenía la transición, Emilio Augier la caracteriza; pero, antes que Augier, está Ponsard. No sólo los nuevos moldes son síntoma de las transformaciones del gusto; también la reacción, la vuelta á los moldes arqueológicos ya revela el ansia transformadora. Este regreso á la tradición, en Ponsard se encarna. No es que Ponsard, poeta estimable y joven, más joven que los maestros del romanticismo, pensase deliberadamente tremolar la bandera del clasicismo viejo. Al contrario: Ponsard se sentía atraído hacia la escuela romántica, floreciente cuando él comenzaba á tomar sabor á las letras. Sus ensayos juveniles, en el terreno crítico, fueron diatribas contra el clasicismo y las *pelucas*; sus devociones, Víctor Hugo y

Byron; sus ejercicios de lengua inglesa, traducir el *Manfredo*. Ni aun después de que su fría *Lucrecia* le dió inesperada nominación, quiso Ponsard restaurar la tragedia clásica con reglas y unidades. Reconocía la caducidad de la fórmula. Lo que pretendía era remozarla, con infusión de sangre fresca y añadidura de arranques sepirianos. Idea excelente, pero que requería alientos de titán.

Como en el teatro es difícil concebir una modificación que no dependa de elementos extrínsecos, la tragedia, cuya vida lánguida había prolongado Talma algunos años, reverdeció merced al genio de Raquel. Esta insigne comedianta volvió á encarnar las heroínas de Corneille y de Racine, para crear después la *Lucrecia* de Ponsard. El tremendo fiasco de los *Burgueses* de Víctor Hugo allanó el camino á *Lucrecia*. Bien venido lo que se diferenciase de la fantasmagoría gótica, y mejor si era algo que uniese á la negación del presente la reaparición del pasado. *Lucrecia* provocó un delirio: la tumultuosa apoteosis de *Hernani* se quedó tamaña, y en horas Ponsard se vió célebre, pensionado, laureado, condecorado, llevado en triunfo y capitaneando la escuela antiromántica, que se llamaba asimismo *del sentido común*.

Recordando nuestra literatura y estudiando la francesa, es curioso que encontremos en aquélla una especie de *contrafigura* (valga la frase) de ésta. He oído decir varias veces, y admitirlo sin discusión, que los Eguílaz y los Ayala, al fustigar el ansia de bienes materiales, el industrialismo, el agio y el negocio, obedecían á impulsos del carácter nacional, desprendido, generoso, idealista. Pues lo que realmente hacían esos dramaturgos de nuestra transición no era sino lo que con mayor ó menor dosis de disimulo suelen hacer los autores españoles, lo que practicó Tamayo: seguir la corriente extranjera, mejor si es francesa, y si no, inglesa ó alemana. En Francia, los neomoralistas, adversos al romanticismo, al condenar la pasión pusieron en entredicho la acción, renegaron del trabajo y de la lucha. La que algunos creen la mejor obra de Ponsard, des-

pués de aquella *Lucrecia* que le valió tan rápido encumbramiento, fue *El honor y el dinero*, que, como *Lo positivo* y *El tanto por ciento* (sólo que años antes), predica la cruzada contra el vil metal. El mismo espíritu animó otra obra de Ponsard, *La Bolsa*; y fue delicada ironía de los sucesos la felicitación que recibió por ella Ponsard de un soberano como Napoleón III, bajo cuyo cetro la especulación se desató del modo que puede verse en *La ralea*, de Zola..... Si hemos de creer á bastantes historiógrafos, el César daba ejemplo á los Arístides Saccard.

También por acá restauramos la tragedia; que nunca nos falta la contrafigura. Me complazco en llamar la atención hacia el hecho, porque revela que nuestros autores más precia- dos de españolismo no se diferencian un punto de los que han sido tachados de afrancesamiento y culto á la moda literaria. El P. Blanco García, en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, tratando del «Teatro después del romanticismo», dice así: «Tamayo volvió después los ojos á la muerta tradición de Racine y Alfieri, que en París intentaban resucitar Ponsard y sus discípulos...» Por asemejarse en todo al caso de Ponsard, una sola, *Virginia*, es la tragedia propiamente dicha de Tamayo, y en ella—como Ponsard también—busca el autor, más que la restauración de la *pelucona* (que aquí no era género nacional), la adaptación hábil de ciertas tradiciones clásicas á las prerrogativas y libertades conquistadas por el romanticismo.

No fue, pues, el repentino favor de la *Lucrecia*, de Ponsard, la restauración de un siglo de oro, sino otra señal, infalible como la de la caída de los *Burgraves*, de que el romanticismo había pasado. ¡No en balde! Dejaba removida la tierra y sembrada toda. Ni siquiera moría el romanticismo: se rompía su unidad, su cohesión de escuela literaria, pero al romperse se repartía é invadía el cuerpo social. Lo que el público rechazaba del romanticismo era su cáscara, su arnés brillante, de forma medioeval: el jugo revolucionario y emancipador quedaba corriendo por las venas. Ni el cambio del gusto

iba á ser favorable al clasicismo: sin advertirlo (¡cuánto hay de inconsciente en estos movimientos!), creyendo retroceder hacia el *sentido común*, se iba al realismo, al naturalismo y al neoidealismo simbolista.....

Así, por los caminos del *drama histórico* (que resucita hoy en verso, con Rostand), se preparaba al reinado el *drama burgués, social, contemporáneo*—del teatro de levita—que ni clásicos, ni románticos, excepto Dumas padre, habían emprendido, por creer la vida moderna indigna de la representación artística, idea que también dominó bastante tiempo en la escultura y la pintura. Los autores muy fecundos, siempre á caza de algo que les permita variar el repertorio, prestan servicios y tienen hallazgos. Scribe, sin altas pretensiones literarias, dió la pauta de este género, como de otros muchos, y por su patrón cortaron la tela Augier el moralista y Sardou el *situacionista*—sin hablar de los Halevy, Pailleur, Labiche, festivos observadores de la ridiculez humana, alumnos de Scribe igualmente. Nadie, entre los modernos, en Francia, puede decir que no le debe á Scribe un cuarto, ni es lícito al autor de *La Tosca* desdeñar al autor de *Adriana Lecouvreur*.

Subgénero y prolongación del teatro romántico es el de Alfredo de Musset. El ingenio brillante y lleno de naturalidad del cantor de las *Noches*, se hizo su romanticismo, un romanticismo claro, á la italiana, sin tumba ni hachero, sin lo lúgubre y lo enfático de Victor Hugo. Los que estudian el teatro de Musset, se acuerdan de las fantasías donosas y rientes, y á la vez profundas, de Shakspeare; de *Como gustéis*, de *Cuento de amor*. Aquel romántico que jamás perdió el tino y la gracia del aticismo francés, aquel poeta emparentado con Enrique Heine, y cuya ironía soltó carcajadas de perlas en la *Balada á la Luna* ante la afectación de los melenudos, es lo contrario de Augier, desdeñoso de la moral utilitaria y sociológica, pero sugeridor de lección más universal: de la elevación del alma por el transporte misterioso de la belleza y del

ensueño, divina embriaguez de poeta. Lejos de buscar el pulso al público y adaptarse á sus preocupaciones, como hicieron Scribe, Augier y el propio Dumas hijo—porque para satirizar á la sociedad hay que transigir algo con ella—Musset, con alto desdén, con remontado vuelo de poeta y de soñador, se refugió en un mundo ideal, el de la dorada fantasía, donde el horizonte es azul y las flores abren sus cálices de rosa. Su teatro es poco dramático: es la imaginación y la poesía.

Pertenece Emilio Augier á esa generación de literatos á quienes los Orleanses se complacieron en proteger y apadrinar, y Napoleón III en honrar y distinguir, y que tomaron del reinado de Luis Felipe el sentido burgués, la tibieza del justo medio y el prosaismo utilitario, y del segundo Imperio las tendencias realistas sin alas, algo de limitado y estrecho, de puramente circunstancial. Cuando Augier se declaró entusiasta admirador de Ponsard y adepto fervoroso de la escuela del sentido común, fue prenda de su adhesión, no una tragedia, sino una comedia clásica, *La Cicuta*, en opinión de algunos críticos la mejor obra de Augier. La notoriedad se obtenía entonces inscribiéndose en las filas de los detractores del romanticismo, ni más ni menos que hará cosa de algunos años hemos solido ver aquí ganadas patentes de honradez y de pulcritud por combatir el naturalismo. He calificado de fenómeno social la aparición de los moralistas en el teatro francés, y á este propósito, pensando en cruzadas recientes contra movimientos literarios á los cuales se achaca toda especie de maléficas influencias, me ocurre que la sociedad es en literatura tenazmente conservadora y estacionaria. ¿Ve un disolvente en cada obra de sangre fresca y aliento juvenil? ¿Le dice su instinto que las letras no evolucionan sin estímulos profundos, dependientes de la evolución social?

Dotado de cualidades que es preciso reconocer y alabar, ingenioso, fácil, agudo, bien equilibrado, Augier encontró además al público con buen vino, como aquí decimos, dispuesto en favor de la comedia y del drama neoclásicos, y olvidado

de las diferencias capitales entre el nuevo teatro y el admirable y grandioso de Racine y Corneille. Francia, que había restaurado tantas cosas, la monarquía, la nobleza, el culto, aspiraba á restaurar el clasicismo.

A pesar de los vientos favorables, Augier, como Scribe, vió rechazadas sus primeras obras. *La Cicuta* misma, flor de su teatro, halló cerradas las puertas. Después del fracaso de su comedia *El hombre de bien*, tres años permaneció Augier disponiéndose á probar fortuna con *La Aventurera*. *La Aventurera*, en cambio, nació de pie; la clase media, la gente seria y respetable, cuyo desastroso reinado comenzaba al terminar la era de las revoluciones, entró de lleno en la tesis, la apología del hogar doméstico y de la familia. Hay un género de hipocresía colectiva, de la cual no se puede acusar particularmente á nadie, que es espontánea, en que todos inciden, y que sirve de pantalla á desórdenes sin poesía y á corrupciones manas, á la sombra de la ley. Recuérdese el fallo que ha merecido de la Historia la sociedad del segundo Imperio, poseída de la fiebre del agio, entregada á las especulaciones, mimada por el lujo y el alarde de la riqueza: hágase memoria de que fue esta sociedad causa de la mala reputación de París, nota que aún no podido quitarle á la gran ciudad su consagración al trabajo, el ahorro y la cultura; piénsese en los sombríos colores con que la novela ha retratado esa época; consúltese el mismo teatro de Augier y Dumas, y parecerá curioso y significativo el derroche de simpatía y aprobación á comedias como *La Aventurera*, *Gabriela* y *La boda de Olimpia*, por la apología de la existencia ordenada y pacífica y la condenación de la irregularidad en las costumbres. Parecía al principio Augier, si no el dramaturgo del Concilio de Trento, por lo menos el del Código Civil. Mucho después abogó por el divorcio; pero en sus orígenes, el teatro burgués necesitaba vindicar á institución tan sólidamente arraigada como el matrimonio, de los rudos ataques del romanticismo, el cual, por boca de poetas y novelistas, y formulando la protesta de individualidades poderosas como

Jorge Sand, había proclamado los derechos y la santidad de la pasión. Para el arte, la tesis de Augier tenía el grave inconveniente de poetizar lo esencialmente prosaico, la prosa misma de la normalidad, la vida, la llanura monótona y sin fin. Quizás la empresa de convertir en materia poética el hogar, asequible para la raza sajona (como lo demuestra, por ejemplo, el precioso idilio *Enoch Arden*), no lo es tanto para la latina.

Las primeras obras de Augier estaban escritas en verso, y sin que deba contársele entre los verdaderos poetas de una generación en ellos tan rica, Augier es un agradable versificador. Significaba el verso en el teatro una etapa de la transición: en verso habían escrito los clásicos y los románticos; el drama burgués, sin embargo, estaba gritando por prosa; el culto de la realidad lo pedía; en eso, como en todo, Scribe ofrecía ejemplos. El teatro romántico, envuelto en su rico manto galoneado y bordado de frases, conceptos, metáforas y tropos, moría, y con él se enterraba el verso..... hasta que lo resucitase Rostand.

Augier, consolidada su fama por *Gabriela*, que la Academia galardonó con el premio Montyon, destinado á las obras que más moralicen é induzcan á la práctica de la virtud (también de este premio tenemos acá contrafiguras y parodias), no halló ya otro competidor serio sino el hijo de aquel semimulato, á quien muchos consideran único verdadero autor dramático del romanticismo. Cuando hablemos del segundo Dumas reconoceremos en su talento algo que hace sus obras, no más teatrales, pero sí más vivideras y literarias que las de Augier: en éstas, sin embargo, es más franca la sátira, los rasgos de ingenio menos rebuscados que en el autor de *La dama de las camelias*. Dumas resiste mejor el peso del tiempo: los críticos le estudian hoy todavía con respeto é interés, que á Emilio Augier ya no consagran; pero el que quiera conocer la sociedad del segundo Imperio, con sus oropeles y sus fantasmagorías, su sed de goces y su prisa de vivir, su decadentismo y sus secretas llagas, en Augier tiene un guía seguro, y

no se leen sin provecho *Las elegantes pobres*, *Los impudentes* y *El hijo de Giboyer*.

Nótese que Augier no es un descontento, ni un radical. Liberal á lo sumo, enemigo del clericalismo, partidario de una organización laica, cual hoy se halla constituída Francia; aparte de eso, halagado y mimado por el Emperador como lo fueron en general los escritores—debe hacerse á Napoleón III esa justicia—personalmente Augier profesaba al soberano adhesión y afecto, y bien lo demostró al hacer públicamente su elogio seis años después de destronado, cuando más impopular era el nombre del vencido de Sedán y más odiada su dinastía. No obstante, el cuadro que Augier nos traza de la política y las costumbres contemporáneas, dista mucho de ser halagüeno. Tal vez, entre todas sus obras, es la más verdadera y clínica *Las elegantes pobres* (*Les lionnes pauvres*). No falta quien crea que este título debe traducirse por *Las cursis*: yo lo entiendo de otro modo: *cursi* es el que *quiere y no puede*, y la heroína de Augier *puede*, aunque por medios reprobados y abominables. Su lujo es auténtico; alguien paga sus trajes y joyas; pero los trajes y las joyas allí están, y son del mejor gusto y de última moda. La novedad y la fuerza de esa comedia de Augier—en la cual, como en otras de su segunda manera, se eleva ya por cima del nivel de la moraleja casera, sentimental y optimista—consiste en dos cosas: en que, lejos de quitar importancia á la cuestión de dinero, le reconoce toda la que posee en la vida contemporánea llena de necesidades y de complicados refinamientos; y en que, lejos de presentar un antagonismo entre el hogar «puro y santo» y el *demi-monde* en que se agitan las mujeres de conducta equívoca, sirenas destructoras de la paz del matrimonio, estudia el caso infeccioso dentro del mismo hogar, en el seno de la familia, en los que se creen tejidos sanos—al abrigo del santuario burgués. Sólo el *Diablo cojuelo*, que levanta los techos y sorprende los murmullos de la almohada, podría decir cuánto encierra de terrible verdad la tesis de *Las elegantes pobres*, y qué sugerencias

de inconsecuencia política, de flaqueza ante el deber, de pactos con la dignidad en todos los terrenos, vienen de la esposa al esposo, obligando á sostener la molicie, la vanidad y las apariencias de «la casa» ó, si no alcanza á tanto, á cerrar los ojos en presencia de un bienestar cuyo origen ignora.....

Las elegantes pobres es la comedia de un momento histórico en que, fatigada de revoluciones, utopias, ensueños generosos; epopeyas increíbles, titánicas luchas, Francia se solazaba en un festín, que algunos llaman orgía. La otra faz de la vida contemporánea, según Augier, son las dos comedias mellizas *Los impudentes* y *El hijo de Giboyer*. En ellas el mundo político aparece dominado por la burocracia tiburonesca, sin recato ni escrúpulos, por la aristocracia maniática, incapaz de olvidar ni de aprender cosa alguna en el magno libro de la Historia, y por la mogigatería neocatólica, contraria al espíritu del Evangelio. Estas dos comedias desencadenaron ataques furiosos contra Augier. Un panfletista tan vigoroso como Luis Veuillot — retratado en *Los impudentes* bajo transparenteseudónimo; — un crítico tan maligno como Barbey d'Aurevilly, hicieron á Augier blanco de sus flechas. Aquel episodio literario fue una de las reñidas escaramuzas en que la Francia actual se reconoció á sí misma y se afirmó á igual distancia de la reacción que del terrorismo.

La lucha de la Francia antigua con la nueva, Augier ya la había estudiado hábilmente en *El yerno del señor Poirier*, una de sus más sazonadas comedias, y la tesis antiromántica la había sostenido en *La boda de Olimpia*, especie de una *Contradama de las Camelias*. «La cortesana se rehabilita», decían Hugo y Dumas; «la cortesana es siempre cortesana, y el aire puro del hogar no basta á sus pulmones», respondió Augier. «Siempre volverá á las andadas». Confieso que, desde mi gabinete, esta cuestión, tan debatida por los primates de la literatura francesa, me parece fundada en una mala inteligencia, en una definición inexacta, en un criterio materialista. ¿Qué es la cortesana? Una mujer puede vivir, por circunstancias y ca-

sos, de modo irregular, y tener el alma dispuesta á otro género de vida, y hasta á la práctica de altas virtudes. Volvamos la oración por pasiva: la mujer de vida más intachable puede tener un alma de cortesana. Claro es que en esto estriba la dificultad. Margarita Gautier era una joven de nobilísimos sentimientos: por eso se rehabilitó. Olimpia era el mismísimo demonio: por eso no cabía rehabilitarla, y tenía que acabar haciendo sus naturales diabluras.

Volviendo á Augier, debe decirse que si no poseyó la facilidad de Scribe, en cambio supo practicar la maniobra de los grandes tácticos: retirarse á tiempo, después del éxito de *Los Fourchambault*. Se refiere que dictó á Augier esta sabia resolución el haber visto que un director de teatro, con palabras de desprecio, se negaba á recibir al viejo Scribe, que pedía humildemente una audiencia. Irse antes que nos echen: tal fue la determinación de Augier, irrevocable. En la plenitud de la fama, renunció al teatro y á las letras, dejando un nombre ilustre, casi glorioso. Compárese su teatro con el efectismo de brocha gorda de Sardou; todavía hoy á Augier puede servir de modelo y enseñanza. Sin duda le remordía á Augier, presenciando el desaire dado á Scribe, la conciencia de deber á este irrestañable autor los procedimientos y la mecánica de su teatro: pero hagamos nuestra la observación de Agustín Filón, inteligente crítico francés: «Scribe había pintado caracteres y costumbres para hacer obras teatrales. Augier y Dumas hicieron obras teatrales para pintar caracteres y costumbres.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA PRIMER HOJA DEL ÁLBUM

EN EL DE LA SEÑORITA MARÍA SOTOMAYOR

Mancho por vos la blancura
De estas hojas, donde tantos
Al honrar vuestra hermosura
Conseguirán con sus cantos
Alzarse á mayor altura.

El mío será la fuente
Que manando pobremente
Del peñar, gota por gota,
Va desde el risco en que brota
Dilatando su corriente.

Mucho en su curso confío;
Pues cuando vaya creciendo
Con otros cantos el mío,
Irá con lírico estruendo
Cambiando el arroyo en río.

Y cuando el claro raudal
Que el ancho cauce recoja
Se funda en himno inmortal,
Romped ¡ay! la primer hoja
Y olvidad el manantial.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

HISTORIA DEL COBRE

SUMARIO: Consideraciones generales acerca de la importancia del asunto.—Origen de la palabra cobre.—Dedicase á Venus.—Es el primer metal conocido.—Su denominación en diferentes idiomas.—Ideas acerca del mismo por los egipcios, griegos y romanos.—Palabras del Éxodo.—El *kalkantos* de los griegos.—La edad de cobre.—Ideas de Geber en el siglo VIII respecto al cobre.—Importancia de este cuerpo en la Edad Media.—Minerales y minas célebres de cobre.—Empleo del cobre y sus preparados en Medicina.—El estañado de las vasijas.—Refiéjanse en el estudio del cobre los adelantos de la química.—Antigüedad del bronce.—Estatuas célebres.—Monumentos públicos de bronce que existen en Madrid.—Reflexiones acerca del papel del cobre en la vida social.—El cobre ante la historia de la toxicología y de la higiene.—Antigüedad de este metal en la fabricación de la moneda.—Indicación final.

I

Conocer la historia del cobre, cual acontece con la de otros varios metales, vale tanto como investigar el pasado de uno de los elementos de vida social más importantes que ha tenido la humanidad en el transcurso de los siglos y recorrer las fases de la Historia en muchos de sus más críticos y accidentados períodos, porque en sus anales pueden registrarse multitud de motivos en que figura este metal como uno de los factores más principales y de mayor significación en el modo de ser de los pueblos.

La ciencia es la que puede suministrarnos tan curiosas noticias, como fiel guardadora en su glorioso archivo de cuantos datos interesan al desarrollo de la misma en sus múltiples manifestaciones, y por eso hay que acudir á sus fuentes para

conocer lo referente á ese estudio; si bien no es sólo la química la interesada en tan curiosas y útiles investigaciones, sino que la sociedad en general y la pública cultura reclaman un puesto de primer orden en estos trabajos.

Es el cobre uno de los metales cuyo conocimiento es más remoto, y por tanto, más difícil de fijar de un modo exacto la época en que se tuvo por vez primera idea de su existencia, siendo uno de los no resueltos problemas históricos.

Puede asegurarse, sin embargo, que es anterior al hierro, y la mayoría del que necesitaban los griegos y romanos para sus multiplicados usos, lo extraían de la isla de Chipre, donde hay precisamente que buscar el origen de la palabra cobre. *Ciprium* era el nombre de la isla consagrada á Venus; *cuprum* la denominación latina del metal, siendo poco lo que hay que cambiar para encontrarnos con la voz castellana cobre.

Venus, nacida de la espuma del mar, al decir de la fantasía mitológica, y súbitamente festejada á causa de su rarísima belleza por tritones y nereidas para ser conducida en nacarada concha á la isla de Chipre, y después educada en el Olimpo por el Céfito y las Horas, que tuvieron la dicha de tener tan bella discípula, fue en Chipre donde dió á luz á Cupido, y también el principal teatro en que se admiraron sus singulares dotes de hermosura. Todavía ha llegado hasta nuestros días este recuerdo, conservando algunos preparados químicos de cobre el calificativo de Venus, cual acontece con el acetato neutro, llamado también en el tecnicismo anticuado *cristales de Venus*.

Tiénese en concepto de muchos por haber sido el primer metal que el hombre conociera; y lo que sí es indudable, que se trabajó antes que el hierro, como hemos dicho, y, por tanto, que se construyeron diversidad de objetos de cobre para diferentes usos, y eso es un motivo de gran consideración histórica, pues asistió el cobre á la infancia de la civilización y cultura humanas, pudiendo asegurarse que se dirigieron á ese metal los primeros intentos de la industria y los pasos incipientes de la aplicación empírica de las leyes económicas.

El nombre más frecuente para designar el cobre en sánscrito es *ayas*, que más bien quiere decir *bronce*, y por extensión hierro y cobre. De aquí el nombre latino *æs æris*. Otro nombre sánscrito es *varishta*, superlativo de *varas*, bueno. El cobre ha sido, pues, en una época remotísima, el metal por excelencia. La raíz á que se refiere *ara* significa, á la vez, lo que hiere y lo que tiene color rojo. Entre otros varios nombres sánscritos del cobre hay el de *rakta*, metal rojo; *raviloha*, metal del sol, y *markalaspá*, boca de *mono*. La mayor parte de los nombres citados refiérense principalmente al color. La denominación eslava hace referencia, sobre todo, al sonido, y por eso le llaman *nuedi*, que es como si se dijera melodioso, sonoro.

Las palabras *kupfer*, en alemán; *cuiivre*, en francés; *kountung*, en chino; *tung-cobber*, en danés; *kopper*, en holandés; *copper*, en inglés; *rame*, en italiano; *mis*, en persa; *miedr*, en polaco; *mjed*, en ruso; *koppar*, en sueco, y *pakir*, en turco, responden á las voces originarias de este metal, adaptadas después á los respectivos idiomas en armonía con su peculiar estructura.

Entre los ocho productos minerales que distinguían los egipcios en sus inscripciones, designaban con el nombre de *chomt* al bronce y al cobre.

Los héroes descritos por Homero en *La Iliada* usaban armas de cobre. El suelo de Grecia era rico en minas de este metal. Los romanos sólo tuvieron la palabra *Æs* para designar el cobre natural ó mezclado, es decir, aleado, y por extensión esta palabra designaba de una manera general el signo de cambio, *æs publicum*, *æs alienum*, como quien dice el tesoro público. Cincuenta y siete años antes de la era cristiana dieron tal impulso los romanos á la explotación de las minas de este metal, que se extendió el cobre en gran manera por todo el Imperio, y con él fabricaban espadas, hachas, lanzas y otras varias armas, extrayéndole no sólo de la isla de Chipre, sino también de España, Africa y Armenia.

Del mismo modo que los egipcios y los griegos, los roma-

nos forjaban el cobre y sus aleaciones, y sabían endurecerlas por medio de sucesivos recocidos, para templarlas y darles la resistencia del acero, haciéndolas de esta suerte aptas para los mismos usos que el hierro.

Bufón sostuvo que los antiguos poseyeron el secreto de dar al cobre una dureza particular de tal suerte, que sus instrumentos y sus armas de cobre eran aptas para todos los usos á que destinaban las de hierro.

El nombre genérico de *aurichalcum* lo aplicaban á diversas aleaciones, pero la más estimada era la de zinc y cobre rojo, ó sea el *latón*, que fabricaban en la antigüedad, directamente con la calamina y los minerales de cobre. Los hebreos, fenicios y egipcios le llamaron *opheret*.

En el Exodo se encuentran las siguientes características frases: «Y el Señor dijo á Moisés: he elegido á Beseleel, sacerdote de la tribu de Judá, para trabajar el oro, la plata, el cobre y el hierro, todos los objetos de piedra y de madera, y para ser el maestro de todas las artes.»

La malaquita era la base de los colores verdes en los antiguos y la formaban artificialmente haciendo llegar agua á los pozos de las minas, y esperando que los calores de los meses del estío produjeran su evaporación, lo cual se explica por la lenta oxidación de los sulfuros.

Una de las principales industrias de los habitantes de la isla de Chipre era la preparación de lo que se llamaban *escamas*, ó sea el resultado de tostar pedazos de cobre en vasos de barro, formando un óxido cuproso-cúprico.

El denominado *kalkantos*, de los griegos, en unas ocasiones era el sulfato cúprico y en otras el sulfato ferroso, llevando en el caso primero el nombre de *kalkantos* de Chipre y en el segundo el de *atramentum sutorium*. Obtenían cristalizado el sulfato cúprico, evaporando al calor del sol las disoluciones que lo contenían, consiguiendo, como era natural, cristales perfectísimamente formados.

II



La reputación de este metal debe buscarse en los lejanos orígenes del Oriente, pues figuraba en el número de los artículos de comercio de los fenicios y era por consiguiente muy apreciado.

Denominóse por algunos (en sentido mitológico) edad ó siglo de cobre á la época transcurrida entre el siglo denominado de plata y el de hierro, ó sea desde que Nembroth fundó el imperio Caldeo hasta que florecieron los héroes ó semidioses. El motivo de esta denominación es porque comenzaron á desarrollarse entonces las malas pasiones, figurando la ambición en primer término, y originándose, como consecuencia de esto, las guerras encarnizadas y gran número de calamidades.

El célebre alquimista árabe del siglo VIII, Geber, habla del cobre en uno de sus escritos. Titúlase la obra *Summa perfectionis magisterii*, donde el autor, después de una serie de máximas científicas, hace una exacta descripción, dados los conocimientos que entonces se poseían, del azufre, arsénico, mercurio, oro, plata, plomo, estaño, hierro y cobre. Dice que este metal tiene color rojo, maleable y fusible, y que no soporta la prueba del *cinericio*, ó sea la copelación. Que la tucia (mina de zinc) se combina fácilmente con él, dándole un color amarillo de limón. También consigna que el cobre se altera en contacto de los ácidos y expuesto al aire, todo lo cual indica los profundos conocimientos químicos de este sabio árabe, y el honroso puesto que ocupa en la historia de la ciencia.

En la Edad Media adquirió gran importancia en el descubrimiento de la piedra filosofal, y los alquimistas le consideraban formado por oro y un cuerpo acre ó corrosivo que le daba crudeza, por lo cual no había más que separarle este cuerpo acre para cambiarle en oro fino. El color rojo, propio

del cobre, algún tanto semejante al del oro, robustecía esta opinión, juntamente con la circunstancia de que hay muchas combinaciones metálicas en que el oro toma el color del cobre.

En los comienzos del siglo xiv era la fabricación del latón una industria muy productiva, precisamente en una época en que los alquimistas intentaban hacerle pasar por oro verdadero, cambiando de una manera diversa las proporciones de cobre y zinc. Había grandes fábricas en París, Colonia y otras poblaciones, que producían latón, desde el color amarillo de oro hasta el amarillo muy pálido, adicionando á la aleación cúprico-zíncica pequeñas cantidades de estaño y aun de plata, lo cual constituye un hecho digno de figurar en la historia del metal de que nos ocupamos.

Se halla distribuído el cobre con bastante abundancia en la Naturaleza y bajo diversas formas. Puro ó negativo en primer término, si bien no es el estado más frecuente; el sulfuro doble, que con el hierro constituye la *chalcopirita*; el sulfuro cúprico y cuproso, llamado *chalcosina*; el sulfoarseniuro y sulfoantimoniuro de cobre (*cobre gris*); los óxidos cuproso y cúprico, conocidos en mineralogía con los nombres de *ziguelina* y *meloconisa*; el sulfato cuproso, que denominan los alemanes *kupferglanz*; el sulfato cúprico ó *cianosa* y los hidr carbonatos tan conocidos con los nombres de *azurita* y *malaquita*, siendo este último muy apreciado para la construcción de objetos de lujo. Existe también en muchos vegetales, aunque en cantidades mínimas, según Sarzau, y en el organismo animal, en la sangre, el hígado y la bilis.

En España tenemos las célebres minas de Ríotinto, en la provincia de Huelva, que son, á no dudarlo, casi de las primeras del mundo, por su riqueza, antigüedad, extensión y variedad en minerales cúpricos. Su antigüedad es extraordinaria en efecto, y ha sufrido su explotación diversas vicisitudes en diferentes épocas; pero de todas suertes, hace muchos años constituyen una gran fuente de riqueza, y su explotación ha

motivado también grandes y célebres discusiones, respecto á los perjuicios que pudieran ocasionar á la salud pública. También ofrecen otras provincias ejemplos de minerales de cobre, como sucede con las de Teruel, Navarra y Burgos, y en extranjeros países las minas de Cornouailles en Inglaterra, y las de Fahlun en Suecia, y los grandes filones de cobre nativo que se hallan en el Norte de América.

III

Desde la más remota antigüedad, se han empleado el cobre y sus preparados en medicina, interior y exteriormente, pero habían caído en el mayor olvido, hasta que Stisser, Van Helmont, Boyle y Boerhaave, llamaron la atención acerca de sus injustamente desatendidas propiedades terapéuticas. Murray, en su *Apparatus medicaminum*, recomendaba las limaduras de este metal contra la mordedura de los perros rabiosos y aun en la hidrofobia declarada. Cothenius refiere algunos ejemplos de buen resultado. Según Grossier, parece ser que el cobre se usa en China para la construcción de brazaletes que se emplean contra la parálisis.

Desbois de Rochefort, Guersint, Collin y otros autores, aseguran que los operarios que se ocupan en el país de Galles en la fabricación de objetos de cobre, gozan de buena salud, aun cuando tienen un color amarillento y obscuro. Sin embargo, Fiseau ha descrito un cólico al que están sujetos los obreros, el cual más bien parece debido al plomo ó á los ácidos minerales que usan, que al mismo cobre; circunstancia muy digna de tenerse en consideración.

En cuanto á la historia de la acción fisiológica y terapéutica de los preparados de cobre, nos encontramos con que Drouard observó primeramente que el óxido cúprico era emético. Dioscórides dice que empleado al exterior, mezclado con diversos unguentos es deterativo. Geoffroy lo recomienda inter-

puesto con azufre y lirio de Florencia, reducidos á polvo tenue, con objeto de que desaparezca el mal olor de los pies. Areteo lo empleaba al interior como purgante.

Respecto á las sales cúpricas, hay algunas de grandísimo interés. El sulfato cúprico ó caparrosa azul, es de las que con más frecuencia se emplean; la *pedra divina* de la antigua materia médica, compuesta del indicado cuerpo con la adición de alumbre, nitro y alcanfor, ya manifiesta que no son de nuestra época sus diversas aplicaciones terapéuticas.

El cobre metálico en estado de pureza, ó sea libre de toda combinación, no es venenoso. Pero desde el momento en que se introduce en el estómago bajo la forma de sal, obra como tóxico. Por ese motivo, las vasijas de cobre que se destinan á la preparación de alimentos ó de medicamentos, han de estar cubiertas de un baño de estaño, y de aquí también los envenenamientos que tienen lugar por el descuido en usarlas sin esa precaución, ó bien cuando el estaño ha desaparecido en algunos puntos, estableciendo soluciones de continuidad.

El estañado de los referidos vasos es una operación muy antigua, pues los galos ya la practicaban.

Plinio, en su obra de Historia Natural, consigna que, *Stannum Miteim vases æris saporem gratiorem jacet et compescit ærugines virus*, y eso induce á suponer que la precaución de cubrir de estaño los vasos de cobre, se ha de haber tomado después de tristes desengaños acaecidos por la falta de ese requisito.

La extracción del cobre de sus minerales es una de las operaciones menos fáciles que presenta la metalurgia, y, sin embargo, ya data de muy antiguo el triunfo de los obstáculos y dificultades de que está rodeada esta operación, en términos de beneficiarse en remota época, con mucha mayor perfección que el plomo. Indudablemente fue una de las primeras operaciones metalúrgicas que se realizaron, y en cuya dirección sólo intervino el empirismo, hasta que los avisos de la experiencia y las lecciones de la práctica fueron poniendo de ma-

nifiesto las dificultades que había necesidad de vencer hasta llegar á la obtención del metal en condiciones adecuadas para los usos á que se le destina.

Por lo demás, todos los progresos científicos se han puesto en evidencia en el curso del estudio y conocimiento del cobre, pudiéndose apreciar las diversas fases de la historia química, mineralógica y metalúrgica, médica, artística y social, en las obras que tratan de este metal, según la época, en que se estudien. Pero de todas suertes, la preparación del cobre purísimo, introduciendo limpias y brillantes láminas de hierro en disoluciones de una sal cúprica, es ya de larga fecha, y ese experimento tan sencillo, condujo á una de las leyes fundamentales de la química, deduciendo consideraciones respecto á la manera de combinarse los cuerpos y llevando á la industria el importante y práctico procedimiento llamado de cementación.

Lleva también impreso el estudio del cobre los adelantos de la química moderna. Así lo demuestran los notables trabajos de Meissner, Sarzau, Commaille y Wicke, cuyos autores se han ocupado con éxito brillante en la investigación del cobre en los vegetales. John Hopff y algunos otros, han demostrado que ciertas plantas podían absorber y fijar una cantidad relativamente grande de sal cúprica, para lo cual basta regarlas con una disolución diluida de sulfato; pero la absorción no tarda en producir la muerte de la planta.

El cobre se une con diferentes metales, formando aleaciones; muchas tienen tan frecuente uso, que á toda hora se hallan en nuestras manos y su historia es muy interesante. En este caso se hallan el latón, el bronce, el similar y algunas otras. El primero es la unión del cobre con el zinc, del mismo modo, aunque en distintas proporciones, que el similar. La unión del cobre con el estaño constituye el bronce, cuya sonoridad fue conocida por el pueblo chino, como lo prueba el instrumento músico denominado Taután ó Gongón, peculiar de este Imperio, cuyo instrumento está construído con una aleación de 80 partes de cobre y 20 de estaño.

Las armas de los egipcios y las primeras de los griegos eran de bronce ó estaño; sus utensilios y monedas se fabricaban con esta misma substancia. Entre los romanos adquirió el bronce un carácter monumental, religioso y artístico: en él se grababan las leyes, los tratados de paz y de alianza; con él se construían los objetos del culto y los instrumentos de uso más frecuente en todas las necesidades de la vida. Con la civilización romana desapareció el arte de fundir el bronce, para volver á presentarse en la época del Renacimiento. El célebre Benvenuto Cellini, en el siglo xvi, hizo fundir algunas estatuas en bronce. El Papa Urbano VIII mandó construir en bronce el altar de San Pedro. En el año 1684 se generalizó extraordinariamente en Francia, y desde esta época se ha empleado en multitud de monumentos y para la construcción de cañones. Hay algunas obras en bronce que merecen citarse por su belleza y magnitud. La estatua de Pedro el Grande en San Petersburgo, elevada en 1767; la columna en la plaza de Vendôme en 1806; la estatua colosal de la Baviera en Munich en 1890; las puertas de la iglesia de la Magdalena en París en 1840.

En Madrid no pueden citarse muchos monumentos en bronce, siquiera estos últimos años se hayan erigido algunos más de los que antes existían, aun cuando no ha pagado la opinión pública la deuda de gratitud y admiración debidas á gran número de nuestras verdaderas celebridades. Bien pequeña es la estatua dedicada al Príncipe de los escritores españoles, *cuyo ingenio admira el mundo*. El gran Cervantes tiene un monumento en la plaza de las Cortes que mide diez palmos y medio de altura, formado por una aleación de 89 kilogramos de cobre, 0,90 de zinc, 8 de estaño y 0,49 de plomo. Se colocó en el sitio que hoy ocupa en 1835.

La estatua de Murillo es ya de grandes dimensiones y digna de la memoria del ilustre pintor sevillano. Es reproducción de la hecha por D. Sabino de Medina para Sevilla. La aleación de que está construída se compone de 90 de cobre, 7 de zinc y 3 de estaño. Se colocó en 3 de Abril de 1871.

Las estatuas ecuestres de Felipe III y Felipe IV, colocadas la primera en la Plaza Mayor y la segunda en la de Oriente, fueron ejecutadas por el artista florentino Pedro Tacca. La de D. Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, obra de Benlliure, se descubrió en 1891. La de Mendizábal, en la plaza del Progreso, fue producto de una suscripción particular, y se descubrió en 1868. La de D. Francisco Piquer, en la plaza de las Descalzas, obra de Alcoverro, representa el célebre fundador del Monte de Piedad y Capellán del convento de las Descalzas, así como también la del Marqués viudo de Pontejos, en la plaza de San Martín, fue erigida en 1892 como tributo de glorioso recuerdo al fundador de la Caja de Ahorros.

La estatua de la Reina Doña María Cristina, madre de Doña Isabel II, está en la calle de Felipe IV: es obra de los escultores Benlliure y Aguado, y fue erigida en 1893.

La de Velázquez, en el centro de los jardines del Museo de Pinturas, obra del escultor Marinas, fue descubierta en 1899. La del Ángel Caído, colocada al final del Paseo de Coches del Retiro, se debe al escultor D. Ricardo Bellver, y es de gran mérito artístico. La del General Espartero es del escultor don Pablo Gibert. La del Marqués del Duero, en el paseo de la Castellana, es obra de Alen, y los bajorrelieves de Gibert. La del General Cassola, colocada en los jardines de la calle de Ferraz, frente al cuartel de la Montaña, fue costeada por el Ejército y ejecutada por Benlliure. Este mismo artista es también el autor de la del teniente Ruiz, en la plaza del Rey, y es de un gran mérito artístico. La del ilustre estadista, á quien debe tan grandes beneficios la instrucción pública en España, D. Claudio Moyano, se descubrió el 11 de Noviembre de 1900 en las inmediaciones del edificio del Ministerio de Fomento (hoy dos, que son: de Instrucción y Obras públicas) en las inmediaciones de la Puerta de Atocha. La de D. Antonio Cánovas del Castillo en 1.º de Enero de 1901, colocada en la plaza del Senado. Los referidos brevemente son los principa-

les monumentos en bronce con que cuenta la capital de España, á los que hay que añadir los leones colocados en la fachada del Congreso de los Diputados; fundidos con los cañones tomados al enemigo en 1860 en la guerra de África.

IV

El papel que desempeña el cobre ante la humanidad no puede ser más importante. La moneda, que ha representado la riqueza y servido para los cambios desde las edades más remotas; el arma con que se ha impuesto el conquistador, dominando los pueblos; la estatua que ha enaltecido al héroe ó ha consignado fechas gloriosas para perpetuarlas á través de los siglos; la medalla que galardona el mérito; el utensilio de inmediata é indispensable aplicación á las manifestaciones vitales; las multiplicadísimas transformaciones que la química realiza en este cuerpo para formar preparados que la industria utiliza ó la Medicina emplea como preciosos medicamentos, bien puede decirse que forma todo ello una red de aplicaciones, que han de traducirse en himno de gloria á las excelencias de un cuerpo, cuyos antecedentes han de ser curiosísimos.

Es maravilla, en efecto, sólo apreciable cuando se vuelve la vista á los lejanos horizontes del pasado, el considerar lo que las múltiples variadísimas y grandiosas manifestaciones de la ciencia han realizado con el cobre y sus preparados, de tal suerte, que, al comparecer ante el Tribunal de la Historia, han de ir rodeadas de gloriosa aureola y superioridad sublime, reclamando un puesto de honor en los anales de la cultura y del progreso. Ese metal, en efecto, que forma el bronce de los cañones que diseminan la muerte y la destrucción, es el mismo que constituye el sensible reactivo que aprecia las fracciones de milígramo del azúcar en la orina del enfermo diabético, y el que sus sales de bellissimo color de cielo forman benéficos y preciosos remedios.

Asombra también el sinnúmero de aplicaciones y la riqueza en detalles que el continuado estudio ha producido en la monografía del cobre. Los procedimientos metalúrgicos y analíticos; las propiedades físicas y químicas del metal, tan detalladamente conocidas; la manera de conducirse con los diferentes cuerpos; el color azul ó verde de sus sales; lo que la higiene, química, industria y farmacología han progresado con el conocimiento de los preciosos datos que ha suministrado este cuerpo, no han de ser para darlos al olvido cuando las futuras edades hagan la historia del siglo XIX, que ha llevado preciosos contingentes á la Ciencia.

La historia de la toxicología ha tenido también que registrar no pocos casos en que los compuestos cúpricos han hecho principalísimo papel, si bien es cierto que el mayor número de ellos más han sido debidos al descuido que al crimen. Al cardenillo (sal llamada así por el vulgo) que se forma en las vasijas á causa del desaseo ó la falta de limpieza, es á lo que se deben muchos envenenamientos. Otras veces se han motivado por el empleo de vasijas mal estañadas, en las que se han preparado alimentos y bebidas de uso frequentísimo, y estos accidentes se han producido con desgraciada frecuencia, habiendo sido víctimas de los mismos algunas personas de celebridad.

Muchas son las profesiones en que hay obreros que manejan cobre, y se hallan sujetos á variados accidentes, que estudia la higiene los medios de evitar, y constituye un asunto del que hace largo tiempo se ha ocupado esta ciencia, mereciendo figurar en la historia de la misma; pero el llamado cólico de cobre, ha fijado la atención de médicos é higienistas, que han procurado librar de los estragos de una terrible enfermedad á esos beneméritos trabajadores que colaboran en una empresa de importancia excepcional, y en los cuales se han fijado con justicia las miradas de la opinión, para concederles el galardón que merecen y cuidar de su salud, figurando en esta campaña sanitaria los nombres de Blandet, Chevallier y otros.

De igual modo que merecen recuerdo, aun cuando no signifique nuestra conformidad, las investigaciones de Burg consignadas en un trabajo presentado á la Academia de Ciencias de París en 1883, donde dice que los obreros en cobre absorben grandes cantidades de este metal en forma de finísimo polvo, y tienen cierta indemnidad para el padecimiento del cólera y de la viruela, así como respecto á otras enfermedades infecciosas, lo cual ha venido á corroborar las ideas ya de antiguo establecidas, de que las sales de cobre poseen propiedades antisépticas, y se deduce que sería conveniente para la conservación de tranvías, de ferrocarriles, cubiertas de buques, etcétera.

El cobre se empleó para la fabricación de la moneda desde una antigüedad tal, que las primeras monedas que usaron los romanos fueron de cobre. Además, se alea, como es bien sabido, con el oro y la plata, en las monedas de estos metales, y en los objetos que con los mismos se construyen á fin de comunicarles una dureza y resistencia de que carecerían en el caso de no tener la referida mezcla. Por eso en todas las monedas, de cualquier época que sean, sometidas al análisis, aparece en ellas el cobre, lo cual demuestra la especial aplicación á que se destinaba, utilizando sus principales propiedades.

Lo expuesto, aunque con carácter sintético y de brevedad, pone en evidencia que no es exagerado el interés que inspira el estudio histórico del cobre. El metal y todos sus compuestos forman una larga cadena, donde no hay eslabón en que no tenga la ciencia mundos de ideas que aceptar y gratos recuerdos de la realización de grandes portentos. Es, por tanto, esta historia una página importante de la historia humana.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

DE GUANTE BLANCO

HISTORIA DEL PERIÓDICO *EL PADRE COBOS*



La verdad es que el éxito político que alcanzó aquel periódico fue una verdadera carambola. Cuando surgió la idea de él en aquel Círculo del Nuevo Café Suizo, en que había sentado sus reales toda la gente moza, que venía con intenciones de hacer desalojar del teatro á los recalcitrantes de las dos generaciones del Liceo y de 1843, que se empeñaban en no morir y sostener á todo trance el cetro del proscenio que por tanto tiempo habían empuñado, los iniciadores del pensamiento en lo que menos pensaban era en fundar un ariete satírico y chancero con que batir en brecha sin descanso y por el ridículo la situación creada en el Campo de Guardias, disputada en Vicálvaro, consagrada en el Manifiesto de Manzanares, triunfadora en las barricadas del 17 de Julio en Madrid y convertida en un problema inextricable desde la venida de Logroño del Duque de la Victoria. *El Padre Cobos* se creó con un pensamiento exclusivamente literario. Pretendía ser la bandera invasora de la juventud que se arrojaba al palenque de la sátira para pedir sus puestos á la gente granada que los ocupaba.

Goizueta en *La Época* me decía que él solo había sido el generador y el alma de *El Padre Cobos*; pero Luis Eguílaz, que sabía al dedillo todas las cosas de su tiempo que afectaron algún misterio, quitaba mucho hierro á la balanza de este con-

cepto. Barbieri, por su emulación con Arrieta, padecía una verdadera obsesión con la idea de *El Padre Cobos*. Se fundó contra la empresa del Teatro del Circo, de que él era una de las columnas; se fundó contra los cantantes del Circo; se fundó contra los que escribían zarzuelas para el Circo, principalmente contra Olona y Camprodón; se fundó contra los que escribían partituras de música para las zarzuelas destinadas al Teatro del Circo, y sobre todo contra él; se creó, en fin, contra todo lo que constituyera *unión teatral* y contra todo lo que oliera al drama interrumpido con piezas musicales, que era en lo que estribaba *la zarzuela*. Fabié era más candoroso: para él, *El Padre Cobos* fue un mero entretenimiento del ingenio entre algunos de aquellos floridos escritores que concurrían asiduamente á la droguería frente á San Ginés, que había comprado para dar ocupación á su padre y á su hermano, el redactor de *El Herald* D. Diego García Noguera, un compañero asiduo y admirador entusiasta de Florentino Sanz, López de Ayala, Cazorro, Selgas y otros literatos de la juventud más brillante, y en una de cuyas habitaciones interiores, con ventana á la calle, se reunían á diario á charlar y pasar un rato alegre toda la caterva andante de los nuevos alumnos de las musas. Entre las versiones de todos éstos, indudablemente se puede investigar mucho de la verdad, pero no todo. El tiempo pasa, las cosas se olvidan, y el olvido cubre al cabo con su manto de sombras tantas cosas que excitan la curiosidad y que realmente tienen interés. Todavía vive Diego Luque, el amigo, el *autem-yo* de Luis Eguílaz, que aún pudiera revelar estas y otras muchas cosas de su tiempo. Todavía vive Daniel Moraga, que, como redactor de *La España*, de la que *El Padre Cobos* fue un apéndice, debe saber muchas cosas de *El Padre Cobos* y las pudiera escribir. En la plenitud de sus facultades está Fernández Bremón, que no solamente fue también redactor de *La España*, aunque en época muy posterior, sino que comulgó mucho toda su vida con Esteban Garrido, que en substancia fue *el espíritu sutil* de *El Padre Cobos*; y en la plenitud

de sus facultades está también Ramón Nocedal, el hijo de quien *El Padre Cobos* esculpe absolutamente la política fisonomía. Porque, dígame lo que se quiera, *El Padre Cobos*, desde que, después de la publicación del número décimo de su primera época abandonó enteramente la sátira literaria por la política, no fue sino la encarnación moral del Miliciano Nacional de 1843, que ya en 1854 se puso en camino de la cogulla, si su estado civil no le hubiera impedido que la vistiera, y que de *El Padre Cobos* sacó su cartera de Ministro D. Cándido Nocedal.

Desde la época de los Moratines, los cafés de Madrid han tenido por más de un siglo el privilegio de que de sus tertulias salgan muchas de las ideas que han tenido mayor trascendencia en la arena de los hechos, así de la política como de la literatura; y en 1854, después de la revolución de Julio, disputábase la supremacía del influjo de sus contertulios respectivos tres de estos establecimientos. *El Parnasillo* del Café del Príncipe, que, aunque en acelerada decadencia, todavía conservaba la autoridad y el prestigio de su antigua fama, pues aunque de sus mesas habían ido desertando paulatinamente aquellos corifeos de la opinión y de las musas á quienes el brazo del Estado había elevado á supremas jerarquías, ó el voto de la opinión en el aplauso de sus obras había retirado al respeto y consideración de las Academias ó á la seriedad de una vida social retraída y circunspecta, todavía las animaban algunos de aquellos hombres de reputación insigne, como Bretón de los Herreros, Gil de Zárate, Hartzenbusch, los Fernández Guerra, Cañete y Javier del Río, Campoamor y Flores, que, superiores á las imposiciones de la preocupación, conservaban con su asistencia personal á aquellos círculos el culto ingenuo del hábito y el tributo reverente de la tradición. Al calor de estos hombres, al *Parnasillo* refluían, con más ó menos asiduidad, todos los que habían constituido sus ranchos aparte, ó movidos de un interés particular, ó atraídos por otros vínculos de seducción; sobre todo la gente joven, que miraba á aque-

llos hombres como oráculos y maestros, y que se habían acomodado aquí y allí en sus tertulias habituales bajo otro género de sugerencias.

Del café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, ya se escribió harto cuando murió Cánovas del Castillo, que fue, entre la tropa juvenil de aquel tiempo, quien imprimió á aquella tertulia más propia fisonomía. Con haber concurrido á ella Trueba, Barrantes, Viedma, Arnao, Carlos Ochoa, estos nombres no le imponían un significado ni una tendencia literaria. Allí fueron además Eguílaz, Cisneros, Emilio Bravo, y otros que escribieron para el teatro, y la reunión, sin embargo, estaba lejos de obtener por ellos una nota de calificación. Aquella era una reunión de aspirantes á políticos, á lo que Cánovas tendía poniendo en juego ya por aquel tiempo toda la inmensa variedad de sus facultades, todos los infinitos recursos de su ingénita travesura, y todo el don chispeante de sus agudezas andaluzas, y con quien comulgaban en uniformes aspiraciones, aunque sin la opulencia de sus medios, el mayor número de los demás contertulios, entre los que se distinguían Fernández de los Rios y Gasset y Artime, émulos en facundia de iniciativas y en prodigios de actividad, Pravia, Albuerne, Barca, y tantos otros de los que figuraron desde luego en los secretos de la conspiración del Campo de Guardias y en la baraja de la Unión liberal.

Pero no era el café de la Esmeralda, llamado también á desaparecer muy en breve, el que habría de hacer la competencia al *Parnasillo* del Príncipe, ni en lo literario, ni en lo político. En 1854 ya existía en el mismo lugar que en la actualidad ocupa, formando esquina entre la calle de Alcalá y la de Sevilla, el Nuevo Café Suizo, al que desde aquel tiempo no logró hacerle competencia entre la reacción de 1856 y la reacción de 1856, sino el café de la *Iberia*, en los bajos del antiguo *Casino de Madrid*, en la Carrera de San Jerónimo, frontero á la calle del Lobo, hoy de Echegaray, en el que durante los referidos últimos veinte años se refugió, conspiró y murió el

partido progresista, hasta que á manos de la democracia partido y café cayeron para no levantarse más. Los dos cafés, el *Nuevo Suizo* y el de la *Iberia*, eran promiscuos en sus tendencias: los dos fueron literarios, y los dos fueron políticos. Al primero, en 1854, había trasladado sus lares desde el *Parnassillo* D. Antonio García Gutiérrez, recién llegado de Cuba, y en torno de él se agruparon los noveles *primeros premios* de la escena, á quienes, como al autor de *El hombre de Estado*, al autor del *Don Francisco de Quevedo*, al autor de la música de *Marina*, y á los autores de otras obras semejantes, literarias y artísticas, abríseles el telón de boca fue improvisarles una reputación.

A las tertulias ó mesas del *Nuevo Suizo* asistían todos los nuevos corifeos de la naciente democracia: lo mismo el radical Sixto Cámara, que el templado Castelar, lo mismo el visionario Chao que el doctrinario Martos, y toda la numerosa falange de aquella generación briosa, luchadora, arrogante, ilustrada, sabia, capaz de toda acción, de toda temeridad, de toda propaganda y de todo proselitismo, y á la vez todo el periodismo que militaba al lado de los vencidos, los redactores de *La España*, de D. Pedro de Egaña, los redactores de *El Heraldo*, que aún sostenían las esplendideces de D. José de Zaragoza, y los redactores del recién fundado *León Español*, de Gutiérrez de la Vega, que venía á rehabilitar el nombre del Duque de Valencia de sus pasados desprestigios, y de cualquier modo á evitar que de su significación se hiciera causa común con los que habían sido arrojados de sus Ministerios por la revolución, de sus casas entregadas al exterminio por el furor popular, y del respeto público por las acusaciones que Martos sintetizaba en su libro de las jornadas de Julio, aplicando con letras titulares á cada uno de los caídos, el epíteto de L A D R O N .

Los odios de partido, llevados por aquel tiempo á una intransigencia que sólo tiene sus semejantes en las intransigencias de las Cortes de Cádiz, en las intransigencias de la reac-

ción de 1814, en las intransigencias de 1820, en las intransigencias de la reacción de 1823 y en las intransigencias de los progresistas de 1837 y de 1840, traspiraban hasta el ambiente pacífico por naturaleza del mundo literario, y aunque cada partido ó tendencia de las [que tenían sus representaciones más ó menos numerosas en las tertulias del Nuevo Suizo, contaba buen número de autores dramáticos y literatos que en los cuartos de los comediantes y en los saloncillos de los teatros solían tener algún contacto común, apenas si en el café se saludaban, y, de cualquier modo, ningún calificado en una parcialidad política habría osado acercarse ni por un momento á la mesa en que se sentara un adversario. Esta pasión política trascendía hasta al éxito y al juicio de las obras literarias que se daban al teatro ó á la estampa, y el Olimpo de Apolo estaba dividido por tantas animosas enemistades, como el campo sangriento de Marte en la política. Cada cual se asociaba con los suyos, y en ninguna ocasión como entonces era más gráfica la frase del Marqués de Molins: *Con quien vengo, vengo.*

Del círculo de los redactores de *La España* nació la idea de *El Padre Cobos*, y no con un sentido político contra la revolución, que aún no había allanado sus barricadas ni había dejado de enseñar sus dientes voraces, sino con un sentido crítico-literario, dirigido especialmente contra los teatros, de cuyas bambalinas algunas veces se ha servido para acallar censores la lluvia de oro; y más que contra los teatros, contra el del Circo, consagrado enteramente á la zarzuela, y más que contra el Circo y la zarzuela, contra la Sociedad comanditaria que se había formado para sostener este teatro y este género de espectáculos en la temporada de Setiembre de 1854 á Junio de 1855, compuesta del cantante D. Francisco Salas, del autor y arreglador D. Luis Olona y de los maestros compositores D. Francisco Asenjo Barbieri, D. Joaquín de Gaztambide, D. Rafael Hernando y D. José Inzenga. Cada uno de estos socios comanditarios había puesto, como capital para la empresa, mil duros en metálico; los maestros compositores

la partitura de una obra nueva; Olona, como autor, dos obras dramáticas, y Salas la dirección artística del teatro. La causa por que esta Sociedad suscitaba contra sí las iras de los literatos se fundaba en que, estando constituída por el escritor de moda para el público, como arreglador de obras, y por los compositores que disfrutaban el privilegio de agradar al público con sus producciones, la empresa del único teatro á que la corriente del público que paga favorecía, quedaba establecida como una formidable ciudadela de resistencia para la admisión de ninguna otra obra que no fuera de sus asociados. La crítica que en los círculos del Nuevo Suizo se hacía entre los del oficio era subida de puntos; y en esta situación, Goizueta, uno de los contertulios, gritó una noche:—*Contra esa tiranía no hay más que un remedio.*—¿Cuál?—preguntaron los querellosos á coro.—*Un periódico satírico que los barra, sin que ni la tierra sienta de donde se hace la puntería.*

La verdad es que Goizueta no era *quién* para una iniciativa semejante. Su campaña con Gaspar Ruestes en *La España Literaria*, la efímera vida que tuvo su *Revista de Teatros*, el quiebro que le habían dado Santana y Castro Serrano cuando quiso meterse en *La Gacetilla*, el éxito desgraciado de *La Zarabanda* y los cuentos que de él refería Emilio Bravo los seis meses que le tuvo en *El Coliseo*, no tenían en muy alta graduación su magisterio, y ya decían de él la Gazzinaya y Malvezzi, como mucho después repetía con cierto gracejo Enrique Tamberlik:—*Este Pepe es terrible cuando me visita á solas.* Con todo, tras de Goizueta se adivinaba al cazurro de Arrieta y á López de Ayala, á quien, como á Selgas, había Cañete introducido en aquel círculo; la idea les pareció de perlas, sobre todo si se juraba por todos conservar inviolable el incógnito. A esta opinión se adhirió Ceferino Suárez Bravo, y Esteban Garrido prometió reflexionar sobre el asunto. Reflexionó, en efecto, y con tal diligencia, que á la noche siguiente se identificaba calorosamente con el pensamiento, y para perfilarlo mejor propuso una reunión para el otro día en

casa de D. Cándido Nocedal, con quien también había de contarse en lugar tan preeminente, que allí mismo fue aclamado por todos director. La redacción quedaba constituida por cuatro redactores de *La España*, el periódico fundado por don Pedro Egaña, á quien Ríos y Rosas apellidaba de broma don Pedro *Engaña*, aunque le profesaba el respeto que siempre inspira un hombre de una rectitud moral á toda prueba y de una convicción política á toda conciencia, y aquellos cuatro redactores eran D. Francisco Navarro Villoslada, D. Ceferino Suárez Bravo, D. Esteban Garrido y D. Eduardo González Pedroso; por dos literatos, ya eminentes, aunque noveles, don José Selgas Carrasco y D. Adelardo López de Ayala, uno y otro llevados al bautismo de la publicidad sirviéndoles de padrino D. Manuel Cañete y D. José María Goizueta, de quien á las primeras de cambio se supieron deshacer. Tras ellos quedaban, en la reserva más profunda y en el secreto más inviolable, toda la gente política de la tertulia literaria del Marqués de Molins, que era la misma que componía la tertulia íntima de los dos Fernández-Guerra, Aureliano y Luis.

Menos López de Ayala, ya popular por su comedia urbana de *El Hombre de Estado*, y Selgas, que había deslumbrado al mundo de las letras con sus originales apólogos de las flores, y, sobre todo, con aquel de *La violeta*, que se sabían de memoria hasta los que todavía no habían leído su libro de *Las Estaciones*, todos los nuevos colaboradores de *El Padre Cobos*, que á la vez eran redactores de *La España*, tenían conocidos antecedentes periodísticos, sobre todo Navarro Villoslada y González Pedroso. El primero, á quien la novela *Doña Blanca de Navarra* conquistó un gran prestigio, había dirigido la segunda época de la Revista literaria titulada *El Español*, que fue fundada y tuvo por colaboradores á D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Nicomedes Pastor Díaz, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Francisco de Cárdenas. Luego dirigió *El Siglo Pintoresco*, asociado con D. Angel Fernández de los Ríos, y cuando pasó á éste la propiedad de aquel *Semanario Pintores-*

co *Español*, de tradiciones tan insignes mientras lo dirigió su fundador y propietario D. Ramón de Mesonero Romanos, también se encargó de la dirección del decano de los periódicos ilustrados de España. De estas publicaciones lo recogió Egaña para que cooperase á la popularización del periódico de ideas moderadas, muy moderadas, y muy católicas, y muy monárquicas y muy dinásticas, en el que logró reunir la baraja de escritores más distinguidos que escribieron en la prensa española después de la muerte de *El Correo Nacional*, de D. Andrés Borrego, y antes de la fundación de *La Epoca*, de D. Diego Coello y Quesada. González Pedroso había nacido á la vida periodística en *El Globo*, que dirigía D. Augusto Amblard, y á Rosa y Fogoses debió su introducción en *La España*. Respecto á Garrido y Suárez Bravo, puede decirse que los dos eran hechuras y discípulos de Egaña; pero en 1854 ya habían adquirido propia personalidad.

Al canónigo magistral de Barcelona, D. Francisco Puig y Esteve, cuya identidad de opiniones políticas con el famoso jurisconsulto D. Manuel Pérez Hernández era una cosa conocida entre el mundo de la opinión de aquel tiempo, y que también formó parte de la redacción de *La España*, le oí decir en la ciudad Condal, allá por los años de 1867, que él había sido de los redactores de *El Padre Cobos*, y al relatarme todas estas minuciosidades del génesis de este periódico, me contó una anécdota que no he olvidado.—Bueno—decía Necedal, la noche de la primera reunión de los artífices de *El Padre Cobos* en su casa, para escribir el primer número, pues él ya había arreglado en veinticuatro horas todo lo concerniente á imprenta, servicio de confianza, administración y local de pública instalación—aquí nos reunimos toda España, pues representamos casi todas sus provincias. Yo soy gallego, Ayala de Extremadura, Selgas de Murcia, etc. Nos hace falta un catalán.—Puig y Esteve replicó:—¿Pues de dónde soy yo?—Hombre, repuso Necedal, lo siento, porque iba á proponer que invitásemos á Aribau ó á Madoz.—Soltaron todos la carcajada,

y Necedal añadió:—No ha de quedar sin algún efecto este recuerdo. Con el primer número de *El Padre Cobos* he de enviar á uno de los dos mi morrión de miliciano nacional, que conservo desde el año 1843.—En efecto, el morrión se mandó á Madoz con el primer número del periódico, «para sacudir hasta el polvo», decía, el arrogante tribulo de la comedia liberal, en que el ardor juvenil me hizo tomar parte en el coro.»

A pesar de la anécdota que me contó Puig Esteve; á pesar del mote de *periódico de literatura y arte*, que se puso al pie de la viñeta del fraile y del epígrafe de *El Padre Cobos*; á pesar del estudiado empeño que se puso durante sus diez primeros números, desde el 24 de Setiembre de 1854 en que apareció, hasta el 3 de Diciembre, en que declaró: «Mi reverencia se consagra á la política», en no censurar sino cosas y nombres exclusivamente del mundo de la literatura y del arte, la opinión pronto se impuso del blanco á que se dirigían los tiros de *El Padre Cobos*. Sólo Goizueta entre los *cómplices* de la nueva producción satírica, y Barbieri, en el tropel de los que zurraban, vivieron por mucho tiempo en la obsesión; el uno de que aquél era un ariete contra las empresas teatrales, y el otro de que todos los golpes se asestaban contra él. ¡Como que, en su entender, los inspiraba, y aun los escribía Arrieta! Gaztambide, que era el buen sentido por excelencia, solía decirle cuando le oía echar sapos y culebras contra los inspiradores de *El Padre Cobos*: «¡Seguidilla, que te chiflas!»

Los tiempos agitados por la política no han sido los más prósperos para las artes y el teatro: antes y después de las jornadas de Julio en 1854, arrastraban una vida difícil sin que bastasen á sacar al público de su actitud apática y desconfiada, ni los esfuerzos de Teodora Lamadrid, que con Joaquín Arjona, Pepita Hijosa y Fernando Osorio se defendían en el Príncipe, ni los de Julián Romea, que con Josefa Palma, don Antonio de Guzmán y Pizarroso hacían maravillas en Lope de Vega, y los continuos estrenos con que así los autores de gran renombre, como los autores noveles que se habían con-

quistado ya un puesto en la escena procuraran excitar al público interés. De Enero á Junio de 1854 hubo abiertos y funcionando en Madrid, además del teatro Real, donde la Gazzinaga y Mongini cantaban *Roberto*, *Hernani*, *Rigoletto*, *Macbeth*, *Trovatore*, *Luisa Miller*, *Lucrezia Borgia*, y donde por vez primera se presentaba á nuestro público Vialetti en los *Hugonotes*; el Príncipe, en el que Rubí presentó *El agua mansa*; López de Ayala, su *Rioja*; la Avellaneda, *La Sonámbula*; Hartzenbusch, *Un sí y un no*; Eguilaz, *El caballero del milagro*; Gálvez Amandi, *La conciencia*, y Bretón de los Herreros, para el beneficio de Osorio, *La niña del mostrador*; Lope de Vega, donde Serra hacía representar *La boda de Quevedo*; el mismo Bretón, *Marcela ó ¿cuál de los tres?* y *La mano de Dios* Juan de Ariza; La Cruz, Variedades, el teatro del Genio, el del Instituto, en el que Celina Montaland nos importaba la graciosa movilidad del vaudeville francés, y por último, el Circo, con su zarzuela española, en cuyo coliseo se habían estrenado de Pascuas á Junio los *Galanteos en Venecia*, *Buenas noches, señor don Simón*, *El estreno de una artista*, *El dominó azul*, *La Cisterna encantada*, *El grumete*, y donde por último se dió á conocer, antes de partir para completar sus estudios en el extranjero, un niño violinista que se llamaba JESÚS MONASTERIO.

Las intrigas de teatro á teatro eran despiadadas, no por disputarse el favor del público, sino por quitarse los actores, los autores y las obras; y cuando para la nueva temporada se supo la formación de la Sociedad comanditaria de autores y artistas para el Circo, se habló más de ello en las tertulias de los cafés que del manifiesto del Manzanares, el Ministerio Metrala y la venida del General Espartero. Entre los cómicos y entre los ingenios había además *barricaderos* y *reaccionarios*, y los teatros ardían en la misma guerra viva que enloquecía al país. Llegó Setiembre, en perspectiva las elecciones para las Constituyentes, en la emoción última del día el discurso de Castelar en el teatro de Oriente, y en la impresión inquie-

tadora de cada momento el *Himno de Riego* y el armamento de la Milicia Nacional. El primer teatro que inauguró la temporada fue el Circo, que abrió sus puertas el día 11, con la zarzuela en tres actos *Las cosas de Don Juan*; pero ni la zarzuela agradó, ni la gente del bronce estaba más que por la resurrección de la tragedia *Pelayo*, que con aparato patriótico se anunció para el 13 en Variedades, á fin de dar pie á los redactores de *La Iberia* para plantear la cuestión de la coronación solemne de su autor D. Manuel José Quintana, más que por ser el primer poeta lirico de España, por sus largos antecedentes políticos desde 1808, y á la iniciativa de Calvo Asensio, Carreras y González, Flamant, Rosa y González, Llano y Persi, Ruiz del Cerro y Larrea tuvo que suscribir todo el mundo, tanto por lo que Quintana merecía, sino por ser aquella una imposición en que á nadie convenía quedarse atrás. En medio del barullo que produjo el pensamiento de la coronación de Quintana, de la que en las mesas de los cafés no se hablaba sino á gritos, y como si aquel acto equivaliera á la conquista de un nuevo continente, el 17 abrió la Cruz, el 18 el Instituto, el 23 el Príncipe y sucesivamente los demás teatros. Mas en la zarzuela el fiasco de *Las cosas de Don Juan*, apresuró el estreno de *Los Diamantes de la corona*, y aquí la obsesión de Barbieri, el nacimiento de *El Padre Cobos* y toda la leyenda que á este propósito se formó.

Los Diamantes de la corona, letra de Camprodón, música de Barbieri, fueron cantados en su estreno por la señorita Di-Franco, el tenor Sanz, el barítono Becerra y el caricato Caltañazor. Fue un éxito inesperado, y desde luego en las mesas de la murmuración hiciéronse trizas del autor de la letra y del autor de la partitura. Arrieta decía en el Nuevo Suizo que él no la había querido admitir, y que lo mismo habían hecho Gaztambide é Inzenga. Allí se achuchaba á López de Ayala para que dijera también lo que del libreto sabía, pero aunque él lo recató, no faltó quien delatase que en el acto tercero había introducido muchas modificaciones en la obra de Campro-

dón, y que las escenas de Rebolledo solo y de Rebolledo con la Reina, habían sido escritas de nuevo por el autor de *El hombre de Estado*. Goizueta también metió su pulla, y dijo que la nueva zarzuela se componía de dos robos: la del libro, que era de Scribe, y la de la música, que era de Auber. A los pocos días de divulgarse estas especies por todo el mundo literario, apareció el primer número de *El Padre Cobos*, con su aparente tendencia exclusiva literaria; y en efecto, la primera crítica literaria de *El Padre Cobos* se cebaba en *Los Diamantes de la corona*, y *El Padre Cobos* repitió ce por be todas las especies que se habían vertido en el café del Nuevo Suizo por Arrieta, López de Ayala y Goizueta. *El Padre Cobos* corroboró que la letra era de Scribe y la música de Auber, y para remachar bien el clavo, añadió:—«Esto nadie se atreverá á negarlo, ni aun *el mismo Rebolledo*.» Y como las correcciones de López de Ayala en la obra de Camprodón le habían sido solicitadas por el mismo Barbieri, á Barbieri no le quedó duda de que los redactores de *El Padre Cobos* eran Arrieta, López de Ayala y Goizueta, y así lo sostuvo con todo el pintoresco lenguaje de su sangre viva y de su viva imaginación.

Diez primeros números, que se publicaron del 24 de Setiembre al 26 de Noviembre de 1854, despistaron la opinión, encubriendo su tendencia política definitiva, á costa de teatros, empresas, músicos, comediantes y escritores, teniendo un latigazo de pulida agudeza para cada deficiencia de la capacidad, para cada desacierto del ingenio y para cada vanidad ridícula. «Acabóse—decía á los teatros y á la gente que de él vivía—el engordar á las empresas teatrales con el óbolo del inocente público. Acabóse aquello de entonar salmos y laudes al primer actor ó actriz salidos..... no sé de donde. El buen sentido se fatiga de tanta tontería.» Fustigaba á Joaquín Arjona porque se empeñaba en hacer galanes; trataba de concluir en los estrenos con *los alabarderos*, y en nombre de la moralidad desalojar la escena del charlatanismo, del pandillaje y de la ineptitud. Renunciaba á los billetes de gracia por no

recibir *el vil salario* de la corrupción y conservar íntegro su derecho de silbar á moflete hinchado. El título de sus artículos casi justificaba la aprehensión de Barbieri: éste se denominaba *A la salida del circo*; el del número siguiente *Unión literaria*; en seguida otro, *Anarquía musical*, y llevando en su fiambarrera satírica

Periodistas en salsa y literatos,
Y en una de fregar ancha caldera,
Músicos y pintores y danzantes,
Para hacer á su tiempo sementera;

aquí daba á Bretón de los Herreros, que quería meterse á escribir *una tragedia*; allá á D. Joaquín Francisco Pacheco, que se lanzaba á escribir dramas, como *Pizarro*, con la pluma que todos los días cortaba con la espada del Conquistador del Perú; en otro lugar invitaba á Ventura de la Vega á publicar sus obras, expurgándolas de traducciones; ya proponía á Gil y Zárate que buscara un callista para que le puliese sus dramas; ya aconsejaba á la señora Avellaneda que procurara que *las cuerdas* de su lira no fueran *cordeles*; ahora la tomaba con Martínez de la Rosa, que escribía obras *para dormir*; luego encargaba á Ros de Olano diera á vender las suyas á Navalmorcuende, y unas veces hacía provocar la risa con Estébanez Calderón, que escribía sus versos con notas de bibliófilo, y otras animaba á Escosura á hacer declarar las suyas como de texto en la escuela de montes, para el estudio de toda clase de escabrosidades. «Lo que más agrada—decía *El Padre Cobos*—de las comedias de Eguílaz, son los versos de las últimas escenas de los últimos actos, porque lo único de bueno que tiene lo malo es el fin.» Ofrecía un dije á Ferrer del Río ¡para cuando concluyera la *Historia de Carlos III*, que costaba 24.000 reales al año! y le preguntaba si su *Lesbia* le traducía la *Historia Universal*, de César Cantú, que publicaba la casa de Mellado. Hay que advertir que la *Lesbia* de Ferrer del Río era una gordinflona y mugrienta criada de la Alcarria que tenía á su servicio, y á quien para burlarse de su brutalidad Ferrer

del Río había trocado por antonomasia su nombre de Isabel, por el arcádico de los poetas, y que lo primero que presentaba en su casa á quien le visitaba era aquella mujer, que celebraba con gritos estentóreos las gracias de su señor. La Academia Española había premiado á D. Emilio Olloqui, por instancias de D. Fermín de la Puente Apezechea, su oda *A la batalla de Bailén*. *El Padre Cobos* recomendaba que la edición se confiara á D. Angel Fernández de los Ríos, y que la exornara con magníficos *clichés* franceses del *Bertoldo*. Eduardo Chao y Enrique Cisneros anuncian su resolución de abandonar las letras por la política. *El Padre Cobos* se hace intérprete de la alegría de las musas. Así desfilaron por las columnas de *El Padre Cobos* en sus diez primeros números, Adolfo de Castro, con sus eternos gazapos sobre los poetas líricos de los siglos XVI y XVII, de la «Biblioteca de Autores Españoles», de Aribau; Mellado, con el Olimpo industrial de su *Museo de las familias*; Ayguals de Izco, con sus novelas patibularias; Arnao, con sus inocentes *Himnos y quejas*; Carlos Ochoa, con sus melífluas traducciones; Camprodón y Olona, con sus arreglos disparatados; Corradi, con sus odas políticas, y Albuerne, con su fealdad. Poner en parangón como historiadores á Tácito y Ovilo y Otero, y aun dar á éste la preferencia, no era más que un simple hazme-reir; pero á veces *El Padre Cobos* escribía notas sueltas como las siguientes: «El ilustre libretista Cammarano, que murió el año pasado en Nápoles, está traduciendo una zarzuela que piensa escribir Teodoro Guerrero.»—«Del porvenir teatral no hay que temer, mientras se encargue de su tutela el *braccio forte* del Sr. D. Ramón de Navarrete.»

Con estas peladillas, todo el *genus irritabile vatum*, por arriba y por abajo, se entregaba á la mordacidad más violenta contra *El Padre Cobos*, y aunque Barbieri repetía á cuantos le querían oír que Arrieta, López de Ayala y Goizueta andaban metidos en el ajo de su redacción, nadie lo creía y los círculos cafetiles andaban todos que bebían los vientos por saber quiénes la componían. *El Padre Cobos* también tra-

tó esta cuestión: «¿Quién es *El Padre Cobos*?—escribía—¿Quién redacta *El Padre Cobos*? ¿De dónde ha salido *El Padre Cobos*? ¿Qué quiere *El Padre Cobos*? ¿De dónde viene *El Padre Cobos*? ¿A dónde va *El Padre Cobos*?» Y *El Padre Cobos* mismo satisfacía esta universal curiosidad, diciendo: «*El Padre Cobos* es natural de Coscobilla y descende de los Borricones.» Con estas bromas iniciaba su campaña de opinión, y hacía poner en su cabeza con letras enormes: ¡*Tirada de 100.000 ejemplares!* en el primer número; ¡*150.000 ejemplares!*, en el segundo; ¡*150.001!*, en el tercero, y desde el oncenno, ¡*300.002 y medio ejemplares!* Cifras que, si sólo representaban la ponderación de su buen humor, llegó, en efecto á ser considerable, luego que anunció el 17 de Noviembre que «el sastre le había traído los hábitos nuevos», cuyo estreno se reservaba para el momento ambicionado en que se abrieran las Cortes, pues con las Cortes abiertas, y teniendo sentado en las Constituyentes á Nocedal, su director, la inmunidad dentro del derecho quedaba mejor garantida para él, en tiempos de tantas arbitrariedades y de tantas tropelías que se santificaban al grito de ¡Viva la libertad! Sabido es que las Constituyentes de 1854 á 1856 fueron convocadas el 11 de Agosto del primero de estos dos años, y que su apertura oficial se celebró el 8 de Noviembre. Para entrar, pues, en el reino de *Trapisonda*, que era lo que para *El Padre Cobos* significaba España en manos de los progresistas, quiso tomarse todo el tiempo necesario para que la Cámara quedase constituida, poniéndose desde luego en las condiciones de la ley de imprenta que se había puesto en vigor, la de Octubre de 1837, mediante la presentación del editor responsable, contra quien habían de cargar las iras de las denuncias y de las sentencias judiciales.

¡Habérselas con *las ocho nodrizas y los trescientos mamones* de la situación progresista; con el aditamento de las cuatro plagas de la libertad, la miseria, el cólera morbo y la Milicia Nacional, no era tarea para pusilámines, aunque cubiertos con el frágil velo del anónimo, y aunque dispuestos á ejercer la sá-

tira, no como era de antigua tradición en nuestras costumbres, á insultos y procacidades descarados, sino haciendo simplemente reir á fuerza de ingenio y de malicia! Mas *El Padre Cobos*, que mientras todos creían desde el primer instante del pronunciamiento del Campo de Guardias y en todo el curso de sus consecuencias posteriores, que la situación fue siempre grave, y era cada vez más grave, él solo la tenía por leve, y tan leve «que se hallaba en el aire», no se lanzó á hacer el ensayo de su sátira intencionada y ladina sino por sucesivos avances, hasta que, al llegar al período de su segunda época pudo desarrollar ya sin meticulosidades todos los recursos del sarcástico ingenio de sus redactores. Repasando su colección, no se nota en él una labor y un espíritu uniforme. El volumen de su segunda época es muy superior al primero, y si lo que las tradiciones han conservado acerca de la historia de aquel periódico es exacto, en el volumen de su segunda época predomina más la labor cáustica, fina, paradójica y siempre ática de Selgas, como en el de la época primera se disputan la misma supremacía el sutil veneno de Nocedal y el sarcasmo profundo de López de Ayala. «Se ven rasgos de abnegación heroica. El Sr. D. Juan Bautista Alonso renunció la palabra en la sesión del martes.» Aquí está el alma de Nocedal. «El día 23 (de Julio de 1856) á la una y cuarenta minutos de la tarde, en el despacho del Ministro de la Gobernación, han rematado las obras de la Puerta del Sol al Sr. Escosura.» Este es López de Ayala, puro. «¿Llueve?—No, señor; es que está hablando el Marqués de Albaida.» De Esteban Garrido. «Los ciegos venden *La Soberanía Nacional* por dos cuartos. ¡Qué manera de robar!» De Selgas. La manera de escribir de los otros colaboradores no era tan fácil de precisar: y en la segunda época esto era tanto menos posible, cuanto que en ella parece que no se dejó pasar nada sin que se sometiera antes de ir á la imprenta á la uniformidad de expresión y concepto que distinguía el genio especial de Selgas. La verdad es que la literatura satírico-periodística de España no había producido

nada con que comparar á *El Padre Cobos*. Desde las Cortes de Cádiz, la violenta rivalidad de los partidos se había enconado entre sí en frenéticas diatribas que afectaban la forma de la sátira cruda, y algunas de aquellas tentativas habían causado persecuciones como la de D. Bartolomé José Gallardo, patíbulo como el de D. Benigno Morales, ostracismos necesarios como el de D. Juan Martínez Villergas; pero ni Gallardo en *La Abeja Española*, de 1812; ni Morales con Félix Mejía en *El Zurriago*, de 1821; ni D. Mariano Luis de Llarra en *El Pobrecito Hablador*, de 1832; ni D. Modesto Lafuente en el *Fray Gerundio*, de 1837; ni D. Luis González Brabo (Ibrahim Claret) en *El Guirigay*, de 1839; ni Martínez Villergas en *El Tío Camorra*, de 1847; ni D. Antonio Ribot y Fonseret, que con el joven D. Pedro Antonio Alarcón escribía *El látigo*, en el mismo tiempo en que *El Padre Cobos* llamaba sobre sí la atención general, nada se había escrito semejante á este periódico. La gracia de *El Zurriago*, de *El Guirigay*, de *El Tío Camorra*, se cifraba en la desnudez y en el desparpajo del insulto; *El Pobrecito Hablador*, el *Fray Gerundio*, como antes *La Abeja Española*, descansaban sobre ingeniosidades machaconas, rastreras, rebuscadas, forzadas, en que el ingenio pocas veces ponía las sales de la espontaneidad; y los mismo escritores agudos y festivos que bajo los pseudónimos de *Fígaro*, *El Estudiante*, *Abenamar*, *El Solitario*, *El Curioso Parlante*, habían cultivado para satirizar las costumbres sociales la sátira culta, la sátira urbana, la sátira impersonal, no habían poseído aquella movilidad de intención y pensamiento, aquella ática ligereza en que *El Padre Cobos* abundaba, descubriendo un chiste en cada palabra y dejando esculpidas en el espíritu, entre las frivolidades aparentes, mucho, mucho que sentir; mucho, mucho que pensar.

Si el cáustico agudo y punzante de *El Padre Cobos* en sus primeros diez números no dejó rincón literario en que no encendiera el rescoldo del rencor y la fiebre de la curiosidad por conocer el nombre de los satirizantes encubiertos, no hay que

decir lo que sucedería cuando el terrible varapalo de su ingenio comenzó á caer sin piedad en el Gobierno, en las Cortes y en las instituciones de la Revolución. El Ministro de la Gobernación, D. Francisco Santa Cruz, á quien ni el General Espartero ni el General O'Donnell dejaban dormir, tomó sobre sí el decidido empeño de descubrirlos á todo trance, y Cornejo, el Fiscal de imprenta, recibió la orden de no dejarle pasar ni las *haches*. Pero *El Padre Cobos* hallaba medios de decir todo lo que quería sin incurrir en las delincuencias de la ley, y los números pasaron, de Noviembre de 1854 hasta casi fines de Marzo de 1855, sin que el Fiscal tuviera por donde meterle mano. En el núm. 33, correspondiente al 25 de dicho mes, *El Padre Cobos* publicó su famoso artículo de *Un congreso infantil*, y leído este artículo quince veces aquella noche en el tresillo del General Espartero, el joven Alonso Martínez, que era de los más asiduos contertulios del avícola de Logroño, tuvo un pensamiento, con cuya ejecución se prometía hacer salir á los redactores del periódico satírico de su trinchera cerrada, si, como era de suponer, eran personas que se estimaban y caballeros. Nada de Fiscales de imprenta, ni nada de procedimientos judiciales. Uno de los aludidos en el artículo se daría por ofendido, se dirigiría por medio de carta á la redacción y le pediría reparación de sus ofensas. La proposición del novel diputado burgalés obtuvo un éxito completo. El artículo se leyó otras quince veces, y al cabo se designó la persona que había de pedir reparación. Aquella misma noche fue dirigida la carta á la calle del Horno de la Mata, núm. 19, principal, donde *El Padre Cobos* había trasladado, desde la de la Balles-ta, núm. 8, las oficinas de su Administración, y á la mañana siguiente, á primera hora, el retador recibía una contestación larga, explícita y categórica, en que se le decía «que los redactores de *El Padre Cobos* no estaban dispuestos á deponer el anónimo ni á que se supieran sus nombres, como no se justificara que en sus escritos hubiera injuria ó calumnia, en cuyo caso sólo no ocultarían su cara de caballeros». Insistió el su-

puesto ofendido en que había injuria contra su persona, y pedía que se propusiesen medios para que se averiguara si era así. Aprobó *El Padre Cobos* la proposición, y volvió á contestar que aprobaría desde luego todos los medios que para esto se le propusieran. El ofendido volvió á preguntar al periódico si aceptaba la designación de algunas personas de honor, por una y otra parte, para que se constituyesen en tribunal de calificación. Repuso *El Padre Cobos* que se le propusiesen los nombres de esas personas; y habiendo recibido consecutivamente una lista de doce nombres de alta significación política y social, la redacción contestó que todas le parecían dignas, y, en general, todo el que públicamente fuese considerado como un caballero, y dejaba al recurrente la libre elección de los que hubieran de formar el tribunal. De las cuatro personas que se designaron por el ofendido, una era el General D. Facundo Infante, Presidente de las Cortes, y otra D. Cándido Necedal. Todas estas gestiones se hicieron en el riguroso término de un mismo día. El tribunal de honor se reunió en el despacho presidencial del Congreso, y fue dictamen común y voto unánime que en el artículo *El congreso infantil* no había injuria personal para nadie. Santa Cruz pateaba de coraje cuando lo supo, y aquella misma tarde el Fiscal Cornejo hizo la denuncia, detuvo los números de provincias en el correo y recogió los existentes en la Administración.

El Padre Cobos fue por vez primera denunciado; pero el nombre de sus redactores no se pudo saber, que era de lo que se trataba. No hay que decir que de su defensa se encargó... ¡D. Cándido Necedal! Y no hay que añadir que la defensa de Necedal obtuvo la absolución; pero haciendo constar en ella estas declaraciones:—«La ley prohíbe terminantemente que se busque al autor de los escritos. La ley exige un editor responsable. A mi lado lo tenéis (1). Castigadle si le creéis acreedor á ello; pero desistid del empeño de averiguar quién es *El*

(1) D. Luis Pinillos.

Padre Cobos. Si queréis averiguarlo, ahí tenéis la policía; pero no manchar con este bajo papel la dignidad del Tribunal que formáis.»—Ninguno de los jurados permitió que se les confundiera con los polizontes, y el voto de absolución fue unánime.

Espartero se conformaba con no saber el nombre de los redactores de *El Padre Cobos*, si al menos se podía averiguar si algún partido político lo apadrinaba. La prensa progresista, *La Iberia*, *Las Novedades*, *La Nación* y *El Oriente* la emprendieron contra *El Padre Cobos*, motejándole de *carlista*. *El Padre Cobos* no se defendía de esta imputación, aunque *El Clamor Público* le amenazaba «con las iras populares», y *La Nación* decía que sus redactores eran *presidarios*. Nueva denuncia. El número 45, correspondiente al 25 de Mayo de 1855, publicaba otro artículo no menos famoso que el de *El congreso infantil*, titulado *Relinchos*. Este artículo fue denunciado. Entonces aquella parte del partido moderado histórico que no había aprobado la política de *los polacos* ni se había dejado suggestionar por *los puritanos*, quiso hacer un acto de simpatía hacia *El Padre Cobos*, y para hacerlo se encargó de la defensa D. José González Serrano, que ya había sido diputado á Cortes en las de 1851 á 1852, y aunque, en vez del discurso chispeante de Nocedal en la primera denuncia, se redujo á formas estrictamente jurídicas y legales, en el preámbulo hizo solemnemente estas dos declaraciones: primera, que *El Padre Cobos* no era *carlista*; segunda, que «las opiniones de *El Padre Cobos* eran las de un gran partido, al que él tenía la gloria de pertenecer, y que repudiaba todos los excesos, aunque vinieran de algunos de sus hijos que no debió admitir en su seno.» Tras estas declaraciones, en la esfera del poder se ven apuntar las orejas del Duque de Valencia, y el Jurado, compuesto de progresistas, pronuncia sentencia condenatoria. De cualquier modo, *El Padre Cobos* acabó con el número 52, publicado el 1.º de Julio, su primera campaña, con un éxito jamás conocido en las contiendas periodísticas de nuestra política

contemporánea, y al tomarse dos meses de vacaciones durante el verano, para disponerse á la segunda, cada vez era mayor secreto para todos quiénes redactaban el genial periódico; pues hasta Barbieri, como *El Padre Cobos* no volvió á ocuparse ni de sus partituras, ni de su teatro, ni de las empresas de *La Unión Musical*, paladinamente declaraba que se había equivocado.

Cuando Escosura sucedió á Huelbes en el Ministerio de la Gobernación, en la tercera y última modificación de Gabinete que hizo el General Espartero en Enero de 1856, decía en las estancias de la Casa de Correos: — «O pierdo el nombre que tengo, ó descubro á los redactores de *El Padre Cobos*, ó lo mato á denuncias ó de cualquier modo. Me apesta ese periodichucho.»—El fiscal era Montejo y Robledo, progresista *de natiuitate*, hasta que se murió de progresista. Hay que confesar que Escosura hizo todo lo que pudo por cumplir su palabra, y que *El Padre Cobos* tuvo que declarar que el último Ministro progresista de la revolución no quería que el fiscal de imprenta cobrase su sueldo de momio, estándose mano sobre mano. El 10 de Enero, denuncia; defensor, Nocedal; sentencia, cuatro años de prisión al editor responsable. El 5 de Febrero, denuncia; el 10 de Febrero, denuncia; el 15 de Febrero, denuncia; el 20 de Febrero, denuncia; el 25 de Febrero, denuncia; y al dar cuenta de esta última, *El Padre Cobos* escribía: «Desafiamos al fiscal, al Gobernador de Madrid, al Ministro de la Gobernación, al Presidente del Consejo de Ministros, á la Milicia Nacional, á la situación entera, á que nos denuncie el número *del día 30 de Febrero* del año bisiesto de 1856. *El día 30 de Febrero* será el único día de buen gobierno que nos dará la revolución de Julio.»

Fueron defensores de los números denunciados, D. Manuel de Seijas Lozano (*dos años de prisión*); D. Antonio de Mena y Zorrilla (*absuelto*); D. Alejandro de Castro (*absuelto*); el Marqués de Corvera (*dos años de prisión en un castillo*); y en otras denuncias de los números del 15 de Abril, 5 y 20 de Mayo, ter-

tercera vez D. Cándido Nocedal (*absuelto*); D. Antonio de Jesús Arias (*seis años de prisión en un castillo*), y D. Adelardo López de Ayala (*absuelto*). Cada una de estas defensas, á que concurría un público inmenso, se convirtió en un motivo de apoteosis para los que las hicieron: sobre todo las de Nocedal, Mena y Zorrilla y López de Ayala. Nocedal no éra una personalidad desconocida, ni en el palenque del foro, ni en el del Parlamento, ni en el de la Administración. En las Cortes se había sentado desde 1843, y Bravo Murillo lo había elevado desde las oficinas de la *Gaceta de Madrid*, hasta la subsecretaría de la Gobernación. Con todo, sus discursos forenses en defensa de *El Padre Cobos*, y sus discursos parlamentarios en las Constituyentes de 1854, hicieron vibrar su elocuencia, conquistándole el puesto eminente que ya nunca perdió. Mena y Zorrilla traía reputación de orador de las Academias filosóficas de Sevilla, pero en Madrid no había recibido hasta aquel momento *la alternativa*, y López de Ayala, á quien no se le conocía sino como un gran poeta lírico y un gran poeta dramático, cobró en la defensa de *El Padre Cobos* las alas, el prestigio y la reputación de la alta elocuencia, que algún día había de llevarle á la Presidencia de aquella Cámara representativa, en que no logró asiento hasta después de la reacción que provocó aquella revolución tan sarcásticamente combatida por su pluma.

Escosura, que á fuerza de denuncias no consiguió ni descubrir los redactores, ni apagar los humos de *El Padre Cobos*, tuvo la amabilidad de condescender con otras exigencias para cohibirle, y Madrid entero vió en los primeros de Mayo de 1856 entrar armados de garrotes doce milicianos nacionales, disfrazados con el honrado traje del obrero, para atropellar la casa administración del odiado periódico, establecida en uno de los pisos bajos del número 8 de la calle de San Roque, en donde el administrador fue apaleado, rotos los muebles de las oficinas y hecho auto de fe de los números de *El Padre Cobos* que allí encontraron. A la queja de aquel acto brutal, que

veinticuatro horas después de cometido se dió al Ministro de la Gobernación, Escosura contestó que no sabía nada, y cuatro periódicos progresistas, *La Nación*, *El Clamor Público*, *La Iberia* y *Las Novedades* defendieron calorosamente á los atropelladores; *El Padre Cobos* dedicó el artículo del día 5 al suceso, y decía:—«Dudo que hayan sido progresistas los que han invadido violentamente la administración de *El Padre Cobos*, porque, pensándolo bien, apenas tienen tiempo para invadir el presupuesto. *El Padre Cobos* ha recibido todos los insultos con alegría, porque la situación le hace reír y no puede llorar.»

La situación ofrecía cada día un motín, y el perfil geográfico de estas bárbaras expansiones tenía por marco todo el ámbito de la Península. Los Ministros del Gobierno del General Espartero no tenían tiempo bastante para atender á las calamidades públicas que entre ellos se habían distribuído. El Presidente, atendía al cólera morbo; el de Estado, al Sr. Olózaga, en su embajada de París; el de Gracia y Justicia, al cisma entre Esparteristas y Odonellistas, amén del que el señor Bautista Alonso se había empeñado en provocar con Roma; al de la Guerra, todo se le volvía contener los chispazos de la guerra civil; el de Hacienda, no tenía en perspectiva sino la bancarrota; el de la Gobernación, no sabía cómo apagar el hambre ni los incendios de Valladolid; al de Fomento el *oidium* le secaba hasta la cerilla de oídos, y el de Marina no veía por todas partes más que inundaciones. *El Padre Cobos* de todo sacaba partido para divertirse, mientras veía regocijado acercarse el fin del fin. La fisonomía de las Cortes, las asonadas de la Milicia Nacional, las perturbaciones crónicas del orden público y el motín bendito de cada día no le ofrecían temas menos festivos para su perpetuo sarcasmo que el chascás del General Espartero, los esdrújulos de Santáizuga, las xx del apellido de Lujar y los estragos de la epidemia, de la que decía, cuando hablaba de ella: «Nuestro colega progresista el cólera morbo...»

Pocas veces *El Padre Cobos* pidió su auxilio á las Musas; pero cuando impetraba sus mercedes, siempre le otorgaban el más diestro pincel para fotografiar la situación creada por aquella malhadada revolución; y así, decía en *La gran parada*:

Tirando de su equipaje,
 Como acémila de noria,
 España sigue el viaje
 Por la senda de la gloria.
 ¿Va quizás
 Por el antiguo sendero?
 — No; que la guía el chascás
 Del general Espartero.
 Francia la desfronteriza;
 Méjico artera la engaña;
 Pierce la da una paliza;
 ¿Dónde se ha metido España?
 Vuelvo atrás,
 Y pregunto á un caballero:
 — ¿Ha visto usted el chascás
 Del general Espartero?

 De este chascás un retoño
 Mucho á España convendría:
 Las gallinas de Logroño
 Nos podrán sacar la cría.
 ¡Glás! ¡glás! ¡glás!
 ¡Oh desventura!— ¡Está huero
 El interior del chascás
 Del general Espartero!

Por desgracia, antes del chascás del General Espartero hubo el chascás del General Riego, á quien se debe la pérdida de las colonias de América; después del chascás del General Espartero, el eterno chascás progresista ha presidido otras pérdidas y otras humillaciones. Pero esto no obsta para que el chascás sobreviva; pues como en sus refranes, escribía también *El Padre Cobos*:

Al cabo de los años mil,
 Vuelve el progreso por do solía ir.

El Padre Cobos suspendió el 5 de Julio de 1856 su publicación en la forma que lo había hecho en año anterior para tomarse dos meses de veraneo; pero su último chiste fue una viñeta, en que el legendario fraile con una mueca avisaba á á los progresistas del volcán que á sus pies se preparaba á estallar y con un signo de la mano, les decía: *¡Ahí queda eso!* La historia de la reacción de Julio de 1856 es demasiado conocida para que haya necesidad de reproducirla aquí. El 5 de Julio suspendió *El Padre Cobos* su publicación, y el 14 del mismo mes el Ministerio-Metralla disolvía las Cortes y sustituía como un relámpago al último Ministerio del General Espartero y de los progresistas. O'Donnell le substituyó con Ríos Rosas, que trató de legalizar la situación legal con el *Acta adicional*. Aunque llega Setiembre y *El Padre Cobos* tenía pendiente con sus favorecedores el compromiso de reanudar sus tareas el 5 de dicho mes, los suscriptores en dicha fecha sólo recibieron un lacónico aviso en que se les decía: «Se suspende la publicación de *El Padre Cobos* por razones que en el día nos es absolutamente imposible explicar, y que, Dios mediante, manifestaremos á su tiempo.» Después daba las reglas que se habían de observar para que pudieran recoger sus adelantos los suscriptores que los tuvieran hechos.

Ni O'Donnell, ni Ríos Rosas, ni Pastor Díaz, ni D. Cirilo Alvarez, ni D. Manuel Cantero, ni D. Pedro Bayarri, ni Don Manuel Collado, tienen perspicacia bastante para recoger la última *indirecta* de *El Padre Cobos*. De los hombres de aquel Ministerio, acaso no la recogió más que uno solo: el Marqués D. Pedro José Pidal. La explicación del aviso de *El Padre Cobos* á sus suscriptores el 5 de Septiembre, se la dió toda España en la crisis del 25 de Octubre. O'Donnell y Ríos Rosas cayeron. Los reemplazaron en el Gobierno el General Narváez y D. Cándido Nocedal. Sus compañeros de Gabinete eran el Marqués de Pidal, que había pertenecido al del Conde de Lucena; Seijas Lozano, el defensor de *El Padre Cobos*; D. Manuel García de Barzanallana, el General Lersundi y D. Claudio Moya-

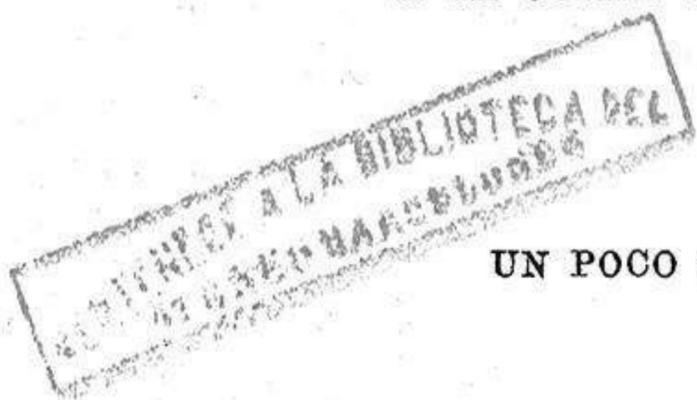
no. La campaña de *El Padre Cobos* no había sido, por lo tanto, una *campaña carlista*, sino esencialmente conservadora y de los elementos más puros del moderantismo histórico, y Nocedal el primer decreto que puso á la firma de la Reina Doña Isabel II fue la derogación del *Acta adicional*, restableciendo en toda su integridad la Constitución de 1845 para que de la revolución de Julio no quedase ni un jirón. Nocedal, en el Ministerio de la Gobernación, abrió la puerta al talento. Tamayo y Baus, González Pedroso, Gabino Tejado, José Selgas Carrasco, Navarro Villoslada, fueron sus favorecidos. López de Ayala fué al Parlamento.

La sátira política de guante blanco realizó en la campaña de *El Padre Cobos* lo que la sátira política no había alcanzado jamás: derrocar una situación de fuerza por el ridículo; rehabilitar opiniones y hombres que estaban en inmerecida desgracia; salvar á la patria de un régimen de anarquía, y á las instituciones más augustas de un régimen de humillación, y crear una posición ministerial del relieve que tuvo la de D. Cándido Nocedal en el Gabinete Narváez. ¡Todo, todo lo hizo el guante blanco de *El Padre Cobos* en aquella conjunción de talentos que se llamaron Nocedal, López de Ayala, Selgas Carrasco!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS



UN POCO DE HISTORIA ANTIGUA

Dar Muley Ali, 30 Abril 1900.

Siempre me ha gustado sobremanera conocer el pasado de las ciudades en que he tenido que residir, ya por obligación, ya por capricho, y en lo que concierne á la capital del Imperio Magrebino, sentía verdadera curiosidad por averiguar su historia, envuelta en sombras y casi ignorada, por más que tenga bastantes relaciones con algunos episodios interesantes de la de nuestra patria. Como la enfermedad que aqueja al Gran Visir nos tiene en ocio forzoso, puesto que es inútil intentar nada sin contar con la intervención del famoso Ba-Ahmed Ben Muza, que ha asumido en su persona todas las atribuciones y facultades del poder, y como aún no conozco bastante la ciudad para pasearme por ella libremente y poderla visitar á mi antojo, he dedicado estos días á estudiar el pasado de Marrakesh, una de las capitales más famosas de la Edad Media. En previsión de una larga estancia en regiones tan incultas é incivilizadas, todos hemos traído libros de estudio y recreo, que forman una buena biblioteca, de modo que en unión del Rvdo. P. Cervera, orientalista consumado, y auxiliado por mi buen amigo D. Reginaldo Ruiz, que como nacido en Tánger, posee admirablemente el idioma que se ha-

bla en Marruecos, puedo recoger gran acopio de datos que satisfacen sobradamente mi curiosidad.

Los orígenes de Marrakesh no son anteriores al siglo xi. Según refieren los historiadores marroquíes, hacia el año 1038 habitaba en las vertientes Sud del Atlas un pueblo llamado *Zenhachas* que aún desconocía la religión mahometana, ya extendida por casi todo el Magreb. En aquel año, Abdallah-ben-Yasin salió del Sus, su país natal, para predicar á aquellas gentes la doctrina del Alkorán. Apenas comenzó su propaganda, innumerables tribus acudieron presurosas á escuchar sus lecciones, distinguiéndose especialmente la de Lemtuna. No tardó el nuevo apóstol en hallarse rodeado de unos mil discípulos, prosélitos fanáticos dispuestos á todo, á quienes dió el nombre de *El-Morabitum* (los ermitaños) fundando así la tribu que andando los tiempos había de dominar en España, y cuyos miembros fueron designados entre nosotros con el epíteto de *almoravides*. Apenas Abdallah se vió al frente de aquellas gentes, siguiendo las prácticas mahometanas, quiso imponer por fuerza su religión á algunas tribus vecinas que aún se oponían á convertirse, y al efecto les declaró la guerra. Bien pronto su poder se extendió hasta el Sudán, conquistando también gran parte del Magreb, hasta Sichilmesa, y todo el país del Draá.

Abdallah, agradecido á que los lemtunas habían sido siempre sus más fieles partidarios, eligió á uno de ellos para que fuera su lugarteniente ó califa, Abubecr-ben-Omar, que fue el encargado de continuar la guerra por los territorios de *Sus-el-Acksa*, que conquistó, ayudado por su primo *Yusef-ben-Taxe-fin*, que mandaba la vanguardia del ejército. Entonces ocuparon también la vertiente Norte del Atlas y la antigua ciudad romana de *Aghmat*, donde se establecieron.

En 1059 murió Abdallah-ben-Yasin, y los almoravides eligieron como caudillo al infatigable Abubecr, que continuó extendiendo sus conquistas por el país de los *Berghuata* y de los *Beni-Ifran*. En *Aghmat*, capital de su Imperio, recibió la

noticia de que algunas kabilas del Sus y del Sahara se habían sublevado, y al punto marchó con el propósito de dominar á los rebeldes, dejando el mando de la mitad de sus tropas á Yusef-ben-Taxefin, que si bien en un principio fue considerado como califa de Abubecr, no tardó en concebir la idea de declararse independiente y dueño absoluto del Magreb. Comenzó por someter bajo su dominio á todas las tribus vecinas, llegando á hacerse tan poderoso y popular, que al regresar Abubecr vencedor y conocer los proyectos de su lugarteniente, no quiso intentar una lucha cuyo triunfo era dudoso, dadas las fuerzas de su rival, y con el fin de no perderlo todo, pidió una entrevista á Yusef, y en ella le felicitó por sus victorias, renunció á sus pretensiones sobre los territorios situados al Norte del Atlas, y se volvió al desierto, donde continuó gobernando las tribus que le habían permanecido fieles y predicando el Alkorán hasta la época de su muerte, acaecida en 1087.

Comprendiendo Yusef que la ciudad de Aghmat era pequeña para ser la capital del creciente Imperio de los almoravides, se decidió á fundar á poca distancia de ella, en la fértil llanura que riegan los ríos Tensif é Issyl, á Marrakesh, ciudad que su sucesor Abu-Yusef-Yacub-Almanzur, el vencedor de Alarcos, había de elevar á su mayor apogeo durante el siglo XII. Al efecto, el año 454 de la Hegira (1062 de nuestra Era), después de haberse proclamado *Amir-el-Muslimin*, (príncipe de los musulimes), compró una vasta extensión de terreno á los Mazamudas (1) y allí construyó una mezquita para la oración y una pequeña alcazaba para guardar sus tesoros y armas, sin que rodeara de murallas dichas construcciones, sin duda con el objeto de que pudiera ir extendiéndose libremente la ciudad.

(1) Noticias tomadas del libro árabe titulado: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akza* (Compendio de la historia del extremo Occidente), escrito en el presente siglo por el autor marroquí el Xiej-Ahmed-ben-Yaled ennaziri esselauí.

Yusef-ben-Taxefin llegó á hacerse sumamente poderoso. No contento con ser dueño del Magreb, al frente de 40.000 esforzados almoravides conquistó á Tánger y Ceuta, defendidas por los árabes andaluces; destruyó á las dos tribus que se disputaban el Imperio de Fez, los Beni-Ifran y los Magh-rauas; se apoderó de Orán, Argel y Túnez, no parando hasta llegar á las fronteras de Egipto. Jamás se había conocido en Africa un Imperio musulámico tan dilatado. Es verdad que, según los cronistas árabes, el ilustre caudillo estaba dotado de grandes cualidades. Astuto, valiente, intrépido, ambicioso, hábil para conquistar naciones y más apto aún para gobernarlas, es indudable que supo aprovechar las circunstancias favorables y sobre todo el estado de decadencia en que se encontraba entonces el Imperio del Magreb. Los últimos monarcas *zenetas* que allí reinaron eran demasiado débiles para oponerse al empuje de aquellas tribus tan atrevidas y valerosas, y por su parte en nada podían ayudarles los califas de Córdoba, tan desvalidos, que apenas si podían defenderse de los ataques de los reyes cristianos.

La fama del fundador de Marraskesh fue tan grande, que el Emir de Sevilla, Mohammed Ben Abbés, le llamó para que le auxiliase contra el Rey Alfonso VI de Castilla. Acudió á su favor Yusef Ben Taxefin, y se embarcó en Ceuta en 1086, pasando á España, donde derrotó al ejército castellano en Zalaca, y redujo á la obediencia al Emir de Sevilla, su defendido. Hizo posteriormente cuatro viajes más á la Península, acabando por hacer feudatarios suyos á todos los reyezuelos árabes que en ella había. Afirman los historiadores marroquíes que el primer *Amir-el-Muslimin* vivió cien años, pues había nacido en el desierto en 1006, y murió en su capital de Manakesh en 1106; y que, á pesar de su inmenso poderío y de su gran renombre como político y conquistador, quiso ser enterrado modestamente.

Le sucedió en el trono su hijo Ali, apodado *Abulhassain*, cuya madre fue una cristiana cautiva llamada *Kamsa*, luna.

En este reinado se verificó la batalla de Uclés, tan desastrosa para los españoles. Pero si la suerte le fue favorable en nuestra patria, donde, á más de semejante triunfo, pudo conquistar en 1115 las islas Baleares, no le ocurrió lo mismo en Africa; pues allí sufrió grandes reveses de una nueva tribu, formada en el corazón del Atlas y destinada á apoderarse del imperio de los Almoravides. En efecto; un hombre de obscura condición, nacido en España, Mohammed Ben Aldallah-el-Mehdi, después de haber estudiado en Bagdad, regresó á Marruecos con el firme propósito de modificar las costumbres religiosas de los mahometanos, un tanto relajadas, y para ello comenzó á predicar en las montañas y en los campos, fundando una nueva asociación, que se llamó de los *el-Muahhedim* (1), al frente de la cual declaró la guerra á los poseedores del Magreb, combatiendo resueltamente y con éxito lisonjero á *Abulhassain*, y al hijo y sucesor de este Abu Amar, penúltimo Emir de esta dinastía, cuyo último baluarte fue Marrakesh, única ciudad que quedó fiel á Ishac, hermano de Abu Amar, que fue muerto en 1146, cuando Abdelmumen, segundo Emir de los Almohades, tomó aquella capital. Refiere el historiador Abu Mohammed, en su *Rudh el Kartás* (2), que al entrar los conquistadores en la ciudad de Marrakesh, la dejaron casi despoblada, pues mataron más de 70.000 de sus habitantes, apoderándose de sus riquezas.

Abdelmumen, que cambió el título de *Amir-el-muslimin* por el de *Amir-el-Mumenin* (Príncipe de los creyentes, el Miramamolin de nuestros mayores), fue padre de Abu Yusef, y abuelo del famoso Yacub-Al-Manzur, el vencedor de Alarcos, que fue proclamado Sultán en 1184, y elevó su Imperio al mayor grado de esplendor. Él fue quien dotó de aguas á la ciudad de Marrakesh, y quien, al regreso de España, vencedor,

(1) *El-Muahhedim*, los unitarios, los que creen en la unidad divina, de cuya palabra proviene la castellana de Almohades.

(2) Traducción de A. de Beaumier. París, 1860.

mandó construir la hermosa puerta de *Aguinao* y la magnífica torre de la *Kotubia*, análoga á la que había hecho edificar en Sevilla, y hoy denominamos la *Giralda*. Con los 13.000 cautivos españoles que trajo de sus guerras, engrandeció su capital y plantó el extenso bosque de palmeras que la rodea. En su reinado florecieron las artes y las letras, y de aquellos tiempos datan los más hermosos monumentos que se conservan en Marrakesh y en la famosa ciudad de Rabat, fundación suya.

Los almohades dominaron bastante tiempo en el Magreb, por más que tuvieron que sufrir continuas rebeliones y guerras intestinas, especialmente cuando vacaba el trono. En 1227 ocurrió una sublevación importante, en cuya terminación desempeñaron gran papel los españoles. En aquella fecha, los Xiejes de Marruecos asesinaron á su jefe el Emir *el-Aádel*, y aunque al punto hicieron saber su sumisión á su hermano y legítimo heredero Abuláala (el Abulí de Mariana) á la sazón gobernador de Andalucía, que se había declarado soberano independiente bajo el nombre de El Mamúm, no esperaron su respuesta aceptando el trono, y proclamaron desde luego Emir á un sobrino del difunto, *Yahya-ben-en-Nazer-ben-el-Manzur*. Al saber tal noticia, El Mamúm decidió mantener sus derechos, y al efecto pidió auxilios al Rey de Castilla, Fernando III, quien le concedió un cuerpo de 12.000 guerreros españoles, estipulando la condición precisa de que, una vez conquistada la capital del Imperio, podrían establecerse libremente en Marrakesh, levantando iglesias y campanarios, y practicando públicamente la religión cristiana. Con semejante refuerzo, El Mamúm pasó á Africa, llegando hasta las cercanías de Marrakesh, donde en 1230 encontró al ejército de Yahya, y, tras larga y reñida batalla, lo destruyó por completo, penetrando victorioso en la capital. El triunfador cumplió fielmente lo que pactara con el monarca español, entregando á los caballeros el arrabal de la ciudad, llamado *El Borá*, y edificándoles una iglesia. De este modo se constituyó

un grupo numeroso de españoles que residían en la misma capital del Imperio magrebino, pues á los recién llegados había que aumentar los muchos descendientes de los cautivos que á ella trajeran Taxefin y Yacub-el-Manzur. El vencido Yahya se refugió en las altas montañas del Atlas, donde fue reuniendo poco á poco á sus antiguos partidarios y á buen número de nuevos prosélitos, esperando con paciencia una ocasión propicia para recuperar el trono. No tardó ésta en presentarse, pues El Mamúm fue perdiendo, una tras otra, todas las provincias y ciudades que poseía en la Península, y hasta su mismo hermano Abu Musa, Gobernador de Ceuta, se sublevó, declarándose Emir independiente. Hubo el Sultán de acudir á castigarlo, llevando en su compañía á la mayor parte de los soldados cristianos que tan fieles le habían sido, y para ello vióse precisado á dejar la ciudad abandonada. Aprovechó Yahya la oportunidad; al punto asaltó á Marrakesh, que hubo de rendirse, y sus fuerzas entraron en la capital á sangre y fuego, destruyendo la iglesia cristiana y pasando á cuchillo los españoles que allí habían quedado. El Mamúm pereció en el sitio de Ceuta; pero *Erraxid*, hijo suyo y de una cautiva cristiana, vengó su memoria y recuperó la corona y la ciudad de Marrakesh, auxiliado por aquellos caballeros cristianos que acompañaran á su padre en su desastrosa expedición.

Durante todo el tiempo que los almohades dominaron en el Magreb, Marrakesh fue la capital de su Imperio. Pero esta dinastía debía fatalmente seguir la misma suerte que la de los almoravides. Las rebeliones de las provincias se sucedían sin interrupción, y los últimos emires de esta raza fueron rudamente combatidos por sus propios súbditos. Con el reinado de *El Mamum* había comenzado la decadencia. Una nueva tribu, los Beni Merines, descendientes de los antiguos Zenetas, señores de Fez, llenos de pujanza y brío, supieron aprovechar la debilidad de los últimos Emires almohades, y si bien en un principio se contentaron con arrebatárles el dominio de la capital de sus mayores, y proclamarse emires independientes,

fueron aumentando tanto sus conquistas que, en 1267, Abu-Dabbús, el último Emperador almohade, tuvo que pedir auxilio á Abu-Yusef-Yacub, Emir de Fez, para recuperar la capital de su reducido Imperio, ofreciendo cederle la mitad de los territorios que recobrase. Logró Abu-Dabbús sus propósitos, pero una vez dueño de Marrakesh se negó á cumplir lo prometido, por lo que Abu-Yusef le declaró la guerra, y encontrando á sus ejércitos en las llanuras de Dukala, le derrotó por completo, pereciendo en el combate Abu-Dabbús y con él la dinastía almohade.

Con la toma de Marrakesh, consolidó Abu-Yusef-Yacub, por sobrenombre *el Manzur*—el victorioso—el Imperio de los Beni-Merines. Durante su reinado mantuvo constantes relaciones con los españoles, quienes habían tomado gran parte en las guerras anteriores, favoreciendo ya á una dinastía, ya á otra, pero comportándose siempre, según testimonio de los historiadores musulmanes, con completa lealtad é hidalguía. En 1284, Abu-Yusef recibía en Marrakesh á D. Alonso Pérez de Guzmán, el futuro héroe de Tarifa, enviado por Don Alfonso el Sabio, con objeto de que empeñase su corona en 60.000 doblas de oro, para poder combatir á su hijo Don Sancho. El segundo *El Manzur* no pudo igualar la gloria de su antecesor. La grandeza del Imperio musulámico de Occidente había concluído con la dinastía almohade. Este Sultán trasladó la capital de sus estados á Fez, y allí, en la famosa Universidad que tanto fomentara, depositó todos los libros que le remitió, accediendo á su petición, el Rey Don Sancho de Castilla. Sus sucesores tuvieron que reprimir continuas rebeliones, y los gobernadores de Marrakesh no fueron ciertamente los menos levantiscos, siendo de citar la sublevación de Yusef-Ben-Mohammed, en el reinado de Abu-Tabet, quien logró castigar á los rebeldes, y tras largo sitio recuperar la capital, haciendo matar á los cristianos españoles que en ella había. Por su parte, los monarcas castellanos continuaban la gran obra de la reconquista y atacaban rudamente las fuerzas mahometanas.

La batalla del Salado fue un golpe mortal para el poder de los Beni-Merines, que en ella perdieron—así lo afirman los historiadores musulmanes—más de doscientos mil soldados. En 1374 el Magreb estaba dividido en dos reinos: el de Fez y el de Marrakesh, reinando en cada uno de ellos Abulabas y Abderahman, pero semejante estado de cosas duró poco tiempo, restableciendo al fin el primero la unidad del Imperio, que si en tiempos anteriores fuera poderoso y extenso, era en la época de que tratamos un verdadero caos. Los aspirantes al vacilante trono eran tantos cuantos se creían con fuerzas para conquistarlo; la autoridad de los legítimos soberanos era completamente desconocida, nadie acataba sus mandatos, y las pasiones del pueblo se desbordaron en forma que acabó por reinar la más espantosa anarquía. Habían perdido los sultanes magrebinos todos los territorios que poseyeran en España, y los cristianos comenzaban á ocupar algunas de sus ciudades. En 1415 los portugueses tomaron á Ceuta, y algunos años después á Alcázar Segher.

Si el Gobierno de los sultanes Beni-Merines fue desastroso para Marruecos, no lo fue menos el de sus sucesores los Beni-Uatas, dinastía fundada por el Xiej Abu Abdalah el-Uatasi, y que sólo dió cuatro reyes al trono. En su tiempo ocuparon los españoles á Melilla (1497), y el Conde Pedro Navarro conquistó el Peñón de la Gomera, una de las mayores guaridas de piratas del Mediterráneo, y paseó sus armas triunfadoras por parte de la costa marroquí, mientras que los portugueses se hacían fuertes en las plazas de Tánger y Arcila. Mientras tanto, en las comarcas del Daráa vivía un sabio religioso, muy dado á la lectura del Alkoran y muy versado en la magia y ciencias naturales, que se decía descendiente de Mahoma por Abu-Taleb y Alí, el esposo de Fátima. Llamábase Mohammed el-Kaim, y comprendiendo que dado el estado de decadencia del Magreb le sería muy fácil apoderarse del trono, decidió poner en juego todos los resortes que su ilustración nada común y la oportuna explotación del fanatismo po-

dían proporcionarle. Al efecto, aleccionó convenientemente á sus hijos, que llegaron á ocupar altísimos puestos en la corte, llegando á ser uno de ellos ayo y preceptor de los Principes, hijos del penúltimo Sultán Beni Uata, adquiriendo tal influencia sobre éste, que consiguieron convencerle que les encargara la proclamación de la guerra santa contra los cristianos, que ocupaban algunas ciudades del reino. Pero la guerra religiosa fue sólo un pretexto que les sirvió para adquirir gloria y prestigio: así que en la primera ocasión conveniente se hicieron fuertes en Tarudant, y conquistaron á Marrakesh, gobernada á la sazón por Nazer Abu Xatnuf, con cierta independencia de los Emires de Fez, á quienes pagaban tan sólo un pequeño tributo.

Las predicaciones de los Sherifes Hassanies levantaron los ánimos del pueblo, que emprendió la guerra contra los cristianos, bloqueando el Peñón de Vélez, que su Gobernador D. Juan de Villalobos dejó sorprender desgraciadamente en 1522, y dos años después, los mismos hijos del Marabut Mohammed el Kaim, ya dueños de Marrakesh, sitiaron el fortín que España tenía en el puerto de Guáder ó Agadir, que también llamaban Santa Cruz de Mar Pequeña, que era gobernado por D. Bernardino de Anaya. Defendiéronse los españoles con inusitado valor, pero viendo que no recibían los socorros que pidieron á las Canarias, se rindieron, y los Sherifes arrasaron la fortaleza. Carlos V, al saberlo, ordenó que se reedificara, pero jamás se cumplió semejante mandato.

Con tan señalados triunfos, los Sherifes Hassanies aumentaron considerablemente sus partidarios, y ya bastante fuertes, se proclamaron, Ahmed-el-Aárech, Rey de Marruecos, y su hermano Mohammed ex-Xiej, Rey del Sus y del Daráa, negándose á reconocer la autoridad del Sultán Beni Uata, Abulabas, quien acudió á combatirlos, pero fue vencido miserablemente en las márgenes del río *Guadelábid*. En este sangriento combate tomó parte activa el desgraciado Boabdil, último Rey de Granada, y de este modo los Sherifes Hassanies se afir-

maron definitivamente en el trono del Magreb. Naturalmente, en gentes tan ambiciosas, no tardó en envidiar un hermano á otro los territorios que poseía, y tras una lucha cruel y larga, Mohammed ex Xiej entró en la ciudad de Marrakesh, y quedó como dueño y señor absoluto de todo el Imperio.

En las Cortes de Monzón prometió Felipe II destinar una escuadra para que defendiese las costas del Mediterráneo contra los piratas marroquíes, y cumplimentando su oferta, envió á D. García de Toledo, Virrey de Cataluña, quien recobró en 1564 la plaza del Peñón, quedando encargado de su defensa D. Alvaro de Bazán. A pesar de este y de otros reveses, los Sherifes Hassanies supieron aumentar su prestigio, que se acreció muchísimo después de la batalla de Alcazarquivir, tan desgraciada para las armas cristianas, y en la que perecieron no sólo el desgraciado Rey D. Sebastián y la flor de la nobleza portuguesa, sino el Sultán Abdelmalic el Moluc, y el pretendiente Abu Abdalah Mohammed (1). A raíz de la victoria, los árabes proclamaron por Emir á Abulâbbas Ahmed el Manzur, hermano del difunto Abdelmalic, cuyo primer acto político fue celebrar paces y amistad con Felipe II, dedicándose á extender sus dominios por la parte del Sahara, llegando hasta Timbuctu y las primeras poblaciones de Guinea, y haciendo sus tributarios á casi todos los reyezuelos del África central. El reinado de este Sultán fue sumamente notable, adquiriendo el país bajo su acertado gobierno un grado de florecimiento y bienestar, como hacía mucho tiempo que no se conocía. Precisamente en su palacio de Marrakesh recibió al Embajador de Felipe II, D. Pedro Venegas de Córdoba, que llevaba la misión de obtener la libertad de los cautivos de la batalla de Alcazarquivir, y de recoger los restos del malogra-

(1) Para más detalles, véase la descripción de la batalla de Alcazarquivir ó de los tres Reyes, que hace el Sr. D. José María de Murga, en su interesante libro, *Recuerdos marroquíes*. Bilbao, 1868.

do D. Sebastián, que el monarca español hizo depositar en el Monasterio de Belem, cerca de las tumbas de sus abuelos. Otro de los asuntos encomendados al Embajador, era tratar el cambio de Mazagán por Larache, plaza importantísima, cuyo puerto, á juicio del gran monarca español, *valía él solo toda el Africa*; pero el astuto Abulabbas ed-Dahabi, supo hábilmente prolongar durante cinco ó seis años las negociaciones entabladas con D. Pedro Venegas y Diego Marín, representantes del ilustre hijo de Carlos V, y sin alterar la amistad con España, siempre accedía á lo propuesto, sin comprometerse formalmente, ni dar motivo para romper las relaciones cordiales que mantenía con el Rey Católico.

Abulâbbas murió sin realizar los deseos de Felipe II, pero estaba escrito que Larache había de ser español. Uno de sus sucesores, el Sherif Muley ex-Xiej, hubo de pedir socorro á Felipe III, ofreciéndole en cambio la deseada ciudad, que entregó religiosamente en 1610 á D. Juan de Mendoza. Su hermano y heredero Muley Zidan, pretendió, aunque en vano, recuperarla, y excitado por los moriscos expulsados de España, llegó á concebir la atrevida idea de declarar la guerra al Rey católico, proyecto que no llegó á realizar, si bien obligó á España á mantener una activa vigilancia en las costas y mares de Marruecos. En todo este reinado las armas españolas triunfaron repetidas veces de las mahometanas. En 1614 D. Luis Fajardo realizaba aquella famosa expedición que dió por resultado la conquista de Mehdia ó Maâmóra; cinco años después D. Antonio de la Cueva defendía valientemente á Larache y bombardeaba á Arcila, tanto, que llegamos á poseer en el litoral africano las plazas de Orán, Mazalquivir, Melilla, Alhucemas, el Peñón, Ceuta, Tánger, Larache, Mehdia y Mazagán, que formaban una línea defensiva de las costas, y que necesariamente impedían las expediciones piráticas, que si no terminaron para siempre después de los terribles golpes que España les diera en tiempos de Felipe III y Felipe IV, fue por culpa de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda, que ya

oculta, ya manifiestamente favorecieron en cuanto podían á los mahometanos.

Los misioneros franciscanos españoles se habían establecido por todo el Imperio y podían practicar libremente la religión cristiana, hasta en la misma ciudad de Marrakesh. Muchos sultanes les prestaron su ayuda y habían logrado levantar numerosas iglesias y monasterios. Pero el Emir Abu Yacid el-Ualid, fanático y sanguinario, martirizó por su propia mano en la capital de sus estados al Venerable Fray Juan de Prado, haciéndole sufrir, lo mismo que á dos de sus compañeros, horribles tormentos. Una dramática conspiración motivada por sus crueldades y excesos le privó del trono, que fue ocupado por su sobrino Abu Abdalah Mohammed, que dió libertad á los prisioneros franciscanos que habían sobrevivido á la persecución, cediéndoles además á perpetuidad la antigua iglesia que poseían en la *Sagena* ó cárcel de los cautivos. Este Sultán recibió en Marrakesh una Embajada que le enviaba el Duque de Medina Sidonia, á quien, como Capitán general de Andalucía, le convenía sostener buenas relaciones con los dueños del Magreb. El franciscano Fray Nicolás de Velasco fue el enviado del prócer español, y saliendo de Cádiz, llegó á Mazagán, prosiguiendo hasta Marrakesh, donde fue recibido con la solemnidad acostumbrada en las cortes orientales. Tres años después, en 1640, Muley Abdallah le devolvía la visita por medio de otro fraile, Fray Matías de San Francisco, compañero del mártir Juan de Prado, á quien encargaba solicitase el apoyo de España, pues temía con sobrada razón que los Sherifes Filalis, que habían levantado bandera en el Sud del imperio, erigiéndose en Señores de Tafilete y venciendo al ejército del Sultán, pretendieran desposeerle del trono. Con este motivo, entabláronse relaciones muy cordiales entre ambos reinos. El Duque de Medina Sidonia, después de oír á Fray Matías, le aconsejó que volviese á Marruecos, dándole por compañero á D. Juan de Montellano, y encargándole que llevase al Emperador una carta, en la que le encarecía la conveniencia de que enviase

una Embajada al monarca español. Interesado el Sultán en seguir las negociaciones, determinó enviar á Madrid al mismo Fray Matías, con objeto de que acompañase á su pariente Hamed en-Nabili, que llevaba su representación. Apenas desembarcó en Sanlúcar, el Embajador marroquí, sobresaltado y creyéndose prisionero, se negó á proseguir el viaje, empeñándose en regresar á Marruecos, por lo que Fray Matías fue quien llegó hasta Felipe IV, desempeñando su comisión, y muriendo en Córdoba en 1644 cuando disponía su viaje de regreso. A pesar de las críticas circunstancias por que atravesaba España, nuestro soberano no descuidó del todo los asuntos de Marruecos, y dispuso enviar una nueva Embajada, compuesta de Fray Francisco de la Concepción, misionero franciscano, á quien Inocencio X nombró Prefecto apostólico de Marruecos, y á D. Miguel Escudero, para que visitasen á Muley Abdallah. La nueva expedición embarcó en Cádiz en Junio de 1646, llegando pocos días después á Ayer, en la desembocadura del Tensif, y entrando en Marrakesh el 16 de Julio siguiente, donde los embajadores fueron alojados en el propio palacio del Sultán (1).

España desplegó en esta ocasión el mayor lujo y esplendor, pues cuando salió la Embajada de la audiencia solemne encontró multitud de moros que pedían limosna, por lo que el Sr. Escudero ordenó que se les arrojasen 1.600 monedas de plata, acción que dió lugar á que en todo Marruecos se dijese que los enviados de Felipe IV habían sembrado con dineros el palacio imperial. Obtuvieron del Sultán que todos los españoles pudieran ir libremente á la capital y tratar toda clase de asuntos comerciales en sus Estados, pagando únicamente el diezmo al fisco, siendo respetados sus personas y bienes, y amenazando con graves penas á cualquiera que los molestase. La in-

(1) Véase: *Epítome del viaje que hizo á Marruecos el P. Fray Francisco de la Concepción, Consultor del Santo Oficio, Padre y definidor de la Santa Provincia de San Diego del Andalucía*, por Fray Ginés de Ocaña. — Sevilla, Simón Faxardo, 1646.

fluencia que los religiosos tuvieron durante los primeros años del reinado de Muley Abdallah comenzó á disminuir visiblemente, acabando por que fueran expulsados del Imperio, si bien en 1654 se les permitió de nuevo la entrada.

Hacia el año 1266 se había establecido en Sichilmesa, capital de los territorios de Taflete, un sabio musulmán llamado Muley Hassan-ben-Kassen, que oriundo de la Arabia, se decía descendiente de Hassan-es-Sebt, hijo de Alí y de Fatima, y, por consiguiente, de la sangre del profeta. Llevaba Muley Hassan una vida retirada dedicada al estudio y á la oración, por lo que era tenido en gran consideración y respeto hasta por los mismos Merinidas que habitaban en Sichilmesa. Sus hijos, primero, y después sus nietos, supieron explotar hábilmente la fama de santidad que dejara, y aprovechando el fanatismo de los árabes, se proclamaron señores independientes de Taflete, y poco á poco fueron extendiendo sus conquistas, llegando á apoderarse de Fez, y más adelante de casi todo el Magreb. Muley Alí Sherif, que murió en 1632, fue el verdadero fundador de esta nueva dinastía de los Sherifes Filalis, que aun hoy día reina en Marruecos, y su nieto Muley Erraxid llegó á reunir bajo su dominio todos los territorios que se encuentran entre el cabo Nun y el río Muluya, pues hasta la misma ciudad de Marrakesh, último baluarte de los Sherifes Has-sanies, se le entregó en 1668.

Los Sherifes Filalis tuvieron por capital á Fez, y Muley Ismael, uno de los sucesores de Muley Erraxid, después de someter la ciudad de Marrakesh, sublevada contra su gobierno, hizo demoler sus mejores fortalezas, reduciéndola á ciudad particular, á cuyo frente puso un simple Gobernador. También transportó todos los cautivos cristianos que en ella había á Fez y á Mequinez. Durante este reinado, España conquistó la plaza de Alhucemas (1673), que desde entonces no ha vuelto á salir de nuestro dominio; pero en cambio perdió la Maâmora y el puerto de Larache, y hubo de sostener la plaza de Ceuta, sitiada durante veintiséis años, derrotando repetidas veces las

armas de Muley Ismael. Este Sultán, célebre por su extremada crueldad, fue el que instituyó la famosa *guardia negra*, formada de negros del Sudán, á los que concedió grandes privilegios, encomendándoles la guarda y defensa de su persona. Dicho cuerpo había de ejercer más adelante una influencia decisiva en la sucesión al trono de Marruecos. Muley Ismael, que, según dicen los historiadores musulmanes, llegó á tener 8.000 mujeres en el harem de su palacio, tuvo el atrevimiento de enviar una Embajada á Francia, encargada de pedir á Luis XIV la mano de la hija que había tenido de Mlle. de Lavallière, dejando—siempre según testimonio de los mismos cronistas—900 hijos y 342 hijas. Después de ocupar el trono durante cincuenta y cinco años, el reinado más largo que registra la historia de Marruecos, murió en Mequinez, ciudad que había hermoseado mucho y designado como capital de sus Estados (1). Aunque fue excesivamente cruel y sanguinario, se portó muy bien (cosa extraña) con los misioneros franciscanos, y recibió en 1693 á Fray Diego de los Ángeles como Embajador de Carlos II, que le llevó magníficos y valiosos regalos.

Nada notable ocurrió durante muchos años en Marrakesh, excepción hecha de las continuas sublevaciones, ya en pro ya en contra de los sultanes Filelis ó de los pretendientes al trono, que ocurrían con suma frecuencia, por lo que hubo de sufrir muchos asaltos, pues aunque ya no era la capital del Imperio, transportada á Fez y á Mequinez, según donde residía la corte, siempre se la consideraba como una de las ciudades más importantes del Magreb. Se hallaba en la mayor decadencia y medio arruinada, contribuyendo mucho á aumentar su degradación y miseria el terremoto de 1755, que tantos estragos

(1) Para más detalles sobre Muley Ismael, vide: *Misión historial de Marruecos, en que se trata de los martirios, persecuciones y trabajos que han padecido los misionarios, y frutos que han cogido las Misiones, etcétera, etc.* Por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, Guardián del Real Convento de Mequinez. En Sevilla, por Francisco Garay, impresor de libros en la calle de Vizcaynos, 1708.

hiciera en Lisboa, que destruyó muchos de sus principales edificios, si bien dejó intacta la famosa y bellísima torre de la Kotubia. Reinando en Marruecos el Sultán Sidi Mohammed, volvió á adquirir cierto grado de esplendor, pues este Sherif trasladó á ella la corte, y desde allí entabló negociaciones con el Rey de España, Carlos III, que dieron por resultado que se ajustase un tratado de paz y amistad. El ilustre monarca, conociendo los verdaderos intereses de nuestra política, encomendó al Franciscano Fr. Bartolomé Girón de la Concepción para que preparase el ánimo del Sultán, á fin de celebrar un tratado de comercio con España. Comenzaron ambos soberanos á darse pruebas de simpatía y consideración, poniendo en libertad á los prisioneros que tenían en sus respectivos reinos y ordenando á sus buques de guerra y corsarios del Mediterráneo que se respetasen mutuamente. Todo esto equivalía á una suspensión de hostilidades, y demostraba el firme propósito de mantener cordiales relaciones entre ambos países, por lo que Sidi Mohammed manifestó su deseo de establecer algún comercio con la Península. Al saber esto, el Marqués de Grimaldi dió instrucciones concretas al P. Girón, encareciéndole la conveniencia de ajustar con Marruecos una larga tregua por mar y por tierra entre ambas naciones, y conseguir la cesión de terreno bastante para que España pudiera establecer una factoría en la costa del continente africano, frente á nuestras islas Canarias, anticipándose á las pretensiones de Inglaterra, que deseaba lo mismo, con objeto de tener en jaque las antiguas islas Afortunadas.

En 1765 llegó el P. Girón á Marrakesh aparentando no llevar carácter oficial alguno, y después de haberse granjeado las voluntades de los Ministros del Sultán y de los principales funcionarios de la corte, solicitó varias audiencias del soberano, en las que le manifestó los deseos de Carlos III, ponderándole lo útil y ventajoso que sería para su Imperio la celebración de un tratado de paz y comercio con España. Convenido por las razones que adujera el hábil religioso, que no

manifestó nada respecto al establecimiento frente á Canarias, se decidió Sidi Mahommed á enviar una Embajada á España, compuesta de tres altos personajes de su corte y del mencionado P. Girón, á quienes recibió el soberano español en el Real Sitio de San Ildefonso, el día 31 de Julio de 1766. Los Embajadores marroquíes fueron muy obsequiados en España, especialmente en Madrid, donde se les señaló para que habitaran el palacio del Buen Retiro, y en las ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada, que visitaron á su regreso á Africa. En las diferentes conferencias que tuvieron con el Marqués de Grimaldi, quedaron determinados los puntos capitales que debía abrazar el tratado, y con el fin de aprobarlo y ratificarlo solemnemente nombró Carlos III por su Embajador al célebre marino D. Jorge Juan, que se reunió en Cádiz con los enviados marroquíes y el P. Girón, y seguidos de numeroso personal agregado á la expedición, se embarcaron en dicho puerto el 14 de Febrero de 1767, con rumbo á Tetuán, á donde arribaron el 20 del mismo mes, siendo recibidos con singulares muestras de alegría y satisfacción. De allí emprendió el numeroso personal de la Embajada, que llevaba 200 cautivos marroquíes, á quienes el Rey Carlos III había dado libertad, y riquísimos regalos para el Sultán, el Príncipe heredero y los altos funcionarios de la corte, el difícil y azaroso viaje á Marrakesh. En todo el trayecto fueron obsequiados en extremo por los Gobernadores y kabilas por cuyos territorios pasaban, y el 9 de Marzo hacían su entrada en la capital, designándole Sidi Mohammed, por alojamiento, la hermosa huerta de Semelalia, cercana á las murallas de la ciudad.

Desde la recepción oficial, manifestó el Sultán no sólo su agrado y satisfacción en recibir á un Embajador de su gran amigo Carlos III, sino que accedía desde luego á todo lo que se le pidiese. Celebraron varias conferencias D. Jorge Juan y Abûlabbás Ahmed Ghazal, y cediendo en algunos puntos é insistiendo en otros, llegaron á firmar, el 28 de Mayo, un tratado beneficioso para ambos países y ventajoso para España,

que vino á ser la base de la prestigiosa influencia que durante largos años ejerció nuestra patria en el Magreb. Por él obtuvimos: libre comercio entre españoles y marroquíes, aun en el interior del Imperio; derecho de establecer un Cónsul general y Vicecónsules en los puertos, para que atendiesen á los intereses de sus nacionales; privilegio de pescar en las costas del litoral, y otras concesiones no menos importantes, si bien no fue posible conseguir ni el ensanche del radio de los presidios, ni los deseados territorios para establecer una factoría frente á las Canarias, cuestiones importantísimas que han seguido ocupando á la diplomacia española hasta el presente, y que son objeto de la actual expedición.

Terminados lo más satisfactoriamente posible los asuntos de la Embajada, D. Jorge Juan salió el 17 de Junio de Marrakesh, con dirección á Mogador, que acababa de ser fundada, desde donde regresó á España, dejando instalados algunos Consulados como los de Larache, Tánger y Tetuán, y trayendo á la patria varios cautivos á quienes Sidi Mohammed diera libertad, y el encargo de enviar al Sultán varios artífices y maestros en diversas artes é industrias. Cumplióse lo que pedía el Emperador, y algunos maestros carpinteros, albañiles y demás pasaron á Marruecos, donde se ocuparon en las obras que había emprendido Sidi Mohammed para embellecer su capital, y más especialmente su propio palacio de Marrakesh.

Sidi Mohammed fue un hábil político, que pretendió engrandecer su reino abriendo sus puertas á los cristianos y protegiendo el comercio, y tratando de poner su corte al nivel de las de Europa, lo que consiguió en parte, dadas las circunstancias especiales de sus Estados y de sus súbditos. Rescató de los portugueses la plaza de Mazagán, y hasta faltando al tratado que había firmado, intentó arrebatar Ceuta á los españoles, pretextando que la paz firmada en 1767 era sólo con respecto al mar, y que sin faltar á lo convenido ni interrumpir el comercio no podía consentir establecimientos cristianos en sus costas. Al conocer tan desatinada y falaz pre-

tensión, el Gobierno español declaró la guerra á Marruecos. Las fuerzas mahometanas atacaron repetidas veces las plazas de Melilla, Ceuta y el Peñón, que fueron defendidas con energía y entereza, hasta que comprendiendo el Sultán la esterilidad de sus esfuerzos, hizo nuevas proposiciones de paz, viéndose á firmar un nuevo tratado por el Conde de Florida-Blanca y el primer Ministro de Sidi Mohammed, Ben Otmann, en el que no sólo se estipulaba la paz, sino que se concedían señaladas ventajas comerciales á España con perjuicio de Inglaterra. Desde entonces el Sultán se mantuvo en buenísimas relaciones con España, favoreciéndola cuando el último sitio de Gibraltar y cediéndole el uso del puerto de Tánger con exclusión de las demás potencias, por lo que Carlos III, agradecido, decidió enviarle otra Embajada, presidida por D. Francisco de Salinas, que llegó á la ciudad de Marrakesh el 4 de Junio de 1785, seguida de 22 camellos cargados con los magníficos regalos que el Rey de España ofrecía á su amigo y aliado. Poco tiempo permaneció esta misión en la corte sherifiana, pues emprendía su viaje de regreso el 15 del mismo mes, no sin haber obtenido grandes franquicias para favorecer el comercio entre ambas naciones. Este ilustre Sultán, uno de los más notables que han reinado en el Magreb, murió en Rabat el año 1790, acabando con él el movimiento civilizador que había iniciado en sus Estados, que no tardaron en volver á sus antiguos usos y costumbres, cayendo de nuevo en el grado de barbarie en que hoy se encuentran.

Cuatro de los hijos de Sidi-Mohammed ocuparon sucesivamente el trono marroquí. Uno de ellos, Muley-Hixem, se sublevó contra su hermano primogénito, levantándose como Rey independiente de Marruecos, por lo que esta ciudad hubo de sufrir un nuevo sitio, que no pudo resistir, teniendo que rendirse al legítimo Sultán Muley-Yazid, que redujo el Magreb al estado de postración en que hoy se encuentra, destruyendo todos los adelantos que había introducido su padre y desterrando ó encerrando en las cárceles de sus ciudades á los in-

dustriales españoles que accediendo á la demanda del difunto Sultán habían pasado á Marruecos.

Desde este tiempo, la historia general del Imperio y la particular de Marrakesh son más conocidas. Muley Solimán, uno de los hijos menores de Sidi-Mohammed, consiguió reunir bajo su mando todas las provincias del Imperio y proclamarse Emir el Mumenin en 1795. Celebró un tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca con Carlos IV, que envió una Embajada al efecto, firmándose los protocolos en la ciudad de *Mequinez de los Olivares*, el 30 de Marzo de 1799. Este tratado, sumamente importante, que evidencia la previsión política del Gobierno español, nos concedía grandes ventajas, entre las que son de notar: el derecho otorgado á los españoles de viajar libremente por todo el Imperio, y las facilidades establecidas para el abastecimiento de las plazas de Ceuta, Melilla, el Peñón y Alhucemas, sin contar las de orden económico, como la disminución de los derechos de extracción que habían de pagar nuestros barcos en todos los puertos del litoral desde Tetuán hasta Mogador; la confirmación del privilegio exclusivo de entrar granos por el puerto de Casablanca, y el reconocimiento del derecho de los pescadores de Canarias para ejercer su industria desde Agadir ó Santa Cruz, hacia el Norte, ofreciendo rescatar por su cuenta las tripulaciones que naufragasen en el río Num, su cabo y costa, donde él no ejercía ya señorío (1). No supimos aprovechar las ventajas y facilidades obtenidas, y nuestro comercio con Marruecos se redujo á la nada, lo mismo que nuestra influencia política. En esta época D. Domingo Badia, General español, con el supuesto nombre de *Ali-Bey*, visitó el interior del Magreb y vivió en Marrakesh, habitando la famosa quinta de *Semelalia*, que sirvió de alojamiento á D. Jorge Juan. El viaje de Ali-Bey no

(1) Vide: *Diario de la embajada de la corte de España al Rey de Marruecos en el año de 1799*, por un individuo de la comitiva. Madrid, imprenta de Sancha, 1800.

produjo los resultados políticos que esperaba el Príncipe de la Paz, y sus astutos planes fracasaron en absoluto, teniendo que salir precipitadamente de Marruecos por haber excitado los legítimos recelos del Gobierno sheriffiano. Muley Solimán murió en 1821, en su ciudad de Marrakesh, donde está enterrado, sucediéndole su sobrino Muley Abdherraman, en cuyo reinado acreció la decadencia del Magreb, pues fue derrotado en Isli por los ejércitos franceses, viéndose obligado á ajustar una paz vergonzosa, reconociendo el dominio de Francia sobre toda la Argelia. En su tiempo comenzaron los ataques á España que habían de producir en el reinado de su hijo Sidi Mohammed Abdherraman la desastrosa guerra de 1859, en que tantos triunfos militares obtuvieron los soldados españoles, sin que por ello consiguiéramos ninguna ventaja política.

En el tratado de Wad-Ras, que puso término á aquella memorable guerra, quedó convenido que Marruecos entregaría á España los territorios junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, que deseábamos desde tiempo de Carlos III (1); pero á pesar de esto, hasta el presente no se ha podido obtener la ejecución de aquella cláusula ni la de otras muchas de aquel tratado de paz y del subsiguiente de comercio celebrado en 1862. Restablecidas las relaciones amistosas entre ambas naciones, en 1863 el Conde de Benomar visitó nuevamente la corte sheriffiana en la ciudad de Marrakesh, sin que aquella Embajada pudiese llegar á un acuerdo concreto sobre la debatida cuestión de Santa Cruz ó Agadir. A pesar de tantos triunfos militares y diplomáticos, á pesar de tantas Embajadas y conferencias, no logramos alcanzar ni la influencia ni el prestigio á que éramos acreedores por nuestra situación geográfica, nuestra historia y nuestras continuas relaciones, pudiendo temerse que la política de expectación seguida durante tantos años, pudiera ser causa, como decía el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo en sus notables *Apuntes para la historia de Marruecos*,

(1) Vide: Artículo 8.º del Tratado de Wad-Ras.

«de que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca quizás para no volver.»

No he de hablar del reinado de Muley Hassán, hijo y sucesor de Sidi Mohammed Abderramann, apuntando únicamente que tenía marcada preferencia por la ciudad de Marrakesh, donde habitó siempre que le fue posible, y donde recibió en 1883 una Embajada española que presidía el excelentísimo Sr. D. José Diosdado; ni de su famosa expedición al Sus, en que reconoció toda la costa de Santa Cruz de Mar Pequeña y llegó hasta el cabo Num, cosa que ninguno de sus antecesores había ejecutado desde los Sherifes Hassanies, demostrando su dominio sobre aquellos territorios; ni de la guerra de Melilla y la siguiente Embajada del Excmo. señor General Martínez Campos, en la que se trató también de la concesión de las famosas pesquerías de Santa Cruz, sin llegar á nada concreto, por ser asuntos demasiado recientes y conocidos de todo el mundo.

Añadiré solamente que al morir Muley Hassán en la expedición que emprendió en 1894, para sojuzgar las kabilas bereberes de los montes de Fazáz, y ser proclamado en Rabat su hijo Muley Abdulazis, que hoy rige los destinos del Magreb, con perjuicio del primogénito Muley Mohammed, conocido con el nombre del *Príncipe tuerto*, se sublevaron las tribus de Rejamna, poniendo cerco á la ciudad de Marrakesh. Apenas Muley Abdelazis fue consagrado *Emir-el-Mumenin* sobre la tumba de Muley Dris, en Fez, acudió á terminar la sublevación, que su gran Visir, ó más bien tutor, el famoso Ba-Hamed-ben-Musa supo reducir á la nada, dispersando á los valientes Rejamnis y sumiéndolos en la miseria. El joven Sultán entró triunfante en su capital de Marrakesh, llevando ante su caballo, encerrado en una jaula de hierro y cargado de cadenas, al jefe de la rebelión de los Rejamna. Su hermano el *Príncipe tuerto* había sido encerrado en una estrecha y rigurosa prisión desde el primer momento; de manera que, teniendo que dominar las provincias del Sus, aún sublevadas,

tuvo que permanecer en la ciudad de Marrakesh, donde actualmente recibe la visita de una Embajada italiana y de otra española.

Estudiando la interesante historia de esta ciudad, tan íntimamente ligada con la de Marruecos, se aumenta mi deseo de visitarla detenidamente, lo que me propongo hacer cuanto antes, ya que la enfermedad del gran Visir nos tiene en la imposibilidad de hacer nada, retrasando por ahora la audiencia pública en que seremos recibidos por S. M. Sheriffiana, acto que dará comienzos á los trabajos de la Embajada. ¡Quiera el cielo que, al menos en la cuestión de Santa Cruz de Mar Pequeña, sea esta expedición más afortunada que las anteriores!

RAFAEL MITJANA.

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

La tercera serie de los EPISODIOS NACIONALES de D. Benito Pérez Galdós.—Ojeada general.

Con el tomo titulado *Bodas reales* termina la serie tercera de los *Episodios Nacionales*, del Sr. Pérez Galdós. Al comenzar la serie, expuse las dificultades que á mi entender ofrecía la empresa de resucitar con los nuevos *Episodios*, y mantener en el curso de ellos, el interés que habían despertado las dos series anteriores, confiando, sin embargo, en que lograría vencer tales obstáculos el autor de *Fortunata y Jacinta*. Terminada ya la colección de los diez nuevos volúmenes, puede esta serie compararse con las anteriores, y se puede también apreciar en conjunto el mérito de los nuevos *Episodios*. En ellos no se observa el menor síntoma de decadencia ni de fatiga. El interés novelesco, la hábil combinación de lo histórico y lo fingido, la expresiva pintura de los personajes y los acontecimientos del período en que coloca la acción el novelista, se conservan por lo general en la nueva serie á la misma altura que en las dos anteriores. El estilo me parece más depurado y más acabados ciertos pormenores de ejecución en descripciones, diálogos y retratos de personajes de novela. En cambio, acaso hay en los primeros *Episodios* mayor aliento épico, más nervio, más energía.

Algo influirá en esto la natural evolución que con el tiempo y la práctica literaria se opera en las facultades de los escritores. Pero también se deberá en parte ese cambio al asunto, al período histórico que describen los nuevos *Episodios*, que es indudablemente menos épico que las luchas de la independencia y la contienda entre liberales y absolutistas, durante el período esencialmente constituyente que abarca el reinado de Fernando VII. Aquí, en la tercera serie, en esos doce años que median entre 1834 y 1846, todo aparece disminuido: empequeñecidos los acontecimientos; empequeñecidos los personajes; empequeñecidos también los móviles y las pasiones del drama. Los héroes de la independencia se truecan en caudillos y partidarios de bandos civiles; los nuevos luchadores políticos no muestran ya la fuerza de pasión ni el culto apasionado á un ideal de Gobierno que los *negros y blancos* del reinado anterior; la fiebre se ha calmado, dura aún, pero sin aquellos pasados delirios entusiastas, y en los hechos se refleja necesariamente el cambio operado en los hombres.

Ni Luchana ni Vergara son Zaragoza ni Bailén. Las luchas entre moderados y progresistas no despiertan igual emoción que las Cortes de Cádiz ó la persecución de los liberales en 1824.

En los nuevos *Episodios* lo histórico va cediendo el paso á lo novelesco. Son como una transición entre las dos series anteriores y las novelas contemporáneas de Galdós. Y si el famoso novelista, alentado por el buen éxito de estos diez volúmenes publicados últimamente, emprende una nueva serie de *Episodios*, que bien puede alcanzar hasta la revolución de 1868 ó hasta la guerra de Africa (si pareciese que la primera fecha daba demasiada extensión al asunto); ese carácter, esa creciente semejanza entre los *Episodios* y las novelas contemporáneas, se acentuaría más aún probablemente. Aunque no sean históricas, tienen también su sabor de época las *novelas españolas contemporáneas*, y hay entre ellas cierta sucesión de tiempos y de costumbres sociales. La acción de *La de*

Bringas se desarrolla en los últimos días del reinado de doña Isabel II. Los primeros capítulos de *Angel Guerra* están inspirados, sin duda, en la sublevación de Villacampa, es decir, en un suceso de la Regencia actual. Sin seguir un orden rigurosamente cronológico (que en ellas no tendría razón de ser), las últimas novelas de Galdós nos presentan la sociedad de los días mismos en que vivimos, después de habernos llevado las anteriores á los días del período revolucionario ó á los primeros años de la Restauración. Hay que tener en cuenta que estas novelas han sido escritas (prescindiendo de las que el autor llama novelas de la primera época) en un período de tiempo de unos veinte años próximamente, y que el autor ha solido seguir muy de cerca la actualidad.

La futura serie de los *Episodios nacionales*, serie hasta ahora hipotética, pero que yo creo que escribirá al cabo el señor Galdós después de algún lapso de tiempo, dedicado á otros trabajos literarios, vendría ya á enlazarse en cuanto al tiempo con las *novelas contemporáneas*. Y como á medida que vaya acercándose más el novelista, en el curso de su narración, á los tiempos actuales, irán perdiendo personajes y sucesos ese prestigio que da la lejanía del tiempo á los acontecimientos y á los hombres, resultará que lo privado, lo fantástico, lo inventado por el escritor, lo novelesco, en suma, tendrá más importancia en las obras á que aludo que lo público, lo tomado de la Historia. Cambiará sin duda algo el aspecto de esos futuros *Episodios* hipotéticos; pero, en cambio, su interés crecerá desde otro punto de vista, y no llegarán á confundirse con las novelas de costumbres contemporáneas, sin pretensión de descripciones históricas, que publique el autor, pues bastará para diferenciarlos de estas últimas la mayor atención que en los *Episodios* habrá de consagrarse á los sucesos públicos y á las personalidades que han alcanzado notoriedad suficiente para pasar á la historia..... á la historia contemporánea se entiende, pues hacer profecías, descontando el juicio de la posteridad, es cosa en extremo aventurada.

Basta ya de hablar de esta hipótesis, tan verosímil, de la futura serie de los *Episodios*. Volvamos á lo conocido, á la serie que acaba de terminarse con la descripción de las bodas de Doña Isabel II y de la Infanta Luisa Fernanda, asunto al cual han venido á dar cierta actualidad sucesos con que de seguro no contó el novelista al trazar el plan de los diez últimos *Episodios*.

De la mayor parte de éstos he hablado con alguna extensión en estas crónicas. Es algo tarde ya para hacer un examen detenido de los últimos tomos, y tampoco encaja ahora en mi propósito, limitado á echar una ojeada general sobre toda la serie para completar los juicios emitidos sobre algunos volúmenes en particular. Sólo diré que en *Montes de Oca* merecen especial mención las escenas de la captura y fusilamiento del paladín de la Reina Cristina y la descripción de D. José del Milagro y su familia, tipos muy semejantes en cuanto á la factura, á los que Galdós ha pintado magistralmente en varias de sus novelas modernas, como *Miau*, *Angel Guerra*, etc.; que en *Los Ayacuchos* termina con boda—el desenlace clásico de los amores felices,—la novela amorosa de Fernando Calpena y la gentil mayorazga Demetria, final que yo creía reservado para el último volumen, figurándome que con las bodas reales vendrían á coincidir estas bodas particulares, que ya hacía presentir el curso de la fábula en los tomos anteriores. En este *Episodio* que acabo de citar tiene particular interés, desde el punto de vista psicológico, la inquietud con que Fernando y su amigo Ibero, próximos ya al momento dichoso de unirse cada cual con su mujer amada, temen que algún suceso imprevisto venga á desbaratar su felicidad, cuando ya parecen tocarla con la mano.

El novelista expresa admirablemente ese sentimiento de miedo á la dicha demasiado completa, sentimiento vago, obscuro, sin explicación lógica, en el que un pesimista podría ver acaso un como reconocimiento inconsciente de que la felicidad sin nubes está fuera del orden natural de las cosas, y en

que un aficionado á profundizar en los sedimentos de la herencia psíquica podría ver, á poco que dejase correr la imaginación, una reliquia inconsciente de creencias remotas en divinidades malélicas, celosas de la dicha del hombre, y cuya atención, y con ella su enojo, temerían atraer los felices..... la historia del anillo de Polícrates.

No me detengo, por no prolongar estas referencias, en la donosa pintura de la vida de la Reina niña Isabel y de su hermana la Infantita en los días de la tutoría de Argüelles, con que comienza este volumen titulado *Los Ayacuchos*. En el siguiente—*Bodas reales*—lo que á mi juicio sobresale es la figura típica de aquella Doña Leandra que se muere en Madrid de nostalgia por su aldea manchega. Ahora que los viajes son relativamente tan frecuentes y que los facilitan tanto los ferrocarriles, difícilmente podemos formarnos idea de la confusión y el sacrificio que representaba antes para muchas almas sencillas arrancarse del pacífico y tranquilo hogar de la aldea para lanzarse al mundo desconocido de la capital, considerada como lugar peligroso para las almas, para los bolsillos y hasta para la salud de los cuerpos.

Dicho esto brevemente de los tres últimos *Episodios*, veamos ahora los rasgos más salientes que ofrece la serie entera en lo histórico y en lo novelesco.

En estos libros de carácter mixto, cuyo asunto está tomado en parte de los sucesos públicos que registra la Historia, y en parte del mundo de la fantasía donde forjan sus fábulas, con datos más ó menos reales, todas las novelas, se ofrecen al lector dos clases de acontecimientos y dos clases de personajes: acontecimientos históricos y acontecimientos particulares de invención del novelista; personajes que vivieron realmente y desempeñaron en su tiempo algún papel de importancia, merced al cual es conservada su memoria, y personajes fingidos, los cuales tienen también ó deben tener su parte de realidad, si no de realidad concreta como individuos que efectivamente hayan existido, de realidad genérica, como indivi-

duos posibles, como imagen de lo que debieron ó pudieron ser en cierta época determinada algunos individuos.

Por lo que toca á la descripción de los acontecimientos públicos, de los sucesos históricos, creo que no iguala la tercera serie de los *Episodios* á las dos anteriores. Ya he indicado antes que intrínsecamente el asunto es inferior, pero no depende sólo de esta inferioridad el que en algunos *Episodios* de los últimos sea menos viva y animada la presentación de las escenas históricas. Más bien consiste en el procedimiento, en que el autor se limita á veces á dar referencias de los sucesos ó á relatarlos, en vez de reconstruirlos directamente haciendo que asistan á ellos los personajes de la novela, como sucede en las dos primeras series, en las cuales no hay batalla, sitio famoso, conspiración ó persecución política en que no tenga su puesto, ó en que deje de asistir como actor ó testigo el protagonista ó alguno de los principales personajes novelescos.

En los *Episodios* de la tercera serie, hay, no obstante, excepciones en lo relativo á esa inferioridad que creo advertir en ellos. Las escenas de la campaña del Maestrazgo, en el tomo que lleva este título, las del sitio de Bilbao, las negociaciones preliminares del Convenio de Vergara y la sublevación de los sargentos de la Granja, en nada desmerecen de las más brillantes y dramáticas páginas de los primeros *Episodios*.

Si de los acontecimientos históricos pasamos á la acción novelesca, se observará que en la última serie hay menos unidad de acción que en las anteriores. Diríase que el autor ha ido tanteando sucesivamente varias intrigas novelescas. En realidad, hay tres acciones distintas en la serie: la primera, la del cura Fago y Saloma, novela apenas esbozada que termina en el primer volumen; la segunda, la de Fernando Calpena, que es la acción principal, la cual tiene dos fases sucesivas: una en que el interés está concentrado en la misteriosa protectora del protagonista y en los amores románticos de éste con Aura; y otra, en que la nueva y más seria pasión de Calpena por la Mayorazga de La Guardia, marca nuevo rum-

bo á la novela; la tercera es la de la familia Carrasco, acción novelesca que se desenvuelve en el último volumen, y que es independiente de las aventuras de Calpena. De estas tres novelas ó acciones novelescas diferentes de la tercera serie de los *Episodios*, la principal, la de Calpena, que ocupa ocho volúmenes (del 2.º al 9.º inclusives), es la que más se asemeja en su disposición y en su corte á las de las dos precedentes series (en particular á la de la segunda). La última novela, ó sea la de la familia del manchego D. Bruno Carrasco, es del mismo estilo que las novelas contemporáneas de Galdós. En cuanto á la acción del primer volumen de la serie, es un mero episodio dentro de los *Episodios*; un argumento, por decirlo así, abortado ó desechado, del cual no vuelve á hablarse para nada en los siguientes tomos de la colección.

Entre los personajes históricos que mejor retrata Galdós, figura en primera línea Cabrera. Vienen luego Espartero y Maroto, Mendizábal y Zumalacárregui. A otros no los retrata el novelista, pero enuncia acerca de ellos juicios muy certeros y conformes con la realidad. Sirva de ejemplo lo que dice de D. Joaquín María López y su sonora elocuencia. También al hablar de personajes de menor relieve, logra caracterizarlos con acierto, pero esto no obstante, acaso no hay en toda esta serie un retrato de tanta vida, de tanta verdad literaria (aparte de la histórica), *que esté hablando*, en suma, como el de Fernando VII, que se ve en la segunda serie de los *Episodios*.

En cambio, la colección de tipos novelescos que ha creado Galdós en los diez últimos *Episodios*, es de lo mejor que ha salido de su pluma y aventaja considerablemente á los personajes de la misma especie que intervienen en los sucesos y aventuras de las dos precedentes series, Calpena, el capellán Hillo, Pilar de Loaysa, el noble D. Beltrán, los tacaños, Zoilo Arratia, las niñas de La Guardia, la *Perita en dulce*, Doña Leandra y D. Bruno Carrasco, son figuras en las cuales la fantasía y las dotes de observación de Galdós se muestran á la

mayor altura. Estos personajes son de la familia de los que vemos en las *Novelas españolas contemporáneas*; son sus inmediatos antecesores.

Resulta, pues, que si en lo histórico valen menos acaso los últimos *Episodios*, en lo novelesco valen más. Merece continuarse la obra, que si bien ofrecerá al llegar á tiempos cercanos á nosotros la dificultad de tener que juzgar á personajes vivos ó á personas cuyo recuerdo está aún fresco y reciente, y si por otra parte irá resultando cada vez más distante del ambiente heroico de los primeros *Episodios*, más prosaica en cuanto al asunto, más conocida, tendrá en cambio una ventaja inapreciable en escritos literarios de este género: la de que el novelista, á medida que se acerque al presente, tendrá que valerse menos de fuentes escritas y relativamente lejanas, y tendrá á su disposición más datos directos, ya de fuente oral de testigos presenciales, ya de su propia experiencia y de sus propios recuerdos, sobre personas y cosas, fuente superior á todas las demás en las obras literarias. Un observador como Galdós, ¡qué historia pintoresca podría hacer de los últimos años del reinado de Doña Isabel II, del período revolucionario, de la Restauración! Quizás no conviniese ya á estos trabajos el título de *Episodios nacionales*, si no se quería presentarlos abrumados por la pesadumbre de un antecedente de treinta tomos; pero hay ahí un plan de novelas que en vez de limitarse á pintar pasiones y tipos individuales, pinten la vida social de España en la última mitad de este siglo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.— LITERATURA: Los *Caballeros teutónicos*, de Sienkiewicz.— La crítica y los críticos. = FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA: ¿Solecismo chileno? = CRÍTICA: Siluetas parisienses: Juan Jullien. — Pedro Veber. = BIOGRAFÍA: José Chamberlain. = PEDAGOGÍA: Luis Vives, pedagogo. PSICO-FÍSICA: Las vibraciones de la vitalidad humana.— El tedio en las diversas edades de la vida. = BIOLOGÍA: La vejez como efecto de las luchas celulares en los organismos animales. = IMPRESIONES Y NOTAS: El buen Robespierre.— El Vaticano y el Quirinal. — El éxito de Kipling.— Árboles tan útiles como curiosos.— Costumbres electorales norteamericanas.— Cómo debe ser un Ministro de Hacienda.

LITERATURA

LOS «CABALLEROS TEUTÓNICOS», DE SIENKIEWICZ.— Después del éxito colosal del *¿Quo vadis?* — dice Domingo Ciampoli en la excelente *Rassegna internazionale della letteratura e del arte contemporanea*, de Florencia — ha vuelto Sienkiewicz á la novela histórica con *Los Cruzados*, ó mejor *Los Crucíferos*, y mejor aún *Los Caballeros teutónicos*; este renacimiento de la novela histórica, es consecuencia natural de la literatura documentada: la erudición suministra los documentos y el arte los vivifica.

Los Caballeros teutónicos son la reconstrucción de un hermoso período caballeresco de la historia de Polonia; no se trata en esta obra de los Cruzados, sino de la orden militar y hospitalaria de los Crucíferos, llamada antiguamente de «Nuestra Señora de Monte Sión», instituída en 1119 á beneficio de

la nación alemana. Estos Caballeros, según sus estatutos, debían probar ser nobles, prometer defender á la Iglesia y la Tierra Santa, y ejercer la hospitalidad con los peregrinos de su nación. Aprobada por Enrique VI, y confirmada por una bula de Celestino III, la Orden seguía la regla de San Agustín, y sus Caballeros vestían hábito blanco con cruz negra; los primeros Caballeros fueron 24, que podían celebrar la misa con coraza y espada; los laicos se dejaban toda la barba, y debían dormir en sacos de paja. Posesionados más tarde, en número de 20.000, de la provincia de Prusia, que les dieron el Emperador Federico y el Duque Conrado de Mazovia, se extendieron después por Rusia, Livonia y Curlandia, fundando iglesias y ciudades, teniendo su casa principal en Marpurg del alto Rhin, y luego en Mariemburgo, en Prusia. Expulsados en 1520 de Prusia, se refugiaron en Franconia y se dividieron en varias provincias con Comendadores particulares sujetos al Gran Maestre de Mariendal. La sangrienta lucha entre las fuerzas de uno de los más potentes Estados de Europa, y esta Sociedad eclesiástica, cuya cooperación contra los prusianos tan nociva fue á Polonia, terminó como todos saben, y la novela de Sienkiewicz revela la obra nefasta de esta Orden de Caballería.

He aquí la trama de *Los Caballeros teutónicos*: El noble caballero Matzko, con su sobrino Zbishko, estaba en la posada del «Búfalo salvaje», en Tenetz, contando sus aventuras en las guerras lituanias con Vitoldo, cuando la Princesa Ana Danuta entra sonriente en la habitación, acompañada de lucido séquito, y después de dar órdenes al posadero, y de preguntar á Matzko por su hermano Vitoldo, ruega á la encantadora joven Danusia que les cante una romanza. Danusia era hija de Jurando de Spichof, y habiendo perdido á su madre, muerta de espanto por la irrupción de los teutónicos en sus tierras, había sido adoptada por hija por la Princesa, mientras su padre juraba odio mortal á la Orden de los Crucíferos. Danusia cantó con tal dulzura, que Zbishko se sintió profun-

damente conmovido, y como al estar cantando Danusia se tambaleó en el banco en que se había subido, Zbishko la recogió en sus brazos, exclamando entonces la Princesa: «¡He ahí el caballero de Danusia!» Zbishko, en efecto, se arrodilló ante la hermosa joven, la eligió por señora de su corazón, y juró serle fiel toda su vida, y arrancar, para vengar á su madre, las plumas del yelmo á tres Caballeros teutónicos.

Al día siguiente, cuando la comitiva se dirigía á Cracovia para asistir á las fiestas del nacimiento del Príncipe heredero, aparece á lo lejos en un alto la silueta de un caballero, y Zbishko corre hacia él, creyendo que es un teutónico que Dios le envía para cumplir su promesa; al verle desarmado, le abandona y se dirige á otro de reluciente armadura y emplumado yelmo; pero el vigoroso Povala de Tacef le rompe la lanza y le advierte que ha incurrido en pena capital por haber asaltado á Lichtenstein, enviado del Rey; le deja sin embargo en libertad, mediante la palabra de presentarse en juicio. Denunciada la falta cometida, la indignación fue grande, y Zbishko fue condenado á muerte, sin que lograran el perdón todas las gestiones de la Princesa, de Povala y de su tío Matzko, ni los diez y ocho años del desgraciado joven. Preparado el patíbulo y dispuesta la ejecución, Povala, del brazo con Danusia, gritó: «¡Esperad!» Y la hermosa joven, vestida de blanco, cubre con su cándido velo la cabeza del condenado, exclamando: «¡Es mío, es mío!» — «¡Es suyo, es suyo!» grita la multitud. y Zbishko se libra así de la muerte, y promete casarse con la gentil Danusia ante el mismo magistrado que había pronunciado su sentencia.

No contaban los novios, sin embargo, con un obstáculo, la negativa del gigantesco Yugando, padre de Danusia, que: sin decir la causa, se opone al matrimonio. Disgustados, pero no desesperados, los novios se separan, yendo Danusia con la Princesa á Tzechanof, y regresando Zbishko con su tío, herido por los crucíferos cuando fue á pedir gracia para su sobrino al Maestre de la Orden. En el camino encontraron á un an-

tiguo amigo, Zich, y poco después á su hermosa hija Yaguenka, que venía persiguiendo un búfalo, al que mató Zbishko; aquel encuentro fue seguido de otros muchos, y Zbishko contó á Yaguenka todo lo sucedido; Yaguenka respetó el juramento del joven, pero le amaba como le amaban su padre y el abate Yasko, y rechazó las pretensiones de Bgiosof y Chtan, á quien Zbishko tuvo que romper las costillas, partiendo después para Mazovia á ver á su novia y á buscar á los teutónicos para arrancarles las plumas prometidas del yelmo.

La buena Yaguenka hizo que le acompañara el escudero Glava, hombre fuerte y fiel, á quien al pronto Zbishko acogió con desagrado, pero con quien no tardó en trabar amistosa conversación. Llegado al punto en que se hallaba Danusia, tuvo la satisfacción de saber que le había permanecido fiel; salvado por Glava de la acometida de un búfalo en una cacería, quedó, sin embargo, con una costilla rota, que le obligó á quedarse en cama durante su curación; en tanto, el caballero teutónico Fursi lleva la noticia de haber sido acometido por Yurando, que había matado á uno de sus compañeros, hecho prisionero á otro y puéstole en fuga á él; habiéndose negado el Príncipe Yanush á ordenar la libertad del prisionero y á castigar á Yurando, como exigían los teutónicos, éstos traman el rapto de Danusia para obligar á su padre á someterse, y al efecto, falsificando cartas y sellos, se presentan á la Princesa Ana, y le dan cuenta de que, habiéndose quemado el castillo de Spichof, Yurando había recibido en el rostro un tizón que amenazaba dejarle ciego, y deseaba ver por última vez á su hija Danusia; la Princesa accede á la súplica, pero antes de enviar á Danusia, separándola de su prometido Zbishko, enfermo todavía, hace desposar á los dos jóvenes, salvo la obtención del concurso paterno.

Restablecido Zbishko, parte con Glava y su séquito para Tzeghanof en medio de torbellinos de nieve, y, al llegar se presenta un hombre anunciando que una tormenta de nieve había sepultado en el camino á Yurando y á su comitiva;

Zbishko acude al punto, logra salvar á Yurando, y entonces saben uno y otro que han sido víctimas de un engaño, y que Danusia ha sido robada por los teutónicos para rescatar al prisionero Bregof. Llegados á Spichof, se presentan una monja y un peregrino, y, en nombre del señor de Chitna, exigen la libertad de Bregof y de sus siervos, y la presentación de Yurando á los hermanos de la Orden, si quiere recobrar á su hija. Yurando da libertad á los prisioneros, se confiesa, hace testamento, reconoce como hijo y heredero á Zbishko, le ruega que no se inquiete por Danusia y parte secretamente para Chitna, sin más confianza que en Dios. Al divisar el castillo tocó el cuerno y dió su nombre, y tuvo que estar esperando horas y horas enmedio del viento, de la nieve y del hambre, sufriendo los insultos de la soldadesca que coronaba las almenas; ya desesperaba al llegar la noche, cuando, al fin, aparecieron seis guerreros, que, en nombre del Comendador provincial, le hicieron bajar del caballo, entregar las armas y esperar, vestido con un saco y con la cuerda al cuello, á que se abrieran las puertas del castillo; Yurando pide á Dios resignación y se somete á todo, entrando, al rayar el alba, en Chitna.

Conducido ante el Comendador Danfeld, Yurando aguantó con paciencia los insultos de nobles y bufones; pero cuando Danfeld mandó traer más tarde á su hija, y se encontró con que no era Danusia, su cólera reventó en terrible crisis, matando de un puñetazo á Danfeld y dejando tendidos nueve cadáveres en la estancia con una espada que cogió de una panoplia; estos tremendos esfuerzos fueron, sin embargo, inútiles, y, acosado como una fiera, tuvo que entregarse. El nuevo Comendador, Sigfrido, para disculpar su felonía, despachó un emisario al gran Maestro de la Orden y otro al Príncipe Yanush, culpando á Yurando de todo lo ocurrido; Roger, el enviado á Yanush, acusó á Yurando ante la corte, reclamando en compensación el castillo de Spichof; Zbishko recogió el guante y lo mató en duelo, como Glava mató á su escudero, y el Comen-

dador Sigfrido, en venganza, quemó los ojos á Yurando y le cortó la mano y la lengua; pero cuando iba á saciar en Danusia su furor, el mismo verdugo, que había jurado defender á las mujeres, le salió al encuentro en la torre y lo mató de un puñetazo.

En tanto, Zbishko había marchado á Spichof y enviado á Glava á su tío Matzko para contarle todo lo ocurrido, y á Zanderus á recorrer todos los castillos en busca de Danusia; Matzko y Yaguenka, cuyo padre había muerto, se conmovieron al saber lo acontecido, y poniéndose en camino, se encontraron, tras varias peripecias, con el gigantesco Yurando, ciego, manco y mudo, irreconocible, y lo condujeron á su castillo; con él se quedó Yaguenka, y Matzko marchó á Chitna, donde supo todo lo sucedido. Alistado después en las filas de Vitoldo, donde ya estaba Zbishko, y cuando se disponían á sitiar una fortaleza, tropezaron con una compañía de un centenar de teutónicos; la lucha fue terrible, y gran parte de los teutónicos quedaron muertos, y otros prisioneros; entre éstos se hallaba Zanderus, que dijo que Danusia y Sigfrido estaban entre los fugitivos; inmediatamente dieron una batida por el contorno, y, al fin, en una cabaña encontraron al Comendador con algunos de los suyos, y le hicieron, tras breve lucha, prisionero; á los gritos de Zbishko llamando á Danusia, apareció ésta temblorosa sin acertar á decir, al desasirse de los brazos de Zbishko, más palabras que «¡Tengo miedo, tengo miedo!» La monja que la acompañaba escapó.

Ni súplicas ni caricias consiguieron calmar á Danusia, que deliraba; Glava partió con el prisionero Sigfrido para Spichof, y allí el desgraciado Yurando, en lugar de castigar la crueldad de Sigfrido como merecía, le puso en libertad y le hizo acompañar hasta los límites de sus posesiones por un siervo; Sigfrido, acometido por los remordimientos, se ahorcó de un árbol. Entre tanto, Zbishko, Matzko y Danusia, que se habían quedado en la cabaña, se vieron cercados por una tropa de teutónicos, avisada por la monja, y tuvieron que rendirse; Matzko

quedó en rehenes por el rescate, y Zbishko partió para Spichof con la desgraciada Danusia, que espiró en el camino.

Calmado el dolor que le produjo tan sensible pérdida, Zbishko, después de múltiples incidentes, y muerto su padre como un santo en brazos de la tierna Yaguenka, y rescatado su tío, regresó al fin de la guerra de Vitoldo con dos costillas rotas, pero con rico botín y cargado de penachos de yelmos teutónicos, que esparció sobre la tumba de Danusia. Recobrada la salud merced á los cuidados de Yaguenka, el amor renació en su pecho, y su tío Matzko, al ver tan unidos á los dos jóvenes, exclamó, dirigiéndose á un girasol: «Tú tienes muchos pétalos; pero mis sobrinos serán todavía más numerosos.»

Esta novela le parece á Ciampolo preferible á *Hierro y fuego*, *Pan Volodiyovski* y *Diluvio*. Hay escenas hermosísimas: la peregrinación del ciego Yurando, abandonado en el campo, recuerda al rey Lear, como la feroz angustia del viejo Sigfrido ante el cadáver de su hijo Roger recuerda á Guerrazzi y á Cantú; la suave Danusia y el valiente Zbishko traen á la memoria á Bice y á Ottorino, y todo el libro se hace tan simpático como *Ivanhoe* ó *Los novios*. Lo sensible es que, con todas sus bellezas, los malos traductores lo destrocen, como han hecho con *¿Quo vadis?* Ciertamente es que la armazón del trabajo es robusta y puede resistir las acometidas de los atrevidos; pero ya es tiempo de que cesen las profanaciones.

*
* *

LA CRÍTICA Y LOS CRÍTICOS.—Con razón la Crusca—dice Augusto Novelli—llama ciencia á la crítica; pero desgraciadamente es una ciencia que no necesita títulos ni diplomas para ser ejercida, y todos invaden su campo metiéndose á críticos. Tomad el hombre más desconocido y procurad que logre hacer estampar una columna de tonterías contra la obra más en boga; esta publicación le dará más nombradía que diez años de trabajo serio; el público cree, como en el Evangelio, en los

juicios dados por la prensa á la estampa, y así se forman y se deshacen las reputaciones.

Hemos perdido el sentido justo, no sólo de las cosas sino de las palabras; y así como un magistrado es para nosotros «el que condena», un crítico es «el que dice mal de una obra.» La demostración de esta especie de aforismo la da el número extraordinario de los críticos. ¿Por qué son tantos? Porque decir mal de algo es la cosa más fácil de este mundo. Cuando por la mañana el llamado crítico se levanta, no piensa en pescar el hecho artístico que le permita hacer un elogio. ¡Dios le libre de ello! Sería un disparate, y arriesgaría, obrando así, su fama de juicioso y agudo. Lo que le preocupa es tropezar con algo digno de ser censurado, y sólo cuando lo pesca le veréis ir á la mesa, seguro de comer con apetito.

¡Qué diferencia de esto que ocurre en Italia—crea Novelli que en España sucede exactamente lo mismo, y que todo lo que dice de su país es perfectamente aplicable al nuestro—á lo que pasa en el extranjero! Mientras nosotros estamos invadidos por la manía de la demolición, fuera se ve como una cadena para sostenerlo todo, para alentar y ayudar á todos. ¿Tenéis que decir cosas desagradables de algún artista? Cincuenta periódicos os ofrecerán sus columnas; pero si se os ocurre decir alguna cosa buena, no hay modo de lograrlo: el administrador del rotativo encontrará mil objeciones, y acabará por decir: «¡Qué quiere usted! Su artículo tiene aire de reclamo, y nosotros somos formales; tenemos un contrato; entiéndase usted con los señores Haasenstein y Vogler.....»

El crítico, aunque sea tan inexperto como un principiante automobilista, «no mata á nadie» como suele decirse. ¡Y mueren tantas hermosas inteligencias, destruídas por la opinión del primer imbécil que tiene ese antojo! Si los herederos corriesen al juzgado, el buen juez les preguntaría:—«¿Era acaso el difunto un tripero ó un fabricante de tapones?»—«No, era un artista.» Y el hombre togado, mostrando el libro de la ley, haría ver que cualquiera puede hablar mal hasta de la *Divina*

Comedia. Con un país tan antipatriótico como el nuestro, lleno de sentimientos regionalistas, no es extraño lo que sucede al ver el arma terrible de la crítica en manos de cuantos sólo necesitan inclinarse para recogerla.

Fijándonos especialmente en la crítica dramática, es preciso ser autor para tener una idea del putiferio que se levanta ante cualquiera de nuestras producciones. El crítico, en general, se guarda mucho de tener en cuenta el juicio del público, entendiéndolo que para mantener su crédito necesita ir contra la corriente. En una de nuestras más importantes ciudades, y donde se dice que la crítica tiene mayor valor, se estrenó hace poco un drama. A la mañana siguiente escribía el crítico de uno de los dos principales periódicos: «El autor no ha querido otra cosa, según parece, que forzar la atención y la emoción del público; en dramas semejantes, cuando uno *no se llama* Strindlerg ó Meterlinck, sino..... la prudencia enseña que es peligroso insistir demasiado sobre una nota.» Como se ve, la culpa de aquel desgraciado consistía en que *no se llamaba* como el crítico hubiera querido; pero el crítico del otro periódico decía al mismo tiempo: «Hubo momentos en los cuales el nombre de Strindlerg corría por la sala; y en verdad que parecía se asistía á las escenas del gran.....» ¿Puede llamarse verdadera crítica dramática á semejante babilonia? Si se dice que nuestro teatro es pobre, ¿por qué no se añade que la crítica es mil veces más pobre que el teatro?

Lo justo y lo equitativo sería que, antes de coger la pluma para juzgar nuestras producciones dramáticas, el crítico se preguntase: «¿Qué hemos hecho nosotros para formar nuestro teatro? ¿Hemos acaso señalado alguna dirección? No. ¿Nos hemos puesto de acuerdo sobre el valor de los términos bueno y bello? No. ¿Hemos trazado algún sendero, fijado alguna moral? No. En el campo de la crítica todo es confusión, y sólo estamos de acuerdo en una cosa, en destruir.»

Para gran número de directores de periódicos, el crítico dramático nada significa; y cuando alguno de los grandes dia-

rios quiere aparentar que lo tiene en algo, el sueldo que le señala es tan irrisorio que basta para destruir todas las buenas intenciones. ¡Palabra de honor si no se paga mejor al que manda todas las noches un telegrama de 15 palabras! Eso sin contar con que la gran mayoría de los críticos son los que hacen la crítica por el pase gratuito y la butaca. Confiado el sacerdocio á tales manos, ¿cómo es posible pretender que prospere una religión?

¿Quién toma en serio en Italia la crítica dramática? Los directores de los periódicos más importantes han pensado en confiar á personas verdaderamente competentes la sección de las charadas y los rompecabezas; pero ¡el teatro!... El teatro lo pueden criticar todos. El director del diario no se cuida de averiguar si la persona á quien confía semejante papel lo sabe desempeñar. «Fulano *hará* el teatro», dice, y basta. Es como si yo dijera al primer amigo con quien tropezara: «Tú me estudiarás... la cuestión de la escuadra.» Y si siquiera el crítico así improvisado fuera fijo, cabría esperar que llegara á dominar la materia y á formarse; pero no. ¿Hay un palco ó una butaca á disposición de la redacción? Pues la crítica la hará... aquel á quien toque en turno disfrutarlo. Así no es raro el caso de que un mismo periódico hable un día bien y otro mal de la misma obra.

Reducida la crítica dramática á una simple información, el artículo hay que hacerlo en el acto, y no pocas veces ocurre que el crítico abandona el teatro á la mitad de la función para ir haciendo su trabajo, dejando á un amigo el encargo de darle noticias de lo demás para completar su crónica. Antiguamente había personas que sentían la necesidad de hablar con conciencia, y á quienes una sola audición no bastaba para razonar seriamente sus opiniones, como si en arte fueran admisibles los consejos de guerra. El apéndice dramático ó el folletín semanal respondía perfectamente á esta excelente costumbre; con tal método nadie destruye espectáculos que cuestan mucho dinero y trabajo, y se deja al autor el derecho de hacer

alguna enmienda. En Italia esto no es posible: hay que nacer perfectos ó morir. Pensar tres ó cuatro días para escribir un artículo es demasiada fatiga; y además, para recordar bien la nueva comedia había que volver al teatro por segunda vez, y esto, para un crítico formal, sería humillante. El crítico de valía debe coger las ideas al vuelo, y lo más que se le puede pedir es que telefonee para preguntar por algún pasaje preciso del drama. Obrando así se cree imitar á los franceses, olvidando que los críticos parisienses asisten á los ensayos de las obras nuevas semanas enteras, y no contentos con esto, se hacen enviar la copia de la obra, la estudian, interrogan al autor y hablan con los actores; de modo que cuando llega el estreno, tienen casi todo el camino andado para hacer una buena crítica.

Muchos de los principales periódicos han confiado últimamente la sección de teatros á algunos autores dramáticos, creyendo hacer así una buena cosa, sin ver que ponían en manos de un interesado un arma terrible. Aparte de la honradez que, enfrente del interés, es virtud muy problemática, el autor que logra obtener la espada del crítico, no sólo consigue fácilmente las caricias de los compañeros que tienen que pasar por las horcas caudinas de sus juicios, sino que encuentra buena acogida en todas las compañías. ¡Cuántos actores no se prestan á incluir en su repertorio horribles abortos, sólo para congraciarse con el crítico-autor! Mientras la crítica en general y la crítica dramática muy especialmente no se eleve por encima de estas miserias y sea lo que debe ser, todos los suspiros, todas las quejas y todas las nobles aspiraciones serán de todo punto estériles.

FILOLOGIA Y LINGÜISTICA

¿SOLECISMO CHILENO?—Con motivo de haber aparecido en el libro *Voces usadas en Chile*, de D. Anibal Echevarría y Re-

yes, una definición de la palabra *cantina*, diciendo que es «puesto en que se vende licores» y de haber criticado un tal Mario, en *El Porvenir*, tal expresión como un solecismo no autorizado por ningún gramático ni por ningún hablante correcto, el Sr. Echevarría, declarando desde luego que aquella frase es una errata, consagra al estudio de tales giros un erudito artículo en la *Revista de Chile*.

Hay dos criterios para resolver las cuestiones lingüísticas: uno, el más cómodo, es el de apegarse á los preceptos gramaticales, y otro, el de discurrir con independencia. Hay que distinguir, por otra parte—como dice Gabriel René Moreno—entre *mero uso y buen uso*; el mero uso es la forma que toma una lengua en boca de las gentes por instinto natural é imitación irreflexiva; el buen uso es el de la gente educada, que nunca puede emanciparse por completo del uso popular. «Uno de los puntos—dice René—en que es árbitro supremo el *mero uso*, es en cuanto á atribuir calidad de nobleza, familiaridad ó bajeza á los vocablos. ¿Por qué *pelo* es voz familiar y *cabello* voz noble? ¿Qué razón hay para que *oreja*, término intachable en el siglo XVI, no haya de emplearse hoy en poesía seria sin lastimar el *oído* de los oyentes? Caprichos todo y veleidades del uso.»

Una lengua viva—dice Littré—que pertenece á un gran pueblo y que corresponde á un grado subido de desenvolvimiento social, presenta tres términos: 1.º El *uso contemporáneo* propio de cada período sucesivo; 2.º *arcaismo*, que un tiempo fue uso contemporáneo y que ofrece la explicación de lo que apareció después; 3.º el *neologismo* que, mal conducido, altera, y bien conducido, *desenvuelve* la lengua, y el cual, andando el tiempo, llegará á ser arcaismo á su vez y se considerará como una fase de la historia del idioma.

En la expresión «se vende licores»—dice Echevarría—no hay un solecismo, sino un desarrollo ulterior de la sintaxis castellana, sólo contenido por el incesante esfuerzo de los más distinguidos gramáticos. ¿Quién no ha escuchado ó leído frases

como estas: «*Se arrienda altos para oficina,*» «*se necesita trabajadores,*» «*se recibe pensionistas,*» «*se hierra caballos,*» «no se oía más que lamentos?» etc. Sería muy fácil formar un grueso volumen si se acopiara el número de construcciones semejantes que figuran en trabajos de prensa, literarios y oficiales de toda especie.

Y no se crea que este uso es exclusivamente chileno, pues se encuentra en la voz *confitería* del moderno *Diccionario enciclopédico* de Montaner y Simón; la usó Ventura de la Vega en la escena segunda de su comedia *Las Capas*, y Mesonero Romanos la empleó en *Una visita á San Bernardino*. D. Eugenio de Ochoa dice en su traducción de *Nuestra Señora de París*: «cuando *se contempla* estas dos Biblias»; Balmes dice en la nota 1.^a, pág. 244, tomo IV, de sus *Obras completas*: «*supondrase* flacos fundamentos á las más hidalgas resoluciones;» y Jovellanos dice: «*agregase* á esto los insultos de los extraños». Y siendo esto así, ¿puede condenarse con dogmatismo inflexible semejante construcción?

Apoya Mario su crítica, en que *licores* en «se vende licores» es sujeto, por ser pasiva la oración; pero esto es un círculo vicioso y un error: *licores* no es sujeto en esa oración, como no lo es en «Pedro vende licores.» ¿Qué es más lógico? ¿Suponer que una cosa se vende á sí misma, ó que *alguien* ó *algunos* la venden? Las oraciones «*se duerme, se canta, se baila,*—dice Saavedra en su *Censura de la Gramática castellana de don Andrés Bello*—llamadas por Bello *construcciones irregulares cuasi reflejas*, no son *irregulares* ni tienen nada de *reflejas* porque el *se* que llevan no es el objeto ó término directo de la acción del verbo, pues no quiere decir que uno se baile ó se cante á sí mismo. Según el Sr. Saavedra, hay que reconocer que esas proposiciones son *inversas*, que en ellas el *se*, estimado como complemento acusativo, representa persona distinta del sujeto, y que hay necesidad de que *alguien* ejecute la acción significada por el verbo. Pero ese *alguien*, ¿no estaría representado por el mismo *se*? Si no es así, ¿qué oficio desempeña *se* en esas fra-

ses? Ninguno ó mero signo de pasivo, como dice D. Mariano Catalina.

Si, según la Real Academia, es lo mismo *aseguran* que *se asegura*, ¿por qué ha de ser reprehensible decir «se asegura muchas cosas», en lugar de «aseguran muchas cosas»? ¿Por qué á la mera inflexión plural de un verbo ha de concederse el privilegio de significar uno ó muchos agentes y regir complemento directo, y ha de negarse esa prerrogativa á la inflexión singular cuando va acompañada del pronombre *se*? Y si en la frase «¿qué dirán?», citada por la Academia, el vocablo *qué* es complemento directo, ¿por qué no lo será en la frase «¿qué se dirá?», que la misma Corporación considera equivalente á la primera? El Sr. Salleras afirma que en estos ejemplos el verbo es verdaderamente activo, siendo sujeto el pronombre *se*, igual al *on* de los franceses.

Por todo lo expuesto—concluye el Sr. Echevarría,—¿no podría sostenerse que cuando la construcción verbal formada por *se* es indeterminada en cuanto al agente, se considere al *se* como sujeto, se use el verbo en singular para remover todo peligro de ambigüedad, y se tengan como complemento directo la palabra ó palabras por él regidas? Y en ese caso, ¿no resultaría que la construcción «se vende licores», que cuenta en su abono el uso de escritores de valía, y que se emplea constantemente en España y en todos los países hispanoamericanos, no es solecismo tan notorio como se cree, sino que manifiesta más bien el desarrollo ulterior de la sintaxis castellana? (1).

(1) Esto último es *posible*, pues tratándose de lo futuro, todas las profecías pueden realizarse. Pero, por lo demás, tenga la seguridad el señor Echevarría de que los giros del tipo «*se vende licores*» no son admisibles en buen castellano ni se emplean en España, como supone. Los rarísimos ejemplos que puedan citarse, como los apuntados de Balmes y Mesonero Romanos, son explicables por un descuido de redacción, error de copia ó simple errata de imprenta (¿no es debida á esta última causa la misma frase que ha ocasionado la polémica?); pero ni obedecen á la sugestión del

CRITICA

SILUETAS PARISIENSES: JUAN JULLIEN.—Alejandro Dumas (hijo)—dice en la *Revue Bleue* Zadig—perpetraba sus solemnes predicaciones rodeado por una trahilla de críticos ávidos de admirarle; el burgués Pailleron daba de comer, haciendo *calembours* y escribiendo tonterías; la casa Sardou estaba en plena prosperidad, y Meilhac y Halevy derramaban su graciosa sonrisa cuando Juan Jullien se esforzó en ser un artista y un creador, alcanzada ya, en plena juventud, la madurez de su talento.

Juan Jullien cometía el crimen de querer renovar toda la dramática, probando con argumentos perentorios lo indispen-

uso corriente, ni menos son producto deliberado de una convicción gramatical. En cuanto á lo usual de tales locuciones en Chile y otras comarcas de la América española, el hecho tiene fácil explicación por lo heterogéneo de la procedencia de la población en aquellas Repúblicas.

El vocablo *se* tiene, en efecto, en España, desde los orígenes mismos del idioma, un doble valor: el *reflexivo* (*se arrepiente, se enmienda*), con su derivado el *recíproco* (*se pegan, se aman*) y el impersonal (*se dice ó dicen, se cuenta ó cuentan*). Este último valor del *se* asimila este vocablo al *on* francés (*on dit*) y al *man* alemán (*man sagt*), términos que, no siendo otra cosa que una forma pronominal indefinida de la palabra *hombre* (*on = homme, como man = mann*), exigen la concordancia del verbo de que son y no pueden ser más que sujetos (*on* viene del nominativo *homo*, como *homme* es procedente del acusativo *hominem*) en singular, sin que jamás se halle con *on* ó *man* ningún verbo en plural. Los emigrados franceses y alemanes, que son muchos, y los americanos españoles que están acostumbrados á la lectura de las obras alemanas y francesas, que son muchísimos, se han dejado influir por los giros extranjeros, y los unos inconscientemente, y los otros razonando su modo de decir, á semejanza de lo que indica el Sr. Echevarría, se han limitado á traducir literalmente *on achète des livres, on vend des liqueurs* por «*se compra libros, se vende licóres*». Pero estos giros, por muy bien que puedan razonarse en filosofía gramatical, no son ni han sido nunca castizos ni correctos, y constituyen, hoy por hoy, un verdadero solecismo.

sable de tal renovación, y el crimen, más grande todavía, de demostrar con sus obras que era capaz, como nadie, de fortificar el precepto con el ejemplo. El éxito de su labor dramática concitó contra él todos los odios y todos los celos de los comerciantes inquietos por sus ingresos, de los fabricantes de insanos *vaudevilles*, de los mercachifles de sociedades teatrales, de los lacayos de académicos, de todos los imbéciles, y hasta de cierto número de personas imparciales é inteligentes.

¿Qué pretendía Juan Jullien? Tenía un concepto del teatro, y aspiraba á imponerlo teórica y prácticamente; quería, sencillamente, *el teatro serio*. «El teatro serio—decía—es una imagen viva de la vida; una pieza teatral es una raja de vida puesta en la escena con arte; en la elección del asunto y de los caracteres, en la solidez del armazón, está el arte del autor dramático.» Con esto quería realizar una especie de reforma interior del arte dramático, librando al teatro de esos procedimientos que permiten á cualquier sinvergüenza fabricar una comedia ó drama con arreglo á ciertas habilidades, que constituyen, según ellos, el arte teatral. «Que el teatro sea ejemplo ó sea sátira—decía,—poco nos importa; que derive de la observación directa ó que sea indirectamente su síntesis, es cuestión de gusto; lo que hace falta es salir de los amantes tiernos y de los maridos engañados, y orientarle hacia las cuestiones generales, humanas y sociales.»

Preciso es, en efecto, que todo el teatro y toda la literatura tome esa orientación; pero del teatro que no era nada, y del que Juan Jullien quiere hacer todo, lícito es afirmar que no puede ser y no es sino muy poca cosa, siendo un error creer que la más perfecta forma literaria sea la forma teatral, y otro error también—error generoso y nobilísimo— el desear esa orientación del teatro hacia las cuestiones humanas y sociales, estimando que el teatro es capaz de ejercer en la multitud acción educadora. Desgraciadamente la experiencia demuestra que el teatro es tan impotente para el bien como omnipotente para el mal. El magnífico esfuerzo de Juan Jullien,

no tiene otro valor que el vigor disciplinado que ha revelado en su autor el carácter mismo de Juan Jullien, pues su ejemplo, más que todas las doctrinas, es el que tiene verdadera eficacia social, al reobrar con empeño contra el universal relajamiento del teatro.

Grandes, sin embargo, son los resultados, porque las obras teatrales de Juan Jullien son bellas, y después de diez años de lucha, viven, triunfan y duran, siendo secundario si corresponden al realismo vulgar ó al poético, y si constituyen un esfuerzo para librar al teatro de ciertos procedimientos y si contienen una lección moral. Triunfa y queda *Le Maître*, cuadro vivo de la vida rural, y triunfa y queda *La Mer*, drama prodigioso, hecho todo de sinceridad, sencillez y vigor, una de las obras más hermosas de estos últimos tiempos.

*
* *

PEDRO WEBER.—Quiero decir sin preámbulos—dice Zadig—que Pedro Veber tiene mucho talento, y que era preciso que lo tuviera grandísimo para que haya podido conservarlo, y aun aumentarlo, á despecho de las circunstancias en que se ha encontrado.

No tuvo en verdad fortuna en sus comienzos. Enamorado de la ironía fina y matizada, y de cierta observación superficial, pero agradablemente burlona, cayó de lleno en el grupo de los autores alegres, donde estaba fuera de lugar. Escribió mucho tiempo con ellos, y cuando al fin los abandonó, todavía tenía talento, prueba palmaria de lo ricamente dotado de su inteligencia.

Pedro Veber escribía novelas y piezas de teatro, que es lo que hacen hoy todos los escritores, como resultado de la evolución industrial de la literatura. También colaboró, y perseguido por su mala sombra, después de haber trabajado con los autores alegres, colaboró con Luciano Mühlfeld, un escritor de unos cincuenta años que parece haber fabricado una novela con

raspaduras de *Mensonges* y detritus de *Bel Ami*, con gran deseo de triunfar, pero cuya fabricación, á pesar de un nuevo y bastante ingenioso sistema de publicidad, no ha encontrado mercados; Veber compuso con Mülfehld ó Mhülfeld, *Dix années après*, piececilla insignificante, que fue naturalmente representada en el Odeón. ¡Lástima de colaboración con ese Mühl..., Müll..., Mülh... (decididamente no se sabe como escribir ese nombre!)

Y, sin embargo, la personalidad literaria de Veber está formada; no es muy poderosa ni muy original, pero es graciosa y seductora, y la gracia y el encanto es precisamente lo que más falta á nuestra pobre literatura. Veber tiene el gran mérito de ser un observador sin énfasis ni pretensiones; no frunce las cejas para ver mejor, y sabe ser psicólogo sin aburrir á nadie. Sobresale principalmente en mirar, vivir y hacer vivir á la mujer delicadamente enamorada, y ha creado esa adorable condesita de *Aventure*, ha encontrado y bosquejado á la linda Dolly, modelo ingenuamente tierno, y ha producido á Lisa Merat, una verdadera creación de la más irreal realidad.

Pedro Veber observa igualmente los ambientes, pone en sus novelas toda la generalización que conviene, y da todas las lecciones morales que hacen falta. Estudia á los *snobs* y demuestra, divirtiéndonos en grande,—lo que no hubiera hecho un psicólogo—que el *snob* es *el burgués gentil-hombre* de la estética. Veber representa el fenómeno de un escritor que tiene talento, sin cansarse de tenerlo ni cansar á nadie de que lo tenga.

BIOGRAFIA

JOSÉ CHAMBERLAIN.—José Chamberlain—dice Carlos Paladini en la *Nuova Antologia*—ha cumplido el 8 de Julio último sesenta y cuatro años, habiendo nacido en Londres, y estu-

diado con irregularidad la segunda enseñanza en el Colegio de la Universidad. Hijo de un zapatero, con ocho hermanos menores que él, sin títulos académicos ni ventaja ninguna de educación, nacimiento. ni parentela, se lanzó á los diez y seis años en la lucha por la vida, y á los diez y ocho era el alma de la fábrica de zapatería Nettlefold, Chamberlain y C.^a. Comprado un privilegio de invención á un americano, se decidió á desbancar á todos sus competidores, vendiendo sus productos con pérdida, y obligando á sus rivales á cerrar sus casas ó á rendirse; dueño entonces del mercado, dobló el precio de sus mercancías y pudo proclamarse *Shomakers king*, rey de los zapateros, retirándose en 1874 de los negocios, con una fortuna colosal.

Más bien bajo que alto, de frente ancha y serena, labios sutiles y boca de dama, completamente afeitado, delgado y bien peinado, presenta un tipo aniñado, animado por ligera sonrisa, fino, correcto, elegante, cortés, siempre dueño de sí mismo. No tiene nada de inglés por sus aficiones. «No conozco—dice—la bicicleta más que de vista; no monto á caballo; no me gusta ir andando cuando puedo ir en coche; jamás he tomado parte en una partida de *cricket*, de *foot-ball*, ni de *tennis*, ni entiendo una palabra del *whist*.» Su pasión es la floricultura, y lo mismo ayer radical, que hoy conservador, ha tenido pasión por las orquídeas, siendo célebre su colección y famoso su jardín de Highburg, junto á Birmingham, donde tiene dedicados unos veinte jardineros al cultivo de su flor predilecta; durante las sesiones de la Cámara de los Comunes, recibe todos los días dos orquídeas; una en cuanto se abre la sesión, y otra al ir á cerrarse. «Su ojal está en fiesta perpetua.» El monóculo y la orquídea son las características de la caricatura cosmopolita de Chamberlain. Hay un proverbio inglés que dice: «Un hombre público es como una mujer pública; debe estar usado y abusado.»

Chamberlain no es un orador; no posee una chispa de imaginación, de fantasía, de emoción veraz y sugestiva; su mane-

ra fría y cortante no se dirige al corazón de nadie, siendo incapaz de ver el lado artístico de una cuestión; puede ser sarcástico, impertinente, bilioso, y su voz es silbante y monótona; y sin embargo, hábil y sagaz, se hace oír y respetar de todos. Tiene de sí mismo una opinión extraordinaria, lo cual no deja de ser una ventaja, y suple el genio con la confianza en sí mismo. «Su frialdad—dice Mac Carthy—hace suponer que tiene á su disposición inmensas fuerzas de reserva; pero yo me inclino á creer que sus mejores artículos están expuestos en el escaparate: en la trastienda no hay nada.»

Retirado de los negocios, Chamberlain dedicó á la política su actividad. Elegido concejal, y poco después síndico en Birmingham, puso en práctica la teoría de la municipalización de los servicios públicos; recabó para el Municipio los suministros de gas y agua, suprimiendo las empresas privadas; ejecutó grandes trabajos de saneamiento, destruyó los barrios pobres, hizo construir la mejor calle de la ciudad, dotó á Birmingham de magníficas escuelas, y fue, en suma, un excelente administrador. «El Concejo—dice, expresando el concepto de estas Corporaciones semejante al que tiene del Estado—no es más que el director de una gran sociedad comercial, de la que todo contribuyente es accionista; los dividendos consisten en las mejoras y reformas concedidas á los contribuyentes, y que aumentan su bienestar».

Sus triunfos administrativos le abrieron el camino del Parlamento. «La política—decía—no es una ciencia del pasado, sino del porvenir; no consiste en mirar atrás, sino en marchar adelante; es una verdadera confección de progreso, es la ciencia del bienestar social, y la misión del hombre de Estado consiste en mejorar las condiciones del pueblo.» Oportunista en el sentido más amplio y eficaz de la palabra, Chamberlain ha sido el mayor disolvente de los viejos partidos históricos británicos, cuyas denominaciones no tienen hoy más que un valor arqueológico.

Derrotado en las elecciones de 1874, logró en 1876 entrar

en los Comunes como uno de los representantes de Birmingham. Poco conocido, se recordaba que en una reunión, celebrada poco después de proclamarse en Francia la República, había dicho, alabando aquel régimen, que también se establecería la República uno ú otro día en Inglaterra. Con su primer discurso encadenó la atención de la Cámara por la concisión lapidaria de su frase. Fuera del Parlamento, se puso al frente del movimiento democrático y fundó la *Federación nacional de las Asociaciones liberales*, y desde entonces, el partido radical encontró en Chamberlain un jefe.

Los filósofos venerables de la especulación democrática le tildaban de falta de ideal. La política inglesa se funda en el comercio, y Chamberlain es el estadista comercial por excelencia; una nación comercial necesita dos cosas: grandes territorios con muchos desagües comerciales y una gran población de gran capacidad industrial, que viva en buenas condiciones; «la primera consideración—como dice Macrosty—ha hecho á Chamberlain imperialista; la segunda, radical.» Los filósofos responden que el bienestar material no es todo, y que no sólo de pan vive el hombre; y Chamberlain replica: «Conformes, desde luego; pero dadme, ante todo, pan; vuestro radicalismo es humanitario é internacional; el mío es burgués y británico.»

Cuando Chamberlain entró en el Parlamento, los radicales estaban unidos á los *wighs*. «Yo no soy—les dijo—ni un *wigh*, ni menos un *tory*; soy un radical, y creo que un partido es una unión, más ó menos temporal, de personas que se proponen un fin común y determinado.» Así conquistó el Poder en 1880, como miembro del Gabinete Gladstone. Ministro, promulgó un nuevo reglamento sobre las quiebras; promovió la formación de grandes sindicatos; abrió la información sobre la situación industrial del país; hizo una brillante campaña contra los armadores, que, para cobrar pingües seguros, hacían tomar el largo á viejos barcos, condenados á naufragar con sus tripulaciones; declaró la guerra al alcoholismo; se eri-

gió en paladín de la nueva reforma electoral de 1884; hizo suya la famosa fórmula del socialismo agrario del gran Bright: «tres acres de tierra y una vaca»; organizó los tribunales de arbitraje; dictó la ley sobre los accidentes del trabajo; pidió al Estado que asegurara una pensión á los veteranos de la industria, que les permitiera acabar tranquilamente sus días, y proclamó la conveniencia del impuesto progresivo.

Todo esto lo hacía fuera de todo compromiso con los *wighs* y los *torys*, á quienes juzgaba del mismo modo, pactando con unos ó con otros, según las ocasiones, como dos comerciantes ante un notario: «Yo no he cambiado nunca—ha dicho en varias ocasiones;—yo sigo siendo un verdadero, un viejo radical, un auténtico discípulo de Cobden y de Bright.» Al partido liberal le reconocía la gloria de haber abolido los privilegios, pero lo declaraba incapaz de emprender la nueva obra de la legislación social; las leyes sociales han sido siempre votadas por mayorías conservadoras. La victoria electoral de 1885 fue, en gran parte, obra de Chamberlain y de su atrevido programa, y Gladstone ofreció un puesto en el Gabinete á Chamberlain, y éste lo aceptó, pero reservándose su plena libertad de acción respecto á la cuestión del *home rule* de Irlanda; aquella carta justifica, en parte, su apostasía y su separación del partido liberal.

Pronto las diferencias entre Gladstone y Chamberlain se convirtieron en abierta y atlética lucha, de la que salió el nuevo partido de los liberales unionistas y la evolución de Chamberlain hacia los conservadores. Estos no perdonaban medio de atraérselo. «No puedo formular una opinión—decía Chamberlain—sin que en seguida no la hagan suya los conservadores; tanto, que la otra tarde, en la Cámara de los Comunes, alguno me decía: Tened cuidado, querido amigo, con lo que decís; si se os ocurre hablar mal de los diez Mandamientos, creo que Balfour y sus amigos propondrán un bill para abolirlos; esta buena gente hace de las aspiraciones radicales su librea *tory*.»

Un par de años después, Chamberlain formaba parte del Ministerio *tory* de lord Salisbury, siendo elegido en 1891 jefe de los liberales unionistas, y combatiendo á Gladstone con encarnizamiento sin igual en las elecciones del año siguiente. Tras el Ministerio liberal de Rosebery, volvió en 1895 á regir los destinos de Inglaterra el partido conservador, y Chamberlain volvió al Ministerio con Salisbury, encargándose de la cartera de las Colonias. Radicalmente transformadas sus opiniones, Chamberlain se convirtió en el más ardiente defensor de la expansión territorial, sosteniendo que Inglaterra necesita conquistar nuevos mercados para dar salida á su plétora de producción.

Su audacia no tiene límites. Es un hombre de negocios, darwinista convencido, que cree firmemente que la victoria final es del más fuerte y del más capaz, y el más fuerte y el más capaz es el inglés. Inglaterra debe mandar, y su misión de conquista es misión de civilización; y cuando el mundo se haya civilizado, Birmingham, Wolverhampton y Sheffield le proveerán de hierros y aceros, Manchester y Glasgow de telas de algodón, y Halifax y Norwich de trajes de lana. Chamberlain además suspira por la federación imperial, que ligue las colonias á la metrópoli, y con la alianza norteamericana, que dará á la raza anglosajona indiscutible supremacía. El principal capítulo de la historia de Chamberlain, el de los precedentes, causas y responsabilidades de la guerra contra el Transvaal, está todavía por escribir, y no podrá escribirse sino más adelante.

PEDAGOGIA

LUIS VIVES, PEDAGOGO.—Interesante es el artículo dedicado por Eloy Bullón en la *Revista Contemporánea* al estudio de las doctrinas pedagógicas de Luis Vives, el insigne filósofo valenciano. Los escritos de Huarte, Pujasol y el P. Ignacio

Rodríguez sobre el discernimiento de ingenios y su desarrollo y dirección, son dignos de encomio por el espíritu de observación que revelan, no menos que los trabajos de Melchor Cano sobre los métodos científicos, y los célebres *Apuntamientos* del reputado gramático Simón Abril; pero el más notable de nuestros escritores clásicos de pedagogía es, sin duda alguna, Luis Vives, cuya obra *De disciplinis*, al mostrar los escollos que ofrece la enseñanza, las reglas á que deben someterse padres y maestros, y la norma á que han de ajustarse los educandos para sacar el mayor fruto de su labor, merece ser en todo tiempo consultada.

En la segunda parte de su obra, Vives expone un sistema completo de enseñanza, desde el concepto y divisiones de la ciencia, hasta la determinación del método que debe seguirse en cada rama especial. Los centros de enseñanza, según él, deben establecerse en sitio sano, libre de aires nocivos y abundante en alimentos substanciosos, ni triste y solitario en demasía, ni tan lleno de atractivos y distracciones que la juventud se aparte del estudio; lejos de todo foco de libertinaje y de fábricas y cuarteles que ocasionen mucho ruido y afluencia de gentes. Si el aprendizaje de las ciencias importa mucho, no importa menos el desarrollo de los sentimientos morales, y debe mirarse con cuidado cuanto contribuya á favorecerlos ó á dañarlos.

En cuanto á los profesores, no sólo se requiere que sean competentes, sino que sean aptos para enseñar, pues pueden ser muy sabios y no servir para la enseñanza; también deben ser de buenas é intachables costumbres para dar ejemplo vivo á la juventud, y deben conocer, no sólo su ciencia especial, sino el espíritu humano y los métodos didácticos correspondientes á cada disciplina. Los dos defectos capitales que todo profesor debe evitar, son la avaricia y la soberbia; la avaricia porque, sobre desconceptuarlos ante sus alumnos, los aparta del fin desinteresado de la enseñanza, llevándoles á estimarla como un negocio que explotar y no como un deber sagrado

que cumplir; por eso quiere Vives que el profesorado reciba sus retribuciones del Estado y no de los alumnos; la soberbia, por su parte, hace al Profesor demasiado celoso de su fama, pertinaz en el error, irreductible en la disputa y ganoso siempre de aplausos aun á costa de la verdad.

La elección del profesorado preocupa también á Vives, que desde luego se declara contra el sistema entonces en boga de que los estudiantes sean los electores, porque así no resulta elegido el más docto, sino el más popular, el más condescendiente con la desaplicación y las diversiones. Tampoco aprueba que el mérito se depure en pública contienda, en la que, sobre degenerar frecuentemente en lucha personal, no siempre se descubre quién es el más versado en la ciencia, sino quién es el más charlatán y el que mejor maneja la sátira y el *donaire*. Los profesores deben ser elegidos y aprobados por otros profesores de reconocida justificación é innegable competencia.

Vives se declara contra el internado, opinando que es preferible que los jóvenes vivan al lado de sus familias, bajo la inspección inmediata de sus padres, yendo á las Academias únicamente para recibir las lecciones de sus maestros; tampoco es partidario de que se eduquen fuera de su país natal, para que no olviden sus costumbres y el amor á la patria, ni sientan relajarse los hermosos vínculos del amor á la familia y al hogar. En cambio, muestra especial empeño en la necesidad de los exámenes, pretendiendo que los jóvenes deben permanecer en la Academia uno ó dos meses á fin de que se examine su ingenio, reuniéndose trimestralmente los profesores en lugar apartado para hablar de las aptitudes de sus respectivos alumnos, y dedicar á cada uno al arte ó ciencia para que sea idóneo. Para que la obra de la enseñanza sea fecunda, importa estudiar las aptitudes de los niños sin omitir medio alguno de investigación, pues del acierto que se tenga depende el porvenir del educando.

PSICO-FISICA

LAS VIBRACIONES DE LA VITALIDAD HUMANA. — Desde hace nueve años viene el Dr. Baraduc estudiando las vibraciones de la fuerza vital humana, y los resultados de sus importantísimas investigaciones aparecen consignados en un interesante artículo publicado por la *Revue des Revues*.

La fuerza vital presenta una doble polarización: superior en la vitalidad mental, psíquica é inferior en la vitalidad animal, física. Los experimentos hechos con más de dos mil personas, prueban que esta doble vibración puede registrarse fácilmente por las manos. La mano derecha, situada en el área de las vibraciones físicas, expresa la vitalidad física, y la izquierda, que se halla en el área de las vibraciones psíquicas, expresa la vitalidad psíquica de nuestro sér. Ambas vitalidades se transfieren alternativamente una hacia otra formando el círculo, *la rueda de la vida*. «Afirmo — dice Baraduc — que existe en torno nuestro una *verdadera atmósfera de vibraciones invisibles* que se hace manifiesta por los movimientos visibles que imprimen á la aguja de un aparato de registro colocado en aquella zona, pudiéndose interpretar así, por tales movimientos exteriores, nuestros movimientos interiores, los fenómenos de la vida en cada uno de nosotros».

El hombre es un foco de vibraciones y de luces invisibles; emite los rayos oscuros de su vitalidad, muy diferentes á juzgar por la impresión que dejan en la placa fotográfica, de los rayos reflejos del sol ó de las ondas eléctricas. Esa es la explicación de los fenómenos de contagio moral por la fusión de las dos atmósferas de dos personas distintas, ó de un grupo de personas animadas de la misma vibración interior (alma de las muchedumbres vibrando al unísono). Existe, pues, un contacto fluídico á distancia, tan real como el contacto material por presión, y demostrable por la biometría y la impresión de la

placa fotográfica. Las locuras circulares en el dominio instintivo, y las erótico-religiosas de las histéricas en el dominio pasional, forman el cuadro más sorprendente de estos fenómenos que puedan estudiarse en los asilos.

El método biométrico creado por Baraduc permite comprobar y medir las vibraciones de la fuerza vital y expresar en una fórmula matemática la relación existente entre nuestros estados vibratorios físico y psíquico, las vibraciones atractivas ó expansivas de que es centro el cuerpo humano. El hecho capital, que constituye el descubrimiento, es que una aguja de cobre recocido, suspendida por un hilo fino de seda no torcido y sin lazo, sufre sin contacto y á distancia, á través de un fanal y del vacío, movimientos de atracción ó de repulsión marcados en una placa, según que nuestra vitalidad se contrae ó se dilata.

Por ejemplo: en estado de salud ó de alegría, la aguja es repelida por nuestra vitalidad en expansión, mientras que en estado de enfermedad, de neurastenia, de tristeza, la aguja es atraída por nuestra vitalidad, que se encoge. El hecho *mecánico*, la ruptura de la inmovilidad de la aguja, atraída ó alejada á través de sustancias adia-eléctricas y adia-térmicas ha sido comprobado en miles de personas. La estadística de los hechos observados demuestra que la mano derecha es el órgano indicador de las vibraciones de la vitalidad animal, como la izquierda lo es de las vibraciones de la vitalidad mental; una línea que pasa por el hígado, el corazón y el tiroides derecho, separa los dos campos de vibraciones, correspondiendo al plano de separación de las fuerzas descritas por Kant y Cyon.

La relación entre las vibraciones izquierdas y derechas da la *fórmula biométrica*, el temperamento de la persona; hay 17 tipos de fórmulas, con distinta significación vital: las más frecuentemente observadas son las de la neurastenia (doble atracción á derecha y á izquierda) y las de la neurosis (una sola vibración á derecha ó á izquierda). El equilibrio vital quiere que las vibraciones abdominales y cerebrales se influyan mu-

tuamente y se transformen en un movimiento general circular, ascendente ó descendente. La biometría, según las vibraciones, indica ó contraindica el empleo de tal ó cual procedimiento electroterápico, haciendo el diagnóstico de nuestras vibraciones, atendiendo al estado de contracción ó de expansión que indican.

Nuestras vibraciones están bajo la dependencia efectiva de los fenómenos psíquicos, y esta subordinación se traduce en profundas modificaciones de las vibraciones, comprobables por la biometría. En sujetos sugestionados se ven variar de un instante á otro las fórmulas vibratorias, pasando de la alegría á la tristeza, del sufrimiento á la salud, según la naturaleza de la sugestión. Es, pues, innegable la influencia sugestiva; pero es interesantísimo conocer el valor intrínseco del acto complejo de la sugestión eliminando del mismo el factor del sugestionador, sin conservar más que el factor sugestión. La experimentación prueba, por el registro concomitante de las vibraciones en el hipnotizador y el hipnotizado, una comunión de vibraciones, una transformación de fórmula. Baraduc, para eliminar la influencia humana, dejando sólo el valor intrínseco de la cosa sugerida, ha recurrido al fonógrafo.

Al ver la grata impresión que el fonógrafo hace en los espíritus equilibrados, lo ha utilizado como instrumento de educación y de sugestión mecánica, para evitar fatigas al médico hipnotizador, quitar aprensiones á las familias y permitir en todo caso su aplicación repetida durante la ausencia del médico. Las condiciones del éxito son: 1.^a, la atención del enfermo; 2.^a, el valor fisiológico y moral de la cosa sugerida, que ha de elevar el pensamiento y la conciencia del paciente; 3.^a, que lo sugerido no sea contrario á las ideas filosóficas ó religiosas del enfermo, pues entonces se siente mortificado y se cierra á toda ideoplastia. Con estas condiciones, la sugestión fonográfica restaura en el enfermo las vibraciones propias del estado de salud, restableciendo el equilibrio vital, como lo comprueba la biometría.

Este método de registro de las vibraciones vitales abre nuevos horizontes y caminos á las investigaciones del psicólogo y del médico, interesando por igual al hombre de ciencia y á la humanidad doliente.

* * *

EL TEDIO EN LAS DIVERSAS EDADES DE LA VIDA. — El tedio, malestar físico, tortura mental — dice Emilio Tardieu en la *Revue Bleue* — reviste formas diversas en el transcurso de la vida.

Prescindiendo del tedio en el feto, que tiene sin embargo su fisiología y su psicología, no hay duda que el recién nacido es presa de un tedio que hay que aplacar sin cesar, y que renace continuamente. El niño exige constantes servicios, y hay que ocupar sus ojos, su espíritu, moverle, pasearle, distraerle con la voz ó con los gestos. ¿De qué se trata con todo esto? De divertir al niño, de calmarle, de consolarle cuando el aburrimiento le arranca gritos y lloros. Sus conquistas son lentas, sus sensaciones fugaces, y por eso se aburre terriblemente, no aplacándose sino con repetidas comidas, con borracheras de leche y largos sueños, para volver á empezar cuando despierta.

Bebé crece, y se convierte en el niño, para quien el mundo es una perpetua fiesta. ¿Qué le pedimos? Que juegue, que nos dé el espectáculo de su alegría y de sus diversiones. En su agitación y en sus caprichos reconocemos una espontaneidad explosiva; pero ¿no hay algún exceso en esa turbulencia desenfrenada, esas carreras y esos brincos? ¿Qué quiere? ¿Qué persigue en resumidas cuentas? El niño apela continuamente á la novedad, á lo imprevisto; se le cree anegado en la satisfacción de un deseo, y de pronto abandona su ocupación á la menor excitación que recibe; se le juzga encariñado con una persona y se agarra al vestido del desconocido que se va, pen-

sando que estará mejor en otra parte. Sus juguetes le cansan pronto: los desmonta, los rompe por curiosidad ó por cólera; varía al infinito el tema de sus juegos, y cuando su interés languidece, introduce en sus recreos los golpes, las riñas y las batallas con sus compañeros, en busca siempre de emociones nuevas. El tedio es la necesidad de una sensación. El niño pide de comer sin hambre, y más tarde, hombre, beberá sin sed; es glotón porque encuentra sosa la vida; suspira por platos azucarados, y quiere pasteles que tengan más manteca que pan. Conoce también el tedio mental y las primeras tristezas del corazón, si no tiene su ración de caricias y besos. Su diversión favorita es el viajar, porque su espíritu inquieto, con sus cuerdas de polichinela desarticulado, baila y se regocija con la rápida sucesión de las sensaciones y de las imágenes embarrulladas que el viaje le proporciona.

El tedio del adolescente tiene los rasgos indecisos y fugitivos de esos años indefinibles en que todo el sér es transición y transformación. El tedio empieza con la impaciencia, con las desfloraciones inconsideradas. La suerte ordinaria del adolescente es ser un estudiante. ¡El colegio! Apenas hay sitio donde el tedio habite bajo más feas formas: el colegio es prisión, servidumbre intelectual, promiscuidad penosa; el cerebro está en presidio; hay que almacenar en la memoria siglos, civilizaciones, literaturas, historias, números y fórmulas que no se acaban nunca. El tedio del estudiante toma las formas menos agradables: odio á los maestros, judiadas entre condiscípulos, persecución mutua, pereza insoltable, rebuscas de inmoralidad, motines. El pobre diablo se cuece en su tedio.

El tedio del joven es un conflicto con la sociedad y una tragedia íntima, y se deriva de la violencia de los deseos y de la imposibilidad ó incertidumbre de las satisfacciones. La juventud es el apetito de la vida en todas sus formas, la pasión y la enfermedad de lo absoluto. La indeterminación de su personalidad es el enigma que en primer término irrita y enloquece al joven; se pregunta qué es, de dónde viene y á dónde

va, probando todos los caminos, llamando á todas las puertas, queriendo conocerse, definir sus aptitudes y descifrar su enigma. En el amor de las mujeres ve una elección que le enorgullece, dando á este amor un sentido prodigioso, místico y como divino. El tedio del joven está fundado en la investigación inquieta y desesperada de la dicha. ¡Qué espantoso programa tener que buscar su dicha! El amor, el éxito, la libertad, goces materiales, un ideal, todo esto se encierra en la palabra *dicha*. Las aspiraciones, los deseos, los tanteos del camino, se traducen en un tedio de forma ansiosa. El joven sabe que necesita aprovechar una ocasión, y tiene miedo de todos sus experimentos: busca la verdad, la alegría, la dicha, enloqueciéndose con estallidos histéricos, estropeando su salud, su tiempo, su fortuna. El joven, luchando con la realidad, se disgusta y desespera, se siente desterrado y empequeñecido, mucho más desgraciado que cuando vivía con sus sueños en el mundo subjetivo é ideal que tenía en la cabeza. Cogido en el engranaje de una ocupación maquinal, adoptando un modo de vivir predeterminado por las convenciones sociales, queda espantado de la estrechez, del puesto que ocupa y de la simpleza de su papel.

La suerte, por otra parte, le condena á empezar por las tareas inferiores, á pretender lo menos apetecible. Aún colocado en un puesto de su agrado, se siente torpe y deficiente y se aburre por no ser maestro en nada, ni siquiera en el amor, extraviado terriblemente en los meandros del corazón femenino. Una de las formas más frecuentes del tedio en la juventud es el desaliento, que traduce el conflicto entre lo imaginario y lo real; leed la correspondencia de los hombres ilustres, y veréis que en su juventud es cuando se encuentran más abatidos y pesimistas; más tarde tomamos nuestro partido de la vida; nos retiramos gravemente á nuestro rincón y roemos el hueso de nuestro destino. Este desaliento del joven llega á veces á crisis de tristeza que le producen lloros, deseos de suicidio ó de enclaustración, y es el tedio que le tiene preso en sus redes,

anublado sus facultades. El tedio en la juventud es ante todo un trabajo de la imaginación, el desorden de una fuerza que no encuentra empleo; pero no adquiere cohesión y relieve sino en los sujetos que lo avivan y alimentan en su imaginación.

Esta misma imaginación es el remedio del mal; el joven que se ve agobiado por el peso de una sociedad que le aplasta, se jura abrirse paso, hacerse grande y glorioso, é imponerse á esa misma sociedad; se burla de esa multitud sin nombre, y murmura las mágicas palabras de su divisa: *aut Cæsar, aut nihil*. De aquí su adoración á los hombres célebres, en quienes ve su propia imagen. El joven prepara la obra que ha de servirle de pedestal, ó bien medita el escándalo, el salto mortal que ha de anunciarle á sus contemporáneos. Si no tiene ambición intelectual, el joven se impone la conquista del oro, del poder, de los honores, y como el tedio no siempre le deja esperar, se dirige á los placeres en busca de compensaciones, y el látigo y el aguijón del tedio se reconoce en el ardor con que se entrega al sensualismo, tomando por realidades los triunfos que le proporciona el amor fácil y los delirios de grandezas en que le sumerge el alcohol.

El joven, en resumen, tiene tedio porque se ve perdido en un mundo inextricable, relegado á los puestos inferiores, bloqueado por su familia, dominado por sus maestros, acorralado por los que van delante; muchas veces sin dinero y siempre sin prestigio, se consume esperando la dicha, se refugia en su imaginación soñando con Hamlet, Wertter, René y Obermann; ó bien se aturde con excesos sensuales y pasionales, aspirando á crecer, á llegar á la edad madura que ha de conferirle la plenitud de su sér.

El tedio de la edad madura resulta de la visión dura de la realidad y de la decadencia de nuestro cuerpo, minado por el tiempo. El hombre ha hecho las paces con el destino, y da gracias á la suerte si es uno de los favorecidos; pero no por eso es feliz, porque por maravillosa que sea nuestra fortuna,

las cosas no son ya nada para nosotros en cuanto son nuestra realidad, y sabemos perfectamente lo que valen y nos producen nuestros títulos, nuestros honores y nuestra clientela, sin esperar emoción alguna de los bienes que están á nuestro alcance. Este tedio depresivo tiene especialmente causas fisiológicas, como la induración de nuestros sentidos, la degradación progresiva de nuestra vitalidad. Nuestros sentidos se embotan, la inteligencia se decolora, el mundo, con sus aventuradas síntesis, es un globo deshinchado; el amor, la gloria, el honor, el deber, la virtud, ¿quién ha encontrado esos sublimes fantasmas? La madurez es una filosofía fatigada, la edad de la desconfianza, de la crítica, de la negación, de la ironía. La inteligencia es más viva que nunca, pero sus flechas están emponzoñadas. ¡Cómo nos burlamos del carnaval humano! ¡Cómo nos reímos de nosotros mismos! Y no es alegría sino cólera, necesidad de calentarse á puñetazos, rabia de ver disipados para siempre nuestros sueños.

El tedio del viejo se basa en el desencanto absoluto y en la obsesión de la muerte. Tiene en sus recuerdos su museo, sus reliquias, y le obsesiona su biografía; pero ¡cuánto más valdria un solo día de un presente tejido con sensaciones frescas y actos inéditos! El tedio de la vejez no tiene reacción ni fiebre; el viejo no espera que se aflojen los lazos del destino, que cada día le estrangulan más. Es un superviviente solo, en un mundo renovado en el que no puede interesarse; se espera su herencia, y los niños, á quienes llama para alegrarse, se entretienen en sacarle cuartos; es un rey destronado, un poderoso abatido. Sólo la lucha contra la muerte le saca de su embotamiento; en aquel duelo espantoso contra su adversario, que tiene demasiados aliados y en el que las heridas no se cicatrizan ya, el viejo se siente sin cesar *tocado*, pero procura vender cara la vida, cuyos minutos se le hacen preciosos.

BIOLOGIA

LA VEJEZ COMO EFECTO DE LAS LUCHAS CELULARES EN LOS ORGANISMOS ANIMALES.—Ya el ilustre discípulo y colaborador de Pasteur, el sabio Roux—dice de Rosa Cotronei en la *Rivista moderna di cultura*, de Florencia—había introducido en la ciencia la idea de la lucha vital entre los elementos de un mismo organismo. El Dr. Metchnikoff, jefe del laboratorio del Instituto Pasteur, llega en su trabajo publicado por los *Archivos rusos de Patología* á la conclusión de que, lo mismo la atrofia fisiológica que la patológica, son resultado de la lucha perpetua entre las células normales de los tejidos y los macrófagos. La vejez, pues, no es otra cosa que un efecto más de la aplicación del gran principio darwínico: la lucha por la existencia.

El fenómeno fagocitario es el fundamento del proceso de la sensibilidad. La *fagocitosis* consiste en el poder de algunos grupos celulares, especialmente las células blancas mononúcleas de la sangre, llamadas por esa razón *fagocitas* ó *macrófagos*, de recibir en su interior corpúsculos vivos ó muertos; estas células, dotadas de gran movilidad, en cuanto se ponen en contacto con las substancias que deben englobar, alargan sus tentáculos protoplásmicos pseudópodos y las absorben.

Al principio se había creído que esas células sólo se apoderaban de elementos muertos, ó que su papel era puramente pasivo, pero no es así. Si se inyecta á un animal caldo de cultivo con bacterias inofensivas ó poco virulentas, se verá al poco tiempo, en una gota de exudado peritoneal, gran número de leucocitos, algunos de los cuales contienen ya en su interior una ó más bacterias, mientras que otros persiguen los microbios todavía libres, extienden sus pseudópodos y se esfuerzan por apoderarse de las bacterias para luego digerirlas. En cambio, si la bacteria es muy virulenta, los fagocitas no

la engloban y quedan como inertes, lo cual se atribuía á que las toxinas segregadas por los microbios virulentos paralizaban ó mataban á los leucocitos; pero Bordet ha demostrado el error de esta explicación, haciendo ver que si á la gota de exudado inyectado de gérmenes virulentos ante los cuales los fagocitas permanecen inertes, se agrega una gota del caldo de cultivo del *proteo vulgar*, se ve de pronto que aquellos mismos fagocitas que parecían muertos, corren en seguida á los *proteos* y los destruyen. Puestos, pues, en contacto con los microbios, los leucocitos se atreven á englobar los menos peligrosos, dejando libres á los más virulentos, que tienen de ese modo tiempo de reproducirse y multiplicarse hasta ponerse en condiciones de tomar la ofensiva. De estos y otros muchos experimentos, puede deducirse con Besredka que «la fagocitosis debe ser considerada como un medio de defensa, en el sentido más amplio de la palabra, y como un fenómeno biológico general que se extiende sobre todas las influencias nocivas de la economía, bajo cualquier forma que se presenten, sólidas ó líquidas.»

Pero—añade de Rosa—¿es sólo un medio de defensa la fagocitosis? La vejez, como se sabe, está caracterizada por la desaparición, la reabsorción de los elementos funcionales de los órganos y por su sustitución por el tejido conectivo. Los primeros en atrofiarse son los órganos más nobles, los de la sensibilidad, la inteligencia y la generación, y luego, poco á poco, todos los demás, hasta el sistema óseo. El mecanismo de este proceso, según Metchnikoff, se explica por la fagocitosis. Pero ¿no se podría intervenir con medios curativos para impedir se turbase la armonía entre las diversas familias celulares, refrenando quizá de este modo el fatal avance de la edad? El problema podía resolverse encontrando un suero especial para cada variedad de células.

Los estudios de Belfanti, Carbone, Bordet, Erlich y Morgenroth, habían ya demostrado que era posible, inyectando á un animal sangre ó jugos de los diversos tejidos de otro ani-

mal de especie diferente, recabar para su suero sanguíneo propiedades específicas constantes y determinadas contra la sangre y los tejidos de aquella otra especie: con este suero esos otros animales pueden ser vacunados é inmunizados. Partiendo de estas ideas, Metchnikoff ha logrado preparar la *antispermotoxina* y el suero *antileucocitario*, que producen una acción eficaz en los animales correspondientes.

Poder detener el tiempo que vuela, pararlo cuando se está en la cumbre de la gloria, en el entusiasmo del éxito, en la voluptuosidad del amor, en la alegría del goce, ha sido siempre el sueño acariciado por los hombres. ¿Se realizará quizá ese sueño? La antigüedad conoció los sacrilegios sanguinarios que degollaban niños y abrían las venas á los jóvenes para con aquella sangre palpitante de vida y energía restaurar las fuerzas agotadas de los crapulosos gastados por la orgía; la Edad Media tuvo sus alquimistas que se devanaban los sesos y torturaban sus alambiques para encontrar la piedra filosofal y el elixir de vida. Nuestra edad, el siglo de la ciencia, en que ha sido dado al hombre ver hasta lo invisible, busca en la ciencia el medio de conservar la eterna juventud. ¿Lo encontrará? El sueño por lo menos es hermoso, y la tentativa sublime.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL BUEN ROBESPIERRE.—Del manuscrito inédito de la vida del convencional Le Bas, publicado por la *Nouvelle Revue*, de París, se desprende que el Robespierre de la tradición y de la Historia era muy diferente del Robespierre de la realidad.

La testigo no deja de ser fidedigna, pues es Isabel Duplay, hija del patrón de Robespierre, que estuvo para casarse con su hermana mayor. Isabel suele nombrar á Robespierre, llamándole «ese buen Maximiliano»; «era para él una dicha hacer el bien, y nunca estaba más alegre y contento que cuando lo hacía.» Numerosos rasgos de ternura demuestran la exactitud

de estas palabras, mereciendo ser recogida la siguiente nota:

«Robespierre—dice Isabel Duplay—tuvo una impresión horrorosa con el voto del Duque de Orleans: «¡Cómo!—dijo—cuando podía recusarse tan fácilmente!» Ese hombre, tan profundamente inmoral, y deseoso de llegar á rey, había empleado la mayor parte de su fortuna para lograr su objeto; los Mirabeau, los Danton, los Camilo Desmoulins, los Collot d'Herbois, los Billaud-Varennes y tantos otros tan despreciables como él, habían participado de sus prodigalidades corruptoras.»

Al margen, y con lápiz, se lee: «Cuando se casó Camilo Desmoulins, el Duque de Orleans le hizo amueblar un cuarto en la calle del Odeon.»

*
* *

EL VATICANO Y EL QUIRINAL.—Interesantísimo es el artículo que el profesor Fiamingo, de Roma, dedica en la *Deutsche Revue* al estudio de la lucha entre el Vaticano y el Quirinal.

León XIII, que parecía dispuesto á reconciliarse á su advenimiento con la casa de Saboya, no pudo hacerlo ni logró vencer las resistencias del partido intransigente, que echó mano de todos los medios para imposibilitar toda tentativa de reconciliación, llegándose hasta á bloquear la salida del Palacio pontificio con una barricada de muebles amontonados en el corredor que da al balcón del medio de la fachada. El empeño con que se persiguió al abate Tosti, autor del libro *La Reconciliación*, y el papel que desempeña *La Voce della Verità*, órgano de los jesuitas, prueban hasta la evidencia que la poderosa Compañía es la que realmente gobierna mientras León XIII reina.

Fiamingo entiende que la actitud intransigente de los jesuitas obedece al propósito de mantener los cuantiosos ingresos del *dinero de San Pedro*; la reconciliación implicaría la

aceptación por el Papa de la lista civil votada por las Cámaras italianas, y entonces se demostraría que ni existe la supuesta cautividad del Papa, ni hay necesidad de las limosnas de los fieles para que el Sumo Pontífice viva con arreglo á su rango en el mundo católico. El dinero de San Pedro es la protesta de los fieles, la limosna que hacen al Papa, que no puede rebajarse hasta recibir la pensión que le ofrece el Gobierno italiano, usurpador de sus Estados. Esta protesta significa veinte millones de liras anuales, y no es cosa de renunciar á tan cuantioso donativo. Razones financieras son, pues, según Fiamingo, las que obligan al Papa á seguirse presentando al mundo como víctima de la unidad italiana.

*
* *

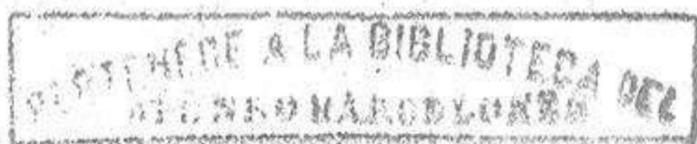
EL ÉXITO DE KIPLING.—Desde que Rudyard Kipling ha sido puesto de moda por el jingoismo inglés y el americano, su fama, traspasando todas las fronteras, se ha hecho universal, y su firma es solicitada con empeño por las más importantes publicaciones, diarios y revistas. Todos se disputan su colaboración, y la pagan á precios fabulosos. Según Federico Graz dice en el *Zeit*, un diario americano ha llegado á pagar los artículos á Kipling á 2,50 francos cada palabra.

Los verdaderos inteligentes, sin embargo, los paladares finos de la literatura, reconocen más ó menos abiertamente que esta gran reputación carece de fundamentos sólidos, y que Kipling no pasa de ser un periodista mediano, de cuyos escritos, aparte del *Libro de la Jungle*, quedará poca cosa.

*
* *

ARBOLES TAN ÚTILES COMO CURIOSOS.—Lo son, según *La República Agrícola*, de Guatemala, los siguientes: El del *pan*, de Polinesia, fruto sólido poco mayor que una piña: cortado en rebanadas y asado, apenas se diferencia del mejor pan.—El

de la *mantequilla*, de Africa, que produce hasta cien libras en cada recolección, dando tres cosechas anuales: salado y endurecido su fruto, compite con la mejor mantequilla.—El de la *leche*, de Suramérica, cuyo jugo se parece por su sabor á la leche de vaca, y del que se sirven los indígenas.—El del *azúcar*, especie de fresno de Sicilia, parecido al aple ó árbol azucarero americano, cuya miel y azúcar son deliciosos.—El del *jabón*, de la China, que sirve hervido para limpiar y quitar toda clase de manchas.—El de la *cera*, de los Andes, cuyo fruto se asemeja á la cera de las abejas.—El *llorón*, de las islas Canarias, cuyas hojas hasta en las épocas de mayor sequía están constantemente destilando agua.



*
* *

COSTUMBRES ELECTORALES NORTEAMERICANAS.—El diputado italiano Gavazzi, que se ha encontrado casualmente en los Estados Unidos durante las últimas elecciones presidenciales, da á conocer en *La Nuova Antologia* algunos de los hechos que más le han llamado la atención.

Es singular—dice—el modo con que Bryan para los demócratas, y Roosevelt para los republicanos, han celebrado sus conferencias electorales en los centros de menor importancia. Un tren especial, cuyo horario se publicaba oportunamente para que fuera conocido por las poblaciones, llevaba al candidato de una á otra localidad. Allí la estación del ferrocarril hacía de sala, y la terraza del coche de tribuna; Bryan ó Roosevelt dirigían la palabra á la multitud durante cinco, ocho ó diez minutos, según la importancia de la localidad, y el silbido de la locomotora era la señal de la partida y de los aplausos. De este modo han podido miles y miles de electores, con gran comodidad y no escasa economía de tiempo, ver y oír á los que aspiraban á gobernarles.

Una de las cosas que más sorprendieron á Gavazzi, fue el grandioso espectáculo de la manifestación del 3 de Noviem-

bre en Nueva York, organizada por el partido republicano. Gavazzi dice que jamás había esperado ni visto una cosa semejante: cien mil personas en largas y ordenadas filas cantando, vitoreando, agitando otras tantas banderolas, recorriendo las largas avenidas de la gran ciudad cuajadas de gente y con los balcones engalanados y llenos de espectadores, á pesar de la persistente lluvia.

El martes, 6 de Noviembre, era el día de la elección, que comenzando á las seis de la mañana debía durar hasta las cinco de la tarde. A las seis y cuarenta habían ya votado en una sección 52 electores; sólo en la ciudad de Nueva York votaron en 900 secciones 600.000 electores, dando un promedio de 666 electores por sección.

La sala de votación estomada en arriendo para la jornada, y es ordinariamente reducida, ocupada por completo por la mesa y los gabinetes de los votantes; donde no se encuentra local á propósito, se coloca en medio de la calle una caseta de hierro ondulado de 6 metros de largo por 3 de ancho, con entrada por uno de los lados pequeños; al otro extremo está el gabinete de los votantes, de aspecto singular: un metro de lado, con un escritorio en el fondo; allí se encierra el elector, que puede confeccionar su papeleta á su gusto, libre de toda mirada indiscreta.

La mesa ocupa uno de los costados mayores de la sala ó de la caseta. En ella se ven dos urnas, y los electores esperan la apertura formando fila. Una vez dentro, el elector dice su nombre, y comprobado que figura en las listas, se le entrega la cédula oficial, cuya margen superior, perforada para poderse cortar fácilmente, lleva un número de orden; debajo aparecen, divididas en seis columnas, las listas de los candidatos á la diputación con los nombres del Presidente y Vicepresidente de la República que se obligan á votar si son elegidos; cinco de estas columnas contienen el emblema de cada partido (un águila, los republicanos de Mac-Kinley; una estrella, los demócratas de Bryan; un brazo empuñando un martillo, los socialistas

de Malloney; una fuente, los prohibicionistas de Woolley, y una antorcha, los socialistas demócratas de Debs) y un círculo en blanco; la última no tiene emblema ni círculo ninguno, sino una lista en blanco para que el elector pueda llenarla en todo ó en parte con los nombres que quiera, si no le agradan los que figuran en las otras columnas.

La operación con estas papeletas es sencillísima, reduciéndose á señalar con una cruz hecha con lápiz en el círculo en blanco que hay debajo de cada emblema, la lista que se vota. Este es el caso más corriente; los electores que no quieren votar íntegra la lista de candidatos de esta manera (*straight*), eligen los nombres que quieren, señalándolos al margen con una cruz (*scattered*), ó inscriben otros nombres á su gusto en la columna en blanco. Señalada así la papeleta, el elector la devuelve doblada al presidente, el cual, después de haber cortado, sin desdoblarla, la margen superior numerada, que deposita en una urna, introduce la papeleta de votación en la otra urna. De este modo se asegura el secreto de la votación, se facilita la comprobación del número de votantes y se garantiza la exactitud del escrutinio.

*
* *

CÓMO DEBE SER UN MINISTRO DE HACIENDA.—Dando cuenta la *Rivista politica e parlamentaria* de la obra que el ex Ministro de Hacienda de Francia, Leon Say, acaba de publicar con el título de *La Hacienda de Francia bajo la tercera República*, cita los siguientes conceptos que de un buen Ministro de Hacienda tenían Gladstone y Bastiat:

«Es un hombre—decía Gladstone—que sin estar obligado á ello, se somete á cruzar por una floresta de césped, teniendo en equilibrio los dos platos de la balanza del presupuesto y que, sorprendido y asaltado á cada paso por ladrones, que son precisamente sus amigos y colegas, se empeña por su honor, en proseguir su peligroso viaje, sacando á salvo su carga.»

»El Ministro de Hacienda—decía Bastiat—no sabe, como Figaro, ni á quién escuchar ni de qué lado volverse: las cien mil bocas de la prensa y el Parlamento le intiman que organice el trabajo y los obreros, que extirpe el egoísmo, reprima la insolencia y la tiranía del capital, arriende redes ferroviarias, riegue llanuras, bonifique pantanos, pueble montañas, alimente desvalidos, instruya jóvenes, sostenga viejos, aliente las artes y haga brillar el sol ó caer la lluvia en tiempo oportuno. Pero... sin imponer nuevas tasas, sino más bien aboliendo las establecidas.»

Cuando Leon Say observó que en sólo una sesión parlamentaria se propusieron desde la tribuna 800 millones de nuevos gastos y otros 800 millones de baja en los ingresos, exclamó como Colbert contestando á Luis XIV: «Por lo menos, se ahorran cinco sueldos de una comida inútil para ayuda de los millones que hay que enviar á Polonia.»

He aquí algunos aforismos de Say: «Nada por nada; á grandes gastos, grandes impuestos.» «El equilibrio de un presupuesto no es posible sino á condición de levantar los ingresos al nivel de las necesidades.» «Cuando los electores dan á sus mandatarios el encargo de gastar mucho por su cuenta, es como si le ordenasen que les enviara con frecuencia el exactor: han hecho encargos, y se les envía la factura.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestras costumbres: por el Licenciado Pedro Gotór de Burbáguena.—
Madrid, 1900.—Un vol. de 397 pág. en 4.º

He aquí un libro que, juzgado á la luz de una determinada creencia y con arreglo á positivos dogmas, puede merecer un calificativo que horrorizará de espanto á mucha gente: es una obra *inmoral*, profundamente *inmoral*.

Alea iacta est: está pronunciada la palabra. Ya saben algunos lectores á qué atenerse. Los prudentes, los avisados, esperarán la explicación de la frase.

Es un libro que ataca á la familia, tal como entre nosotros se halla organizada; que censura la educación, tal como entre nosotros se entiende; que pone en claro y anatematiza cuánta hipocresía y abominación encierran *nuestras costumbres* públicas y privadas.

Es, por consiguiente, un libro *inmoral*, en cuanto va *contra lo usual*, contra lo corriente, contra lo vivido. Es *inmoral*, en el mismo sentido en que es *impúdico* el anatómico que despoja el cadáver de sus vestiduras y pone de manifiesto sus desnudeces.

Pero si de la palabra pasamos á la cosa, y del adjetivo á lo sustancial, ¡cuán otro aspecto revisten los hechos! Entonces el libro á que nos referimos se convierte en un dechado de *moralidad*, y su autor merece todo género de aplauso y en-

carecimiento, porque es de los pocos *sanos*, de los pocos que tienen suficiente franqueza y valentía para expresar las ideas tal como las ha concebido su entendimiento, y para mirar cara á cara la realidad, á fin de no dejar ningún rincón inexplorado en la miserable trama de nuestra vida. El autor de esta obra pudiera decir, con más derecho aún que Montaigne: *lector, este es un libro de buena fe.*

*
* *

Es más difícil de lo que á primera vista parece darse cuenta de lo que la *buena fe* ó la *buena voluntad* significan en los malaventurados tiempos por que atravesamos.

Escribir de buena fe, no tanto es manifestar con ingenuidad el pensamiento, no tanto es aparecer en esta relación con la candidez de la paloma, como atreverse á revelar sin ambages la impresión profunda y radical que los accidentes, la experiencia, la observación, el conjunto, en suma, de la vida, ha producido en nosotros; impresión que casi todos guardamos calladamente en nuestro interior, adoptando máscaras diversas para su revelación externa.

El Licenciado Gotor de Burbáguena no se ha callado nada en este respecto: lo ha dicho todo, llana, natural, crudamente si se quiere. Y lo ha dicho, no con un fin trascendente, ni con tendencias dogmáticas, ni exponiendo sistemas de conducta. Se ve que su libro está escrito para satisfacer una verdadera necesidad intelectual y pasional; su alma estaba demasiado lacerada para no permitirse el desahogo de narrar de esta manera tan sencilla la pena de la vida.

Fuera del Licenciado Gotor de Burbáguena, yo no recuerdo más que un pensador español digno de comparársele: el malogrado Angel Ganivet. Hay una semejanza manifiesta en la idiosincrasia moral de estos dos escritores. Pero se nos antoja que el primero pone mejor el dedo en la llaga, y sabe con más acierto qué punto escoger para blanco de sus tiros.

Por otra parte, aunque al final de su libro intente nuestro autor alguna solución, es evidente que el efecto general de la lectura es profundamente pesimista. Ni podía ser otra cosa desde el momento en que el autor era de los que sienten *hondo* y hablan *claro*.

Por eso los capítulos sobre: «Condición de la mujer»; «el matrimonio»; «la familia»; «el catolicismo»; «el dinero»; con todos sus desenvolvimientos acerca del amor, la educación, la moral católica, la propiedad, etc., etc., pasan por los ojos del lector á manera de chasquidos de tralla, duros, secos, sin conmiseración ni contemplaciones.

¿Qué hemos de decir acerca de las ideas del autor? Este no es de los libros que se discuten con fruto. Es un estudio de psicología social, que supone largas horas de meditación detenida y dolorosa, y acerca del cual no cabe adoptar otra determinación que leerlo ó dejarlo de la mano; pero una vez leído, si el lector tiene ojos para ver y oídos para oír, no puede menos de aceptar como fundadas y exactas las observaciones.

*
* *

Decíamos que *Nuestras Costumbres* no era un libro de finalidad trascendente, que el autor no pretendía sustancialmente dar una fórmula de redención. No es sólo esto: el autor tiende en cierta manera al *mis-arquismo* de Nietzsche, y más aún al *egoismo* de Max Stirner.

Lo cual no envuelve una censura, porque todas las investigaciones antiguas y modernas, religiosas ó profanas, acerca de la felicidad, tienen precisamente por carácter distintivo este egoismo. Acéptese la solución idealista ó la solución hedonística, siempre resultará que, al buscar el hombre la felicidad, la busca y la procura principal y cuasi únicamente en vista y en relación de sí propio. Lo que hay es que á veces constituimos el bienestar ajeno en medio y condición indispensable para el bienestar propio.

El autor de *Nuestras Costumbres* parece inclinarse á este último partido; por eso tiene el valor de escribir, y, lo que es más aún, el valor de dirigirse á la sociedad y de solicitar su convicción. Es de suponer que el ente de razón, en este como en mil casos análogos, desdeñe mirarse en el espejo y siga contra su historiador el más mortífero y satánico de los procedimientos: el del silencio.

Obsérvase también, teniendo en cuenta las ideas que en uno y otro lado expone el autor acerca del sentimiento moral, que se inclina á la tesis de Schopenhauer. La *simpatía* es, en cierto modo, á su entender, la única tabla de salvación de la moralidad.

En esto no podemos menos de apartarnos del Licenciado Gotor de Burbáguena. ¿Cómo es posible imaginar que, derruidos los únicos fundamentos aparentemente sólidos de la moral encuentre ésta su base en algo tan difícil de explicar y tan vacío de contenido como la simpatía? ¿Qué es ésta sino un vocablo que se emplea para repetir á manera de aclaración lo mismo que se trata de comprender?

*
* *

El libro es sabroso y de fácil lectura. Citar aquí á modo de ilustración algunos de sus párrafos sería completamente inútil, porque estamos seguros de que nos ahorrará esa tarea la curiosidad, muy fundada en este caso, de los lectores.

Obras como *Nuestras costumbres* no salen á luz con frecuencia, mejor dicho, salen á luz muy rara vez. Por eso creemos de nuestro deber felicitar con la mayor sinceridad á su autor, esperando no sea este el único estudio de *anatomía social* que nos ofrezca.

Para terminar, hemos de decir algunas palabras con referencia á la solución capital, fundamentalísima que á ojos del licenciado Gotor de Burbáguena ofrece el problema moral: el amor.

Leyendo las últimas páginas del libro, parécenos estar oyendo las palabras que Brunhilda pronuncia antes de arrojar á la pira en *El Crepúsculo de los Dioses*: »Si desaparece la generación de los dioses como leve brisa, y dejo al mundo sin dominador, os daré en cambio el tesoro más sublime de mi saber. No consiste la felicidad ni en el oro, ni en los bienes, ni en la pompa, el hogar, el poderío; ni en los lazos con que atan traidores pactos, hipócritas costumbres, duras leyes; sólo el amor trae consigo la dicha, en el júbilo como en los pesares.»

Pero ¿cómo ha de ser ese amor? ¿Quién se mostrará digno de él? Esto es lo que no nos dice el Licenciado Burbáguena, y lo que ha dado y dará motivo á eternas discusiones.

A. BONILLA Y SAN MARTÍN.

Un procès de sorcellerie en Berry au XVII^e siècle. Discours prononcé par M. Maulmond, avocat général à la Cour d'Appel de Bourges, le 17 Octobre 1898.—Bourges, 1898. — Un folleto de 31 páginas, sin indicación de precio.

¡Qué diferentes son las ideas y los juicios de los hombres, según los varios influjos á que viven sometidos! Lo que en un tiempo se estima como perfectamente aceptable, y el ponerlo en duda constituye un atrevimiento vitando y punible, llega, en el rodar de las cosas y de los acontecimientos, á convertirse en absurdo y aun en ridículo.

¿Cómo habían de imaginar los juzgadores y fiscales de los siglos anteriores, aquellos que perseguían á los hechiceros y brujos como seres altamente perjudiciales para el bienestar social, castigándolos por eso casi siempre con pena de muerte, que había de llegar un momento en que otros juzgadores y fiscales habían de atribuir su conducta unánimemente á prejuicios producidos por la ignorancia, y en que los procesos en

que ellos intervenían vendrían á ser exhumados como curiosidad histórica y como materia digna de fuertes censuras?

Pues esto precisamente es lo que ha hecho el Abogado general del Tribunal de apelación de Bourges, M. Maulmond, en su discurso de apertura de dicho Tribunal en 1898.

Antiguamente «no había—nos dice Voltaire—un parlamento [tribunal] ni un presidente que no se ocuparan en juzgar hechiceros; no había ningún jurisconsulto grave que no escribiese doctas memorias sobre los poseídos del demonio. La Francia temblaba de los tormentos que los jueces infligían á pobres imbéciles, á quienes se hacía creer que habían estado en el aquelarre y á los cuales se condenaba á morir sin piedad.»

En cambio, «ya hoy no creemos en la brujería ni en sus peligros. Allí donde antes se veía culpables, nosotros no vemos más que enfermos, histéricos, alucinados, desgraciados cuya situación reclama cuidados, no castigos; si bien comprendemos que la Iglesia y la sociedad hayan entablado lucha contra aquellos que tenían por enemigos muy temibles.»

Perfectamente; esta ecuanimidad de juicio es de alabar. Las instituciones de cada tiempo y de cada pueblo tienen su razón de ser. Pero allí y sólo allí. No hay que alabarlas á toda costa, ni tratar de reproducirlas en un ambiente donde ya no caben.

«Hay la moda de celebrar las virtudes de nuestros antepasados, de presentarnos lo que ya no existe como ejemplo, y de gemir por las costumbres del siglo en que vivimos. Echemos, no obstante, una ojeada hacia atrás, veamos en los archivos los procesos instruidos en los siglos xvi y xvii contra infelices alucinados; evoquemos los medios de información entonces en auge, la crueldad de los suplicios infligidos á los procesados y á los condenados, y en tal caso nos encontraremos menos inclinados á echar de menos el pasado y haremos mejor la debida justicia á los progresos realizados.»

La lectura del opúsculo de M. Maulmond es de veras instructiva é interesante.

P. DORADO.

L'origine delle ordalle nel Diritto siamese, per Giuseppe Mazzarella.—
Roma, 1900.—Un folleto de 39 páginas, sin indicación de precio.

Como la frecuencia, cada vez mayor, de las comunicaciones es un medio poderosísimo para establecer la solidaridad entre los pueblos contemporáneos que viven en diferentes países, los estudios y las investigaciones históricas lo son también para conseguir esa solidaridad entre los pueblos y las civilizaciones correspondientes á distintas épocas. A esos estudios somos deudores de la posibilidad de convivir, hasta cierto punto, con los hombres de tiempos muy distantes de los actuales.

En lo que á la vida jurídica respecta, la escuela llamada «histórica» es la que ha dado el mayor impulso, y el primero podríamos decir, á la reconstrucción de la que los grupos humanos de otras edades pudieron hacer. Lo que desde este punto de vista debemos á los fundadores y representantes de esa escuela es incalculable. El gusto por las investigaciones de arqueología jurídica, de jurisprudencia etnológica, y en general de historia del Derecho, de ella parte. Desde el año 40 del siglo XIX hasta ahora, es mucho lo que respecto de las materias dichas se ha averiguado, y antes se desconocía. Antes, reducíamos toda la historia antigua (la del Derecho cuando menos) á conocer un poquito de la de Roma y dos ó tres pinceladas de los germanos; hoy, el horizonte se ha extendido de un modo considerable. No queda pueblo, raza, tribu, agrupación humana, cuyas instituciones y modo de vivir en todos los órdenes no procuren inquirir los estudiosos. ¡Y qué revelaciones y sorpresas han resultado de esto! Cosas que se pretendía fueran exclusivas de un pueblo (del que más ó del que únicamente se conocía: por lo regular, Roma), ó autóctonas, se han encontrado en varios otros, ya de la misma estirpe del primero, ya de otra distinta; por donde ha venido á comprobarse á veces, bien el común origen, bien influjos y relaciones anteriormente ignorados, ora el poder de la imitación, etc.

El autor del opúsculo de que aquí se trata es uno de los que desde hace años consagran su actividad y sus esfuerzos á los referidos estudios de jurisprudencia etnológica. A los trabajos de esta índole ya publicados, y de los que se ha dado cuenta en este sitio á su debido tiempo, hay que agregar el que acaba de dar á luz sobre *Las ordalias en el Derecho siamés*.

En este escrito analiza las clases de ordalias que se admitían, de cuándo data su existencia (del período gentilicio), cuándo se hacía uso de ellas (á falta de otras pruebas), para qué clase de asuntos, con qué condiciones, en qué formas, con qué valor, qué significación cabe darles, etc., etc.

P. DORADO.

La Sociologia morale, per A. Asturaro.—Chiavari, 1900. Un folleto de 20 páginas; sin indicación de precio.

Della pretesa impossibilità della Sociologia generale, per A. Asturaro.—Asti, 1900. Un folleto de 7 páginas; sin indicación de precio.

Es el profesor Asturaro uno de los sociólogos contemporáneos mejor reputados, con justicia; y de los muchos escritores que en su país se consagran al estudio de cuestiones sociológicas, pocos serán, si hay alguno, los que puedan competir con él en laboriosidad, en competencia científica, en profundidad de ideas.

Sin embargo, debe ser poco conocido entre nosotros, á juzgar por lo poco que lo citan las escasas personas que en España parece que se interesan en los problemas de Sociología. Y eso que de varias de sus publicaciones se dió cuenta en tiempo oportuno por medio de laudatorias notas bibliográficas, sobre todo de *La Sociologia y las ciencias sociales*, de *La Sociologia, sus métodos y sus descubrimientos* y de *Los ideales del positivismo*.

Prosiguiendo la labor sociológica que el ilustre profesor de Génova viene realizando desde hace algunos años en libros y

Revistas, ha publicado últimamente los dos breves opúsculos cuyo título queda escrito más atrás, procurando en el segundo de ellos—que tiene la forma de epístola—deshacer las objeciones que otro italiano, De Martini, ha presentado, no hace mucho, contra la posibilidad de construir una ciencia sociológica general, y bosquejando en el primero los rasgos más generales de una Sociología moral, esto es, indicando la naturaleza de fenómenos sociales que tienen los hechos morales y determinando la triple misión que, según el autor, debe cumplir la ciencia que los estudie sociológicamente, la *Sociología moral*, la cual no es otra cosa que la antigua Filosofía moral, sólo que emplea en la consideración y examen de las materias que ésta estudiaba método diverso de aquel de que la misma hacía uso: la Sociología moral es la misma Filosofía moral estudiada con el método sociológico, que es el método científico. En las pocas páginas que componen entre los dos folletos hay muchas ideas, bastantes de ellas acertadas y aceptables, aunque no todas, á mi juicio.

P. DORADO.

Mala vita napoletana, per Giulio Caggiano; illustrazioni di Aurelio Caggiano. Terza edizione.—Milano, Società anonima editrice «La poligrafica».—Un volumen (sin fecha) de xv-220 págs., 1,50 liras.

En un elegante volumen, de impresión muy limpia y buen papel, y con grabados, nos cuenta Julio Caggiano, Juez instructor adjunto al Tribunal de Milán, las costumbres de la mala vida napolitana, de la famosa *camorra*. Nos las cuenta en forma muy amena, como pudiera hacerlo un buen novelista: muchas veces le parece á uno estar leyendo la novela más interesante. Hay capítulos, como los titulados *Soldato ribelle* y *Ragazzi poveri*, que conmueven hondamente el alma del lector; están escritos con mucho arte, por mano experta, y á la vez por quien siente de veras lo que dice. Esto último, que se

conoce muy bien, comunica un calor especial, un *alma* podría decirse, á la narración. Si la pintura estuviese hecha *á la aguada*, el libro no valdría la mitad de lo que vale.

No se trata, sin embargo, de novelas; esta es la forma de que el autor se sirve (cuentos, novelitas cortas); pero, según asegura él mismo, todas ellas «son escenas tomadas de la realidad en los bajos fondos, en las cárceles y en los hospitales de aquella deliciosa y desventurada ciudad (Nápoles)».

Mas aun cuando así sea, aun cuando el material de estudio lo haya proporcionado la ciudad referida, Caggiano, en vez de poner por título á su estudio: «Mala vida *napolitana*», ha podido ponerle este otro: «La mala vida... en todas partes». Pues lo que en Nápoles sucede, sucede donde quiera; las mismas desventuras sociales, origen de tantos delitos y desgracias, se encuentran en todas las grandes (y aun pequeñas) poblaciones. Sólo puede concederse algo de especial á la *camorra*. Y lo que en todo el mundo (en el llamado mundo civilizado) se ve es esto: que lo que los descontentos de hoy (socialistas, anarquistas, revolucionarios, etc.) denominan «pésima organización social presente», y singularmente la miseria de las clases pobres, es la causa fundamental y originaria de los delitos que luego castiga muy fosca esa misma sociedad que ha engendrado á los delincuentes.

El autor de *Mala vida napolitana* acaso no sea un socialista, pero en su libro oficia de tal y se da la mano con tantos otros publicistas contemporáneos, desde Tolstoy para abajo, que piensan que «la gran culpable» es la sociedad, tal y como se halla constituida hoy por hoy. Por eso comienza su libro escribiendo: «Para estudiar la génesis de algunos delitos, sería preciso descender á los bajos fondos sociales, estudiar su vida y costumbres, conocer sus necesidades y dolores. Antes que declamar contra los delitos invocando penas graves y terribles, deberían estudiarse los medios de destruir la delincuencia en su germen. Los teorizantes del Derecho penal están más dispuestos á estudiar el delito que los delincuentes,

los cuales, abandonados á sí mismos, fatalmente dan la indefectible y periódica contribución á las cárceles, como si se burlaran de los códigos, de las penas y de los jueces. ¡Cuántas veces esos teorizantes permanecen indiferentes ante los dramas más dolorosos de la mala vida de Nápoles, indiferentes ante las turbas de muchachos sucios, abandonados por las calles de la ciudad; y así, en busca de delitos, cierran los ojos ante los futuros delincuentes!»

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

Alamán (L.)—Obras de D. Lucas Alamán. *Tomo III*. Disertaciones sobre la historia de Méjico. III. México. Imprenta de V. Agüeros, 1900. En 8.º, VIII-520 páginas, con retratos: 6 pesetas.

Sociedad de autores mexicanos, tomo 31.

Alcalá Galiano (P.)—Santa Cruz de Mar Pequeña. Pesquerías y comercio en la costa NO. de Africa. En 4.º, 315 págs. y 5 mapas: 6,50 pesetas.

Almanaque de *La Ilustración* para el año 1901, dirigido y compuesto por D. Antonio Garrido, con la colaboración de los Sres. Alberti (F.), Andrade (A.), Banda (E), Becerro de Bengoa (R.), Bustillo (E.), Ciarán (A.), Delgado (S.), Echegaray (José y Miguel), etc., etc. *Año XXVIII*. En 4.º mayor, 102 págs., con láminas y grabados: 2 pesetas.

Altamira (R.)—Cuestiones hispano-americanas. Las Universidades españolas y la cultura americana.—Nuestra política americana. Latinos y anglosajones.—El castellano en América, et-

cétera. En 8.º, 96 págs.: 1,50 pesetas.

Amérigo (F. J.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º mayor, 33 págs.

Tema: La idealidad en la obra del arte.

Baroja (P.)—La casa de Aizgorri; novela en siete jornadas. En 8.º, 227 págs.: 3 pesetas.

Becker (J.)—Las bodas reales en España. El futuro de S. A.—Historia.—Crítica.—Legislación.—Documentos. En 8.º mayor, 376 páginas y dos retratos: 4 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—Entre naranjos; novela. En 8.º, 415 págs.: 3 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, coleccionados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XXIV*. En 4.º mayor, 430 págs.: 15 pesetas.

Domínguez (M.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º mayor, 45 págs.

Tema: La pintura impresionista.

- España Lledó (J.)—La enseñanza oficial de la filosofía en España desde el año de 1857. *Segunda parte*. En 8.º, 19 págs.: 1 peseta.
- Fernández Duro (C.)—Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón. *Tomo VI*. En 4.º, 527 páginas con láminas y retratos: 15 pesetas.
- Idem.—El derecho á la ocupación de territorios en la costa Occidental de Africa, discutido en la Conferencia internacional de París en los años de 1886 á 1891. En 4.º, 74 págs.
- Fichte (J. T.)—Discursos á la nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna, por J. T. Fichte; traducción y prólogo por Rafael Altamira, Profesor de la Universidad de Oviedo. En 4.º, 225 páginas: 5 pesetas.
- Fournier (E.)—El ingenio en la historia; investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas. En 4.º, 129 págs.: 3 pesetas.
- García Alvarez (E.) y Paso (A.)—El «Missisipi»; zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 4.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Gumplowicz (L.)—Compendio de sociología, por Luis Gumplowicz, Profesor de Ciencias políticas en la Universidad de Gratz, traducido por Manuel Alonso Paniagua, Abogado del Ilustre colegio de Madrid. En 4.º, 460 págs.: 9 pesetas.
- Ibáñez Marín (J.)—Violación supuesta; defensa de un capitán acusado de tal delito. *Segunda edición*, aumentada con un prólogo y varios apéndices. En 8.º, 62 págs.: 1 peseta.
- López Allué (L. M.)—Capuletos y Montescos, novela de costumbres aragonesas. En 8.º, 330 págs.: 3 pesetas.
- López Ferreiro (A.)—Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela. *Tomo III*. En 4.º, 528 págs. y 126 de Apéadices é índice, con grabados: 4,50 pesetas.
- Marco é Hidalgo (J.)—Biografía de Doña Oliva de Sabuco. En 8.º, 91 págs.: 1 peseta.
- Molas, García Alvarez y Paso (A.)—La luna de miel, humorada cómicolírica en un acto. En 4.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Molina de la Torre (E.)—Reflejos; composiciones en verso. En 8.º, 108 págs.: 2 pesetas.
- Montagut (N.)—Las cabras de leche. En 4.º, 144 págs.: 2 pesetas.
- Muñoz del Castillo (J.)—Las enseñanzas de la Facultad de Ciencias en Francia. En 8.º, 16 páginas: 50 céntimos.
- Muñoz Pavón (J. F.)—Justa y Rufina; novela. En 8.º, 248 págs.: 3 pesetas.
- Navarro y Ledesma (F.)—Lecciones de literatura. *Segunda parte*. Preceptiva de los géneros literarios. En 4.º, 194 págs.: 6 pesetas.
- Ocaña (J.)—Mosquetazos; poesías y artículos. En 8.º mayor, 274 páginas: 3 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Cuarenta días en la Exposición. En 8.º, 286 páginas: 3,50 pesetas.
- Paso (M.)—Páginas de oro; poesías. En 8.º, 32 págs.: 25 céntimos.
- Perosterena (F.) y González Candó (L.)—La leva; zarzuela en un acto y dos cuadros. En 4.º, 33 páginas: 1 peseta.

Puente y Olea (M. de la).—Estudios españoles. Los trabajos geográficos de la Casa Contratación. En folio, viii-451 págs., con grabados: 20 pesetas.

Pulido (A.)—Tratado práctico de las oclusiones del intestino. En 4.º, dos tomos, 560 y 477 páginas: 16 pesetas.

Ramírez de Helguera (M.)—El Real Monasterio de San Zoil, de la Muy Noble y Leal Ciudad de Carrión de los Condes, ante la historia y el arte. En 8.º, 110 págs. y tres láminas: 1 peseta.

Roldán y Vizcaíno (F.)—Baterías de costa. En 8.º, 251 págs., 15 láminas y varios estados plegados: 5 pesetas.

Taboada (L.)—Intimidaciones y re-

cuerdos (Páginas de la vida de un escritor). En 8.º, 301 págs.: 3 pesetas.

Torres Lanzas (P.)—Relación descriptiva de los mapas, planos, etcétera, de Méjico y Floridas existentes en el Archivo general de Indias. *Tomo II*. En 8.º, 201 páginas: 5 pesetas.

Valero de Tornos (J.)—España en París en la Exposición de 1900. En 8.º, 281 págs.: 3 pesetas.

Vera y López (V.)—La galvanoplastia, la electro-química y el fotograbado. En 4.º, 200 págs., con grabados: 4 pesetas.

Wangüemert y Poggio (J.)—Consideraciones históricas acerca de las islas Canarias. En 8.º, xxiv-187 págs.: 3 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>En vano</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>Poetas americanos: Sonetos. En el paseo</i> (diálogo). <i>La beata</i> , por Manuel A. Hurtado, chileno.....	60
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	64
<i>La primer hoja del álbum</i> , por Gaspar Núñez de Arce.....	78
<i>Historia del cobre</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	79
<i>De guante blanco</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	93
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	120
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	144
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	152
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Bonilla y San Martín y P. Dorado....	194
<i>Obras nuevas</i>	205